

## EL PUIG EN SUS INICIOS: DEL PERIODO ORIENTALIZANTE A LA ÉPOCA PLENA

IGNASI GRAU MIRA  
JOSEP MARIA SEGURA MARTÍ

### 4.1. LA FASE ORIENTALIZANTE (CIRCA 700-550 AC)

La ocupación inicial de El Puig d'Alcoi apenas ha dejado evidencias que permitan una descripción detallada de los modos de construcción, la forma de las unidades de habitación y la estructura y función del espacio. Sin embargo, aportan la primera documentación estratificada para conocer la cultura material de la ocupación inicial. Ya hemos indicado que la constatación de la morfología y estructura urbanística del asentamiento en realidad no era el objetivo prioritario de los trabajos de campo en el sector de la ladera oriental, dado el reducido espacio por el que se extiende el sondeo realizado.

Con todas estas limitaciones, hemos podido documentar, aunque parcialmente, los vestigios de algunas estructuras correspondientes a la primera ocupación del cerro, pues son los testimonios arqueológicos que se documentan directamente sobre el sustrato geológico. En concreto se trata de un muro de acondicionamiento del espacio de ladera al que posiblemente se adosa una cabaña de forma aproximadamente rectangular. Al norte de estas estructuras se identifica un nivel de relleno contemporáneo a este departamento. Veamos en detalle los elementos correspondientes a esta etapa (fig. 4.1 y 4.2).

En el extremo sureste del cuadro de excavación se ha localizado un pequeño muro de mampuesto muy irregular de aproximadamente dos metros y medio de longitud y forma ligeramente curva en su extremo septentrional; se denomina UE 401. Está compuesto de un paramento de piedra que únicamente tiene una cara vista al exterior en el sentido de la pendiente formado por piedras de mediano tamaño (40-50 cm) sin desbastar. Esa cara está trabada con otros bloques de dimensiones variables que calzan el paramento

en su cara interior en contacto con la roca madre. El alzado de este muro apenas sobresale en la actualidad unos sesenta centímetros sobre su base. El muro contenía un relleno de tierra (UE 400) de textura arenosa oscura con fragmentos cerámicos a mano y algunos restos de fauna que se disponían directamente sobre la roca madre.

Esta forma constructiva, junto al hecho de que los muretes enmarcan un resalte de roca madre muy irregular, nos lleva a suponer que se trata de un muro de acondicionamiento de la ladera, pues sigue el sentido perpendicular a la pendiente y ha sido rellenado por tierra con aportes antrópicos entre los que figuran restos fragmentarios de cerámicas y fauna.

El material de este estrato de relleno UE 400 es bastante variado, fruto de la remoción de su parte más superficial. Se localizan cerámicas de época ibérica plena en sus niveles superiores de contacto con la capa superficial, pero en las capas más profundas, asociadas al momento de construcción de este murete, los materiales son claramente preibéricos, pues únicamente se identifican cerámicas modeladas a mano.

Puede interpretarse como una pequeña terraza de preparación de terreno para acomodar el espacio construido en los inicios de la ocupación del cerro. Su uso se prolongaría en el tiempo y con posterioridad continuaría rellenándose de sedimentos en su superficie, como prueba la inclusión de las cerámicas ibéricas en su capa superior.

La terraza formada por la UE 401 posiblemente serviría de muro posterior en el que se encastraría una cabaña de época protohistórica documentada al noreste. En efecto, las UEs 502 y 504 son sendos muros de mampostería trabada con barro que tienen



Figura 4.1. Planta de las unidades y construcciones de la fase I en negro, junto con las restantes estructuras identificadas.

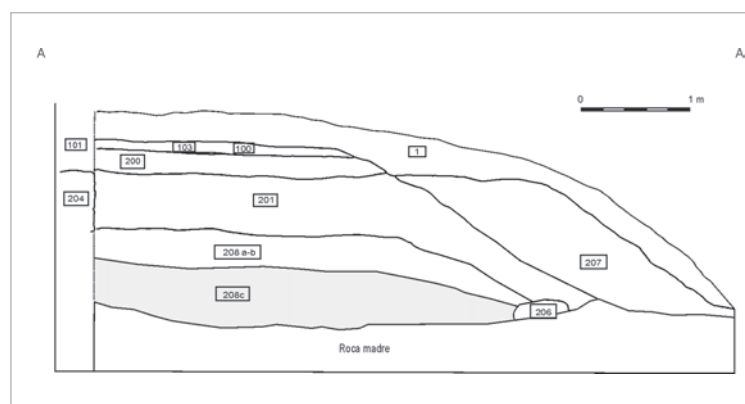


Figura 4.2. Sección del sector 11 Fb con el estrato de la fase I en gris.

un sentido noreste-suroeste y se dirigen hacia 401 sin que hayamos podido documentar este contacto debido a que la preservación de estructuras posteriores ha impedido excavar esta zona. Estos muretes 502 y 504 enlazan con un tercer muro 503 con los que traban formando un ángulo recto y encerrando el extremo noreste de la cabaña. La existencia de construcciones posteriores que se edifican sobre ellos y que hemos preservado, ha impedido su completa excavación. En concreto, los muros este y sur fueron la base sobre la que se edificó posteriormente una casa de época ibérica plena que debió reaprovechar la base pétrea que constituían estos zócalos. Así mismo, parte de su trazado fue destruido por los sondeos realizados en la década de 1960. Estas catas destruyeron parte de los muros, lo que ha impedido localizar los vanos que permitirían el acceso interior a la estancia.

Los muros están contruidos con mampuestos de tamaño medio (20-30 cm) ligeramente desbastados y trabados con barro. Tienen una anchura aproximada de 40 cm y apenas conservan una hilada (fig. 4.3). Enmarcan un espacio de aproximadamente 2,5 x 5 m. En el interior se construyó un pavimento de tierra beige muy endurecida (UE 500) en cuyo extremo suroeste se aprecian vestigios de tierra endurecida por el calor, aunque no se documenta claramente ningún espacio de hogar. Tampoco se documentan niveles de uso con cenizas y materiales asociados, posiblemente removidos por las ocupaciones sucesivas. En el centro del espacio de la cabaña se encuentra un calzo de piedras que con probabilidad sería el sustento de un poste central (UE 501).

El interior de este espacio construido fue sepultado por un estrato de tierra castaño claro con algunas piedras de pequeño tamaño que se vuelven abundantes en la proximidad del pavimento; se denomina UE 330. Presenta escasos vestigios de materiales cerámicos aunque con la suficiente entidad para aportar una cronología protohistórica, entre fines de s. VIII y el s. VI aC a esta habitación. Nos estamos refiriendo a cerámicas a mano de aspecto tosco, formas troncocónicas y bordes exvasados simples y bases planas. Estas piezas se acompañan con escasas muestras de cerámica a torno, entre las que destaca una urna fenicia tipo Cruz del Negro que aportaría la fecha más antigua y algunos vestigios de cerámicas ibéricas antiguas.

Al norte de esta cabaña se localiza un espacio de aproximadamente siete metros hasta la pared rocosa subvertical que constituye la ladera y enmarca por el norte este sector. En esta zona se han documentado potentes paquetes sedimentarios (UE 208c) de tierra compacta y dura de color castaño claro con tonos rojizos en su parte superior y de tierra cenicienta disgregada, en ocasiones oscura, en las partes más profundas que se disponen directamente sobre el sustrato geológico. La base natural del cerro está constituida por una superficie irregular de roca caliza y gravas disgregadas de color amarillento. La potencia de este paquete sedimentario es variable, alcanzando en algunos puntos 80 cm y tiene un aspecto revuelto, aunque en ocasiones se evidencian superficies aplanadas a modo de niveles de tránsito en los que se disponen capas de fragmentos cerámicos a ras. A nuestro parecer este patrón deposicional respondería probablemente a un aporte de tierras y basuras en capas sucesivas que adquirieron forma aplanada debido a que funcionaron en algunos momentos como paleosuelos. Este paquete sedimentario se pierde hacia el sector noreste del corte, donde la roca base hace un resalte en forma de costra rocosa sobre el que se edificó posteriormente un potente muro de aterrazamiento.

Los materiales arqueológicos en este paquete sedimentario son abundantísimos y se acompañan de un nutrido conjunto de fauna en una matriz geológica oscura y cenicienta que delata la abundancia de materia orgánica. Como veremos a continuación, los materiales corresponden fundamentalmente a vajillas cerámicas realizadas a mano, orzas y ollas de forma troncocónica con bordes exvasados simples y bases planas. Este tipo de materiales han sido

tradicionalmente interpretados como vestigios de una fase de ocupación perteneciente al Bronce Final (Barrachina, 1987; Barrachina y Moltó, 2000). Sin embargo, estos materiales aparecen conjuntamente con algunas piezas a torno fenicias y de imitación fenicia, lo que obliga a rebajar la cronología hasta el Hierro Antiguo. Se trata de restos de una prolongada ocupación que podemos datar entre inicios del s. VII y el VI aC. En el marco inferior las dataciones nos proporcionan las importaciones fenicias que impiden datar la capa en el periodo del Bronce Final pre-orientalizante, como tradicionalmente han sido interpretadas las cerámicas a mano de El Puig. Podemos establecer el margen cronológico más reciente hacia época ibérica antigua.

Por último, debemos describir los restos de una estructura en ángulo de mampuestos medianos trabados en barro, excavada en los años '80 por Rubio. En nuestros trabajos no hemos podido establecer una relación estratigráfica clara con la UE 208c, debido a la existencia de construcciones posteriores que hemos respetado. Tampoco tenemos documentación antigua de su excavación por lo que la incorporamos con dudas a esta fase inicial. A favor de esta adscripción estaría el hecho de que el muro del lado mayor del ángulo sigue la misma dirección que la terraza 400-401. Es posible que se trate de los restos fragmentarios de una cabaña de la fase inicial

A nuestro parecer, podemos encontrarnos ante un espacio abierto junto a una unidad de habitación, en forma de cabaña rectangular, y posiblemente junto a otra al oeste (fig. 4.3) que fue empleado como lugar de vertido de desechos domésticos que facilitaron el relleno de las irregularidades de la roca. La intensidad de estos vertidos y la propia sedimentación natural de esta zona de ladera explicarían la potencia de la colmatación documentada en este sector. No podemos excluir que estos vestigios correspondan a los rellenos alterados de un nuevo departamento situado junto al anteriormente descrito, en que los restos de tierra endurecida documentados pudieron ser restos de suelos de tierra apisonada. Sin embargo, la abundancia de recipientes documentados, más de 50, la inexistencia de restos claros de construcciones y la textura del sedimento, nos inclinan a pensar que se trata de un patio o espacio abierto empleado con funciones domésticas y en el que se vertieron abundantemente desechos y basuras.

En definitiva, nos encontramos con los vestigios escasos de la primera ocupación de El Puig. Estos restos se encuentran muy afectados por remociones debidas a las ocupaciones posteriores y tampoco se han exhumado completamente por la necesidad de conservar las construcciones más recientes. La propia situación en ladera también ha dificultado la preservación de los restos. Con todo, contamos con las primeras evidencias estratigráficas y algunas construcciones de la primera ocupación de El Puig y sobre todo, un importante repertorio de materiales que nos permiten caracterizar este momento.

Nos encontramos con un pequeño departamento de forma cuadrangular de aproximadamente 12,5 m<sup>2</sup> realizado en mampos-



Figura 4.3. Planta esquemática de las estructuras de la fase I.

tería tosca en su zócalo y posiblemente en un manteado de barro en su alzado, pues no se distinguen bloques de adobe. Esta cabaña se construye junto a una terraza o plataforma de regularización del terreno en la parte de resalte de la roca de base. El espacio construido se completaría con un ámbito abierto entre la pared rocosa del extremo norte y la casa, donde se pudo acondicionar un patio o espacio de trabajo donde se documentaron materiales abundantemente. La frecuencia de carbones y vestigios cerámicos nos evidencia una intensa actividad en ese espacio, donde quizá se dispuso un techado para facilitar el uso del espacio. Es precisamente en esta zona donde se debió realizar la actividad cotidiana de la unidad doméstica, reservando el pequeño espacio de la cabaña únicamente para el refugio y reposo, según se desprende de la escasa superficie de esta cámara.

Si hacia el norte se localiza este espacio abierto de intensa actividad, como posible patio asociado al departamento 500, no sabemos cómo se estructuraría el asentamiento hacia el sureste, pues el límite de la excavación prácticamente coincide con el muro de la cabaña. Tampoco sabemos si la terraza constituye la parte posterior del departamento, aunque todo parece indicar que así sería. Somos de la opinión, por la disposición natural del terreno, que el espacio construido se extendería por esta zona, posiblemente mostrando nuevos departamentos con una disposición adosada lateralmente, pero nada nos permite apoyar este aserto.

Las limitaciones sobre el uso interior del espacio son asimismo enormes debido a la remoción de los estratos de uso y colmatación por los niveles constructivos posteriores. Tan sólo podemos identificar la preparación de un pavimento de tierra apisonada y un posible punto de deposición de brasas para caldear el espacio en un sector central de la estancia. No se ha podido identificar otro acondicionamiento.

Con todas estas limitaciones, tan sólo disponemos de información muy básica para conocer el diseño del espacio a partir de sus muros perimetrales. La forma de cabaña aproximadamente rectangular alargada es la única evidencia clara que disponemos y nos remite a la idea de hábitat doméstico de forma monocelular. El segundo elemento claro es que la estancia se encastra en una estructura de terraza que acondiciona el espacio construido. Estas particularidades morfológicas y constructivas han sido aludidas en otros trabajos sobre arquitectura orientalizante de la zona (Díes, 2001, 107) y permiten abordar la comparación con hábitats del periodo en áreas próximas.

La forma de cabaña aproximadamente cuadrangular, construida en piedra y con suelos de tierra batida se constata en los niveles correspondientes a la segunda mitad del s. VII aC en el corte E de la Peña Negra (González Prats, 1989, 467-475), aunque en este caso aparecen dos departamentos adosados lateralmente. Las viviendas de Peña Negra se ponen en relación con toda una serie de hábitats del área del Segura que modifican sus esquemas constructivos en un mismo contexto cronológico y cultural de contactos con los fenicios en el tránsito del s. VIII al VII aC. Estas

transformaciones suponen la adopción de algunas innovaciones, como la generalización de la planta angular o la construcción de alzados de adobe, sobre una base constructiva indígena de viviendas monocelulares que apenas modifica sus esquemas espaciales (Díes, 2001, 105-107). Estos poblados son habitualmente citados por la investigación del periodo, por lo que nuestro recorrido no profundizará en los detalles.

En Los Saladares se constata la construcción de forma cuadrangular en piedra y con alzados de adobe en la casa DM datada entre el 725 aC y el cambio de siglo (Arteaga y Serna, 1975). Remontando aguas arriba el río Segura y en tierras murcianas, se constata este mismo modelo constructivo en una serie de enclaves como El Castellar de Librilla, Cobatillas y Santa Catalina. En El Castellar de Librilla se documenta la consolidación del asentamiento a través de la edificación de las viviendas de la fase III en las que se reconoce la construcción en duro, con zócalos de piedra y alzados de adobe. Estas viviendas muestran la adopción de las innovaciones de los modos de construcción y las plantas cuadrangulares durante el s. VII y se plasman en amplias viviendas, que cubren superficies desde 7,5 m x 6,10 hasta 6,5 x 5,5, m aproximadamente (Ros, 1989, 124-129, planos 5 y 6). Viviendas semejantes, aunque más modestas, se documentan en los otros asentamientos murcianos, como Santa Catalina del Monte. En fechas ligeramente más avanzadas, y que llevan a los inicios del s. VI, se documenta la extensión de este modelo de vivienda monocelular de zócalos de mampostería y alzado de adobes, de forma cuadrangular, que permite la densificación del espacio (Ros, 1989, 174, lám. 36).

Datadas en el s. VII aC son las primeras estructuras de Los Villares en Caudete de las Fuentes, muy alteradas por los niveles posteriores. Se trata de departamentos cuadrangulares construidos con un zócalo de dos hiladas de piedras pequeñas y alzados de adobe que configuran espacios de grandes dimensiones que dejan entre ellos estrechos pasillos. Suelen carecer de divisiones internas y en ellas se constatan cubetas y hogares (Mata, 1991, 21, fig. 6.1; Mata, 2006, 123).

Una serie de poblados de La Ribera de Castelló constatan la adopción de las formas cuadradas de las casas en estos mismos momentos del Hierro Antiguo, como son el de Vinarragell (Mesa-do, 1974, 146) o El Puig de la Misericòrdia (Oliver, 1994) o el más recientemente excavado de El Tossal del Mortorum. En este último enclave se constata un sistema de cuatro manzanas en las que se agrupan estancias cuadrangulares de dimensiones reducidas, aproximadamente 5 x 2 m. Estos departamentos se agregan lateralmente compartiendo paredes laterales y muros traseros, aunque cada uno posee acceso independiente a las calles (Aguilella *et al.*, 2004-05, 116). Las estructuras están construidas con un zócalo de piedra y alzados de barro amarillento. El interior se acondiciona con pavimentos de tierra batida y banquetas y áreas de combustión; algunos de estos departamentos cuentan con altillos con función de almacenamiento (Aguilella *et al.* 2004-05, 116). En



definitiva, se adopta en este periodo una configuración urbanística homogénea en toda el área regional (Aguilella *et al.* 2004-05, 121). Buena parte de estos enclaves se interpretan como una serie de poblados que controlan la explotación de los afloramientos minerales de hierro y galena que se mostrarán especialmente activos en la etapa de interacción con el comercio fenicio que se documenta a partir del s. VII aC (Oliver, 1996, 123).

El poblamiento de las tierras castellonenses enlazaría con los asentamientos que se constatan en las comarcas del Ebro, donde un buen número de asentamientos se constituyen en esta misma época de contacto con el mundo fenicio. Un buen ejemplo de estos nuevos poblados es el del Barranc de Gafols que se construye a fines del s. VII aC. En este sitio encontramos la misma estructura de departamentos cuadrangulares alargados que se adosan lateralmente en pequeños barrios o conjuntos. En el bloque constructivo A es especialmente evidente esta estructura de departamentos plurifuncionales de reducidas dimensiones, entre 18,7 y 20,3 m<sup>2</sup>, con hogares centrales. Posiblemente son el hábitat de familias nucleares, aunque el conjunto del asentamiento parece funcionar de forma conjunta, habida cuenta de las funciones complementarias que muestran los departamentos (Sanmartí *et al.*, 2000, 23-26 y 186-187, fig. 4.1).

Del recorrido realizado se constata una remodelación de los poblados que se dataría en torno a fines del s. VIII aC o los inicios del s. VII en el que se constata una pauta constructiva recurrente en que se manifiesta un modelo de vivienda cuadrangular monocelular y frecuentemente agregada en parrillas que comparten muros laterales; en ocasiones se acondiciona el espacio con muros de aterramiento donde se encastran las traseras de las viviendas. Esas mismas características son las que identificamos en la ocupación inicial de El Puig, aunque en este caso no sabemos si se trata de un departamento aislado, o lo que es más probable a juzgar por la continuación del muro de aterramiento, parte de un conjunto de cámaras adosadas. Lo que no cabe duda es que la fundación del enclave de El Puig se inserta en esta dinámica de cambio que recorre la franja mediterránea en los tiempos del contacto inicial con los fenicios. La incidencia de estas redes de intercambio en las sociedades indígenas se muestra cada vez más intensa y no únicamente centrada en áreas de especial interés por sus recursos minerales, como en un primer momento se interpretó. Las evidencias de áreas valencianas carentes de metales, como Los Villares y la comarca alcoyana, permiten valorar la extensión de las redes semitas también a las zonas de aprovechamiento agrario.

#### LOS REPERTORIOS MATERIALES DEL PERIODO ORIENTALIZANTE O HIERRO ANTIGUO

La principal novedad relativa a los repertorios materiales que ha deparado la presente investigación de El Puig es la posibilidad de contar por primera vez con un registro estratificado perteneciente a los primeros momentos de ocupación del poblado. Hasta

el momento, esta primera etapa había sido atribuida de forma genérica a la Edad del Bronce (Barrachina, 1987; Rubio, 1985), pero como esperamos poder demostrar, esa etapa inicial debe retrotraerse a los inicios de la Edad del Hierro. La corrección cronológica ha podido ser realizada gracias al impulso de la investigación en los últimos veinticinco años que ha permitido caracterizar con precisión los rasgos arqueológicos que definen esta etapa en el sur valenciano. Estos avances en el conocimiento histórico de este periodo se produjeron justo cuando se publicaban los resultados de la investigación de El Puig en los años '80 que no incluyeron los descubrimientos que se estaban produciendo. A resultas, este asentamiento no ha contado con una reinterpretación de su secuencia a la luz de los avances producidos en las última décadas. Convendrá, por tanto, citar aunque muy sucintamente los hitos de la investigación que son relevantes para la interpretación del registro.

Debemos situar en los años centrales de la década de los ochenta, el momento en que arranca la valoración del periodo correspondiente al Hierro Antiguo o época Orientalizante en la configuración del nuevo modelo de sociedad que caracterizará la cultura ibérica. En ese sentido, la presencia fenicia se convierte en un vector crucial en la transformación de la cultura material que permite el reconocimiento de la formación del mundo ibérico del sureste y oriente peninsular a través de los vestigios materiales.

Las primeras evidencias se produjeron ya en los años '70 y '80, a partir del hallazgo y excavación de asentamientos como Los Saladares (Orihuela) y La Peña Negra (Crevillent), que vinieron a mostrar la presencia de elementos fenicios en asentamientos del Bronce Final (Arteaga y Serna, 1975; González Prats, 1983). Este contexto de interrelaciones entre el mundo indígena y el mundo colonial trajo consigo una dinámica de innovaciones culturales que desembocó en una fase orientalizante, precedente inmediato del mundo ibérico. Se insertaba esta región en el ámbito de las transformaciones que se reconocían por aquellos años en el mediodía peninsular (Aranegui y Gil-Mascarell, 1981).

A partir de esta temprana identificación, se sucedieron los trabajos que han contribuido a la caracterización del periodo preibérico. De ese modo, se ha ido corroborando la presencia fenicia en prácticamente todo el País Valenciano, también en nuestra área de estudio (Pla y Bonet, 1991; Mata, 1991; Martí y Mata, 1992). Con esta nueva documentación, se produce un importante avance en la caracterización del proceso histórico de transformación de las poblaciones locales y la aparición de los grupos ibéricos.

En el mismo ámbito del sur valenciano, donde se había constatado la presencia semita, se robustecieron las evidencias en años posteriores. La identificación de materiales fenicios reutilizados en la Rábida islámica de Guardamar fue el punto de partida de nuevas investigaciones que se centraron en la excavación de este enclave y su identificación como un centro de intercambio que estuvo activo durante los siglos VIII y VI en distintos episodios de

ocupación (González Prats, 1998; 2010; Rouillard *et al.*, 2007). Estas investigaciones permitieron la identificación detallada de la secuencia evolutiva de las formas de ocupación y los registros materiales de referencia en marcos cronológicos ajustados a lapsos temporales de apenas dos o tres generaciones.

Fuera del área de la desembocadura del Segura, nuevos registros permiten identificar los procesos de interacción aludidos en otras comarcas alicantinas. Las evidencias de L'Alt de Benimaquia, en La Marina Alta (Gómez *et al.*, 1993) y posteriormente el foco orientalizador de Les Casetes en La Marina Baixa (Espinosa *et al.*, 2005; García Gandía, 2005; 2009) contribuyeron a la identificación de procesos locales enmarcados en la dinámica regional y, especialmente, las particularidades de sus repertorios materiales. Estos estudios ofrecieron la documentación de base con la que elaborar análisis comparativos de repertorios materiales parcialmente conocidos y los primeros ensayos de síntesis del proceso (Grau Mira, 2002; 2005; Moratalla, 2005; Rafel *et al.*, 2008; Vives-Ferrándiz, 2005b).

Sin embargo, queda aún un largo trecho por recorrer, pues en lo que se refiere al conocimiento de los equipamientos cerámicos de estas primeras comunidades de la Edad del Hierro, apenas contamos con repertorios definidores de las facies cerámicas en cada uno de los territorios. Con los datos que presentamos ahora, pretendemos contribuir al conocimiento de los repertorios domésticos en el retopais en los tiempos de contacto fenicio.

Como ya se ha señalado en la descripción de las fases de ocupación, contamos con una serie de evidencias de algunas estructuras y estratos que remiten a los momentos iniciales de la ocupación de El Puig. No se trata en ningún caso de depósitos primarios cuyas condiciones de estratificación permitan caracterizar de forma precisa esta fase inicial. Sin embargo son unidades estratigráficas con una buena cantidad de materiales que permite la adscripción cronológica y cultural del inicio de la secuencia en el poblado. Estas unidades son las siguientes:

#### SECTOR 11 FB O LADERA NORESTE

UE 400: Es un relleno de tierras de una terraza construida sobre la roca de base para regularizar el terreno. Sus materiales son bastante variados, con cerámicas de época ibérica plena en sus niveles superiores de contacto con la capa superficial, pero con materiales más antiguos aparecidos en las capas en contacto con la roca madre y donde únicamente se identifican cerámicas modeladas a mano, asociadas al momento de construcción de la terraza.

UE 330: un estrato de tierra castaño claro con algunas piedras de pequeño tamaño que cubre el espacio interior de un departamento cuadrangular de la fase inicial de la ocupación y que se dispone directamente sobre el pavimento de barro endurecido. Presenta escasos vestigios de materiales cerámicos aunque con la suficiente entidad para aportar una datación de referencia a esta construcción.

UE 208: Se trata de un potente paquete sedimentario de tierra compacta y dura de color castaño claro con tonos rojizos en su parte superior y de tierra cenicienta disgregada, en ocasiones oscura en las partes más profundas, que se disponen directamente sobre el sustrato geológico. La potencia de este paquete sedimentario es variable, alcanzando en algunos puntos 110 cm, mientras que en otros sectores sólo tiene 80 cm y muestra un aspecto revuelto con abundantísimo material cerámico, aunque en ocasiones se evidencian superficies aplanadas a modo de niveles de tránsito en los que se disponen capas de fragmentos cerámicos a ras. A nuestro parecer este patrón deposicional respondería probablemente a un aporte de tierras y basuras en capas sucesivas que adquirieron forma aplanada debido a que funcionaron en algunos momentos como paleosuelos de un área abierta.

Este potente estrato cubre una amplia cronología que va desde la época protohistórica orientalizador hasta el ibérico antiguo-pleno. Las propiedades de la matriz geológica no permiten la distinción de estratos identificados en el seno de esta UE 208, pues la coloración y textura es semejante y no identificamos interfaces. Sin embargo la disposición de las cerámicas formando capas si nos ha permitido distinguir dos niveles en el seno de este paquete y que permiten la distinción de dos subunidades de UE 208 que además fueron excavadas en años distintos. Así la UE 208 a-b se excavó en los años 2006 y 2007, mientras que la 208c se excavó en 2008. A la primera fase de ocupación del Hierro Antiguo corresponde únicamente el subnivel 208c.

208c Se trata de un paquete sedimentario correspondiente a la fase inicial de la ocupación del asentamiento, pues se dispone sobre el sustrato geológico; se trata de un estrato en que abundan las cerámicas y restos de fauna. Es el contexto de referencia para este momento inicial.

En función de las características de estos estratos, la unidad de referencia que atenderemos para tratar de precisar las características del repertorio de época Orientalizador-Hierro Antiguo, será fundamentalmente la UE 208c, que aparece directamente en contacto con el sustrato geológico. Tras el análisis de esta unidad, incorporamos la información de las restantes unidades, tanto del sector noreste, como del sector de la Corona.

Cabe advertir que el estudio de esta unidad 208c nos permite identificar con claridad el nivel inicial de ocupación de El Puig pero no constituye un depósito primario. Este nivel fue terraplenado y revuelto para constituir la base aplanada sobre la que construir las estructuras posteriores. Sin solución de continuidad se superponen estratos, como 208 a-b, de composición muy similar, pero donde aparecen colecciones de cerámicas más modernas.

#### LAS CERÁMICAS A MANO

Las cerámicas modeladas a mano de El Puig pueden agruparse en función de las características técnicas observables visualmente en dos grandes conjuntos: cerámicas cuidadas y toscas, como han propuesto otros autores al proceder al estudio de estos materiales (Mata, 1991, 153).

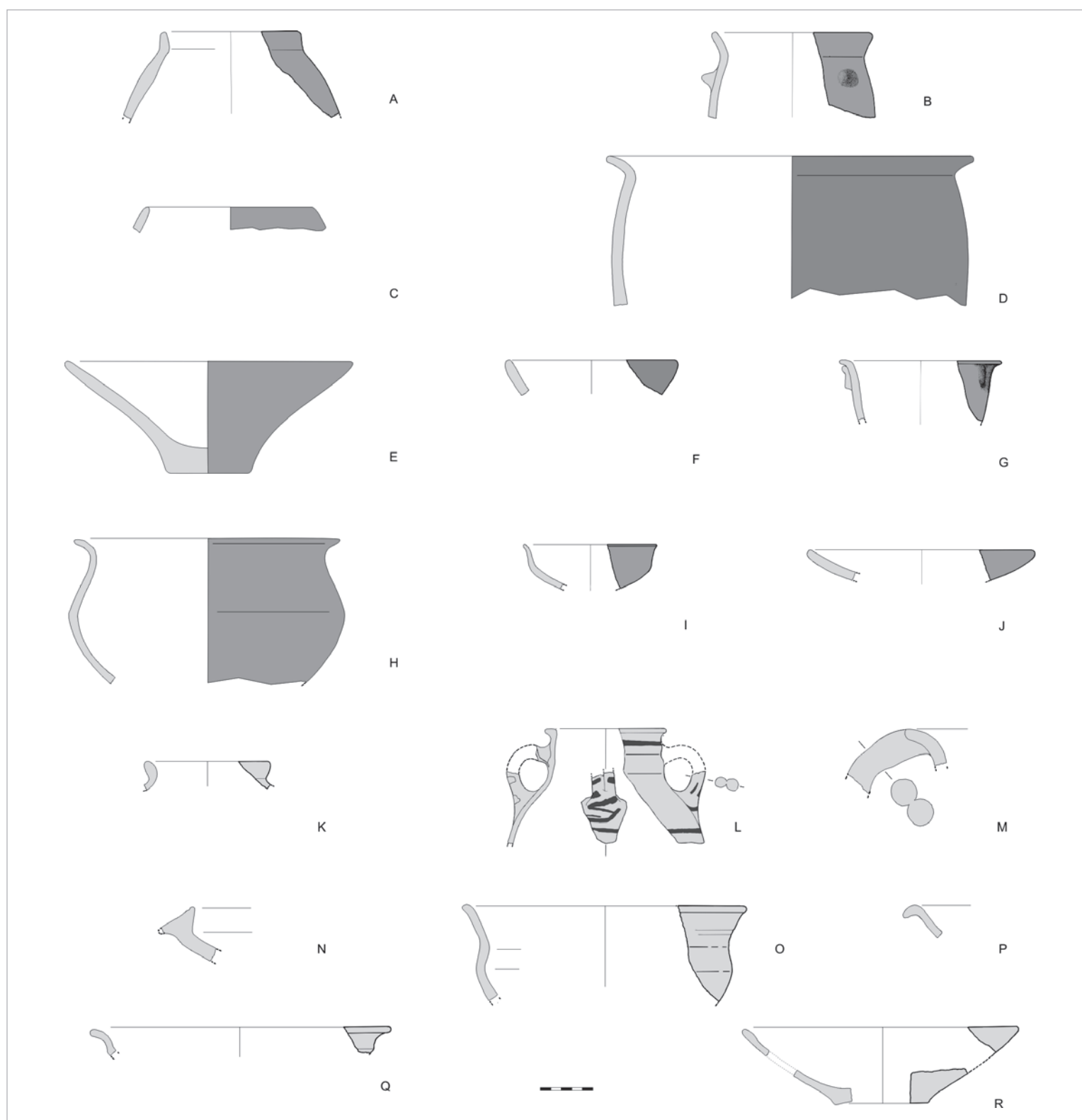


Figura 4.4. Cuadro tipológico de las cerámicas de época Orientalizante-Hierro Antiguo. En gris oscuro se señalan las formas a mano, en gris claro, a torno.



El primer grupo de cerámicas son aquellas en las que la superficie presenta un aspecto grosero o poco cuidado, en ocasiones con apenas un somero alisado (fig. 4.4, A hasta G). El resultado son cerámicas de aspecto tosco. Iniciaremos nuestro estudio con las cerámicas pertenecientes a este grupo.

El segundo conjunto es aquel formado por cerámicas sometidas a un tratamiento de sus superficies con un propósito estético y también funcional, con el fin de eliminar la porosidad y facilitar la contención de líquidos y semi-líquidos (fig. 4.4, H hasta J). Por regla general este tratamiento se realiza mediante espatulado, bruñido o alisado y puede tener efectos decorativos o ser una preparación previa a la decoración de los vasos. Normalmente las cerámicas tratadas corresponden a piezas de pequeño y mediano tamaño, por lo que se les atribuye una función de servicio de mesa (Mata, 1991, 153).

#### CERÁMICAS TOSCAS

La mayor parte de las cerámicas modeladas a mano de El Puig corresponde a una serie de recipientes de paredes gruesas, tratamiento superficial ligeramente alisado, pastas groseras con abundante desgrasante de grano medio de roca caliza y colores oscuros en su núcleo y claros en sus superficies; las tonalidades oscilan entre el castaño claro y los tonos grises. Las paredes suelen ser gruesas, siempre en función del tamaño del recipiente pero por lo general de más de 5 mm de grosor.

Todas las bases identificadas en este repertorio son planas, en ocasiones formadas por una gruesa pastilla aplanada de la que parten las paredes del vaso en ángulo oblicuo (fig. 4.5, 255/08, 257/08, 259/08; fig. 4.6, 261/08, 265/08, 267/08, 269/08, 271/08, 273/08) y más frecuentemente con el talón indicado (fig. 4.5, 248/08, 249/08, 250/08, 251/08, 252/08, 253/08, 254/08, 258/08; fig. 4.6, 260/08, 262/08, 263/08, 264/08, 266/08, 268/08, 270/08). Encontramos un predominio de este segundo tipo. Algunas de estas bases conservan la impronta de una estera trenzada en retícula (fig. 4.5, 252/08 y 253/08), marca que debió ser más habitual que los escasos ejemplos que la han preservado; más adelante insistiremos sobre este particular. Encontramos estas bases en una gran variedad de tamaños, cuyas dimensiones oscilan entre los 6,1 y los 15 cm de diámetro, aunque son más frecuentes las bases en torno a los 11-12 cm.

Los elementos de prensión no son muy abundantes, pues se han identificado únicamente en 12 vasos, lo que viene a suponer aproximadamente la cuarta parte del total de vasos identificados (fig. 4.7). Corresponden a tres tipos básicos. El más abundante, con nueve ejemplares, es una lengüeta estrecha de cerámica implantada de forma vertical de entre dos y cinco centímetros. Forma un asidero escasamente destacado que se ubica en la parte elevada del vaso cercano al borde (fig. 4.7, 237/08, 239/08, 240/08, 241/08, 242/08, 244/08, 246/08). En el caso de algunas piezas de mediano tamaño con asas de lengüeta de reducidas dimensiones se sitúa casi pegado al borde (fig. 4.7, 237/08, 246/08). El segundo

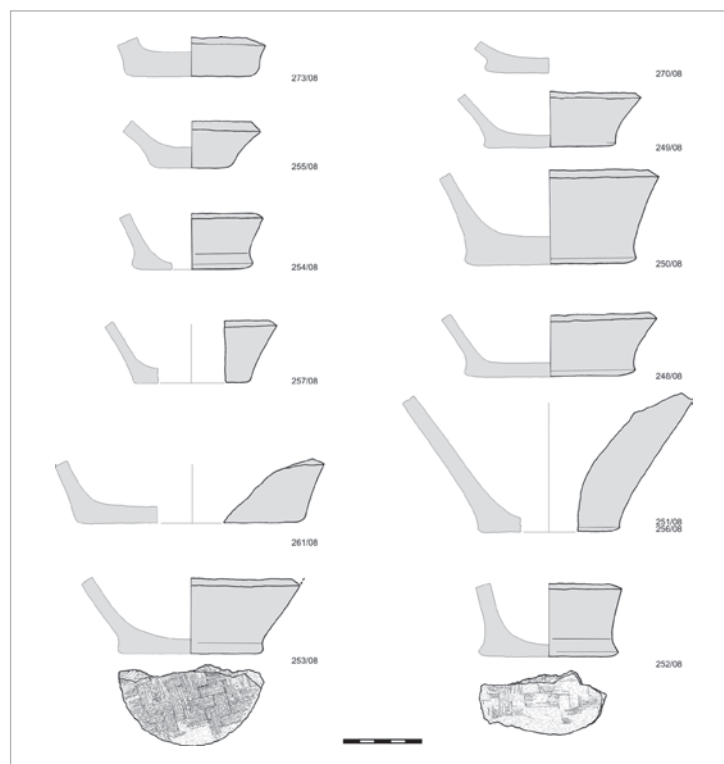


Figura 4.5. Bases planas y de talón a mano.

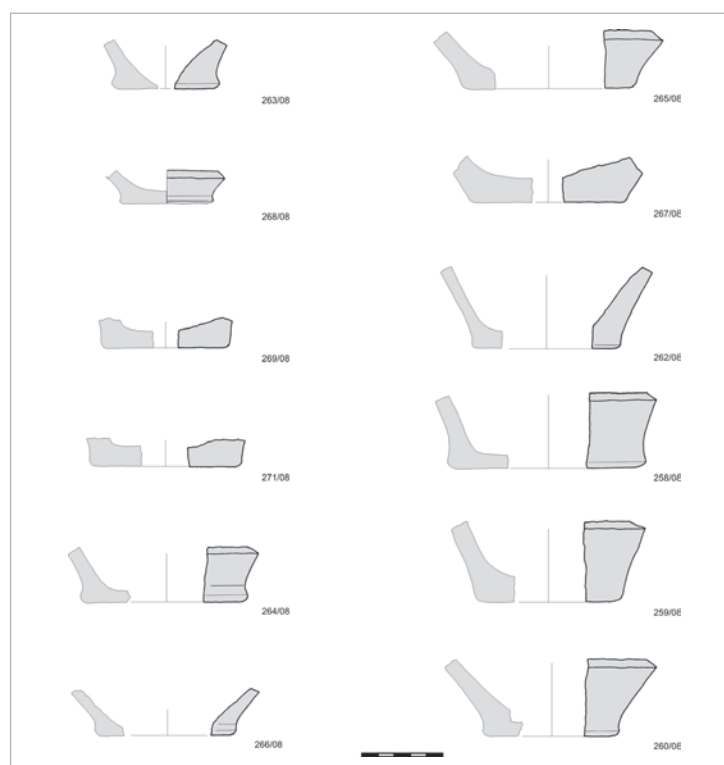


Figura 4.6. Bases planas y de talón a mano.

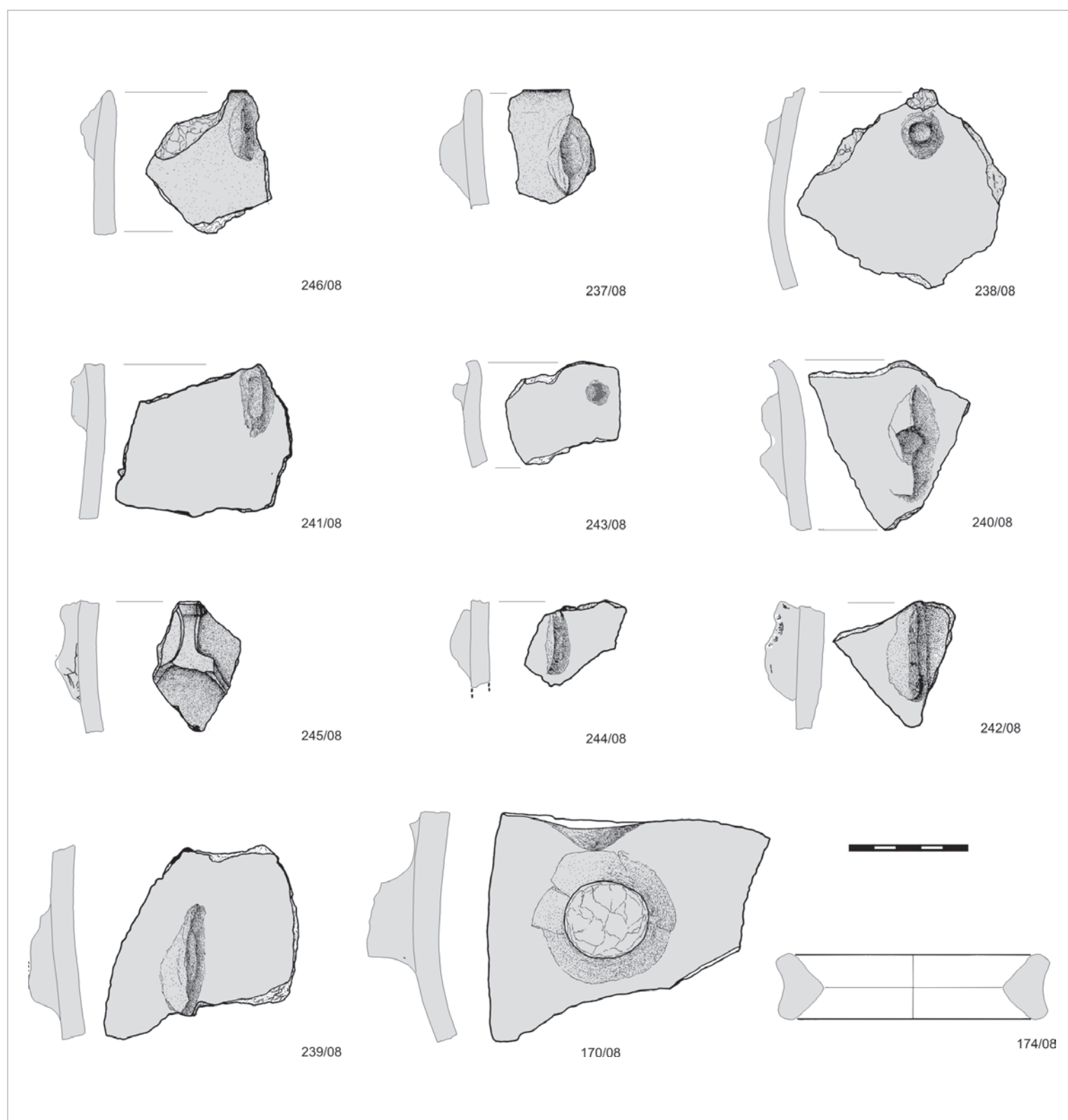


Figura 4.7. Elementos de presión.

tipo de elemento de prensión es una pequeña asa de mamelón escasamente pronunciada y de forma circular que parece en tres de los vasos (fig. 4.8, 232/08; 4.7, 238/08, 243/08). Un asa circular más pronunciada la presenta el vaso 170/08 (fig. 4, 7). Por último, encontramos un asa de aplique en forma de T invertida poco pronunciada (fig. 4.7, 245/08). Estos elementos de prensión no constituyen asideros, sino más bien tendrían la función de evitar que el vaso resbalara de las manos al sujetarlos por las paredes planas. Aparecen principalmente en los recipientes de tamaño pequeño o mediano en los que se facilitaría la prensión del cuerpo, mientras que los grandes recipientes serían prácticamente inasibles y de escaso o nulo trasiego. Al mismo tiempo pudieron tener una función decorativa al romper la monotonía de las líneas sencillas de la superficie del vaso.

En cuanto a las decoraciones de este tipo de recipientes de cerámica grosera, apenas las encontramos en cuatro ejemplares y siempre con elementos escasamente refinados. En dos casos se trata de ungulaciones en el labio del vaso 182/08 (fig. 4.8). Un tercer caso está decorado con incisiones rectilíneas que recorren, también, el labio del recipiente. La cuarta modalidad corresponde a una serie de impresiones realizadas con un punzón rectangular que forman una línea que recorre el cuello destacado de un recipiente de mediano tamaño.

Por lo que respecta a las formas de estos vasos, apenas encontramos representados dos grandes tipos formales: recipientes abiertos y cerrados, con morfologías poco variadas y que corresponderían funcionalmente a recipientes de almacenaje, ollas de cocina y cuencos para el servicio de mesa. Pasaremos a describir los tipos y sus variantes formales.

**-Orzas y ollas:** En el registro de referencia de la UE 208c alcanzan una proporción del 84 % de los recipientes (fig. 4.4, A-D).

Las formas absolutamente predominantes realizadas con esta cerámica a mano son las formas cerradas compuestas de la mitad inferior saliente convexa y la mitad superior de forma cóncava con las paredes convergentes. El resultado sería una serie de recipientes con perfiles de tendencia ovoide o troncocónica que aunque no se ha podido reproducir en ninguno de los ejemplares, es la principal forma que se infiere al observar los bordes y las bases conservados.

Las formas cerradas aparecen en variados diámetros de borde que podemos agrupar en dos tamaños predominantes, siguiendo el ejemplo de otros trabajos. Para C. Mata, los recipientes mayores, de entre 20 y 40 cm de altura, corresponderían al tipo 1 (Mata 1991, 143), denominados orzas, y los recipientes menores de 20 cm correspondientes al tipo Mata 2 (Mata, 1991, 147), denominados ollas; son muy frecuentes en los niveles I, II, III de Los Villares.

En el repertorio de El Puig, la aparición sumamente fragmentaria de estos vasos no nos permite conocer su altura, por lo que las dimensiones de los vasos las establecemos a partir del diámetro de las bocas de los vasos que permiten su medición, de igual forma que se ha planteado para la cerámica no-torneada de La Fonteta

(Rouillard *et al.*, 2007, 214-215). De esta forma encontramos una serie de recipientes que tendrían unos diámetros de boca en torno a 13-16 cm y cuya función sería la despensa doméstica o la preparación de alimentos. Otra serie de recipientes tendrían bocas de diámetros en torno a los 33-35 cm y constituirían grandes orzas con función de almacenaje.

La mayor variación se encuentra en la forma que adquiere la terminación superior del vaso y la inclinación de los bordes. En función de este atributo podemos clasificar los siguientes subtipos:

A. Recipientes de paredes convergentes en su tercio superior y con el borde recto (fig. 4.4, A; fig. 4.9, 184/08, 191/08, 202/08 y 207/08).

B. Recipientes de paredes convergentes en su tercio superior y con el borde exvasado de labio recto (fig. 4.4, B; fig. 4.8).

C. Recipientes de paredes convergentes en su tercio superior y con el borde hacia el interior de labio recto, constituyendo una prolongación de la pared (fig. 4.4, C; fig. 4.10, 225/08 y 229/08).

D. Recipientes de paredes de tendencia rectas en el tercio superior y labio exvasado. Este tipo de recipientes adquirirían forma cilíndrica o ligeramente troncocónica (fig. 4.4, D, fig. 4.9, 181/08 y 183/08).

De estos subtipos, el que es absolutamente predominante es el B: recipiente de paredes convergentes y cuello marcado con borde exvasado. La forma es ovoide o troncocónica y tienen base plana.

Esta forma es habitual en todos los repertorios del Bronce Final-Hierro Antiguo del País Valenciano. En los ámbitos más cercanos cabría citar su aparición en los niveles del Bronce Final-Hierro Antiguo de La Mola d'Agres, donde corresponde a la forma 7 de la cerámica tosca. Se define como una forma cerrada compuesta por un cuerpo inferior saliente convexo y un cuerpo superior cóncavo reentrante que constituye un cuerpo de tendencia ovoide con labios diferenciados y que aparece en tamaños grandes y medianos (Peña *et al.*, 1996, 90-93, fig. 50-56).

Estas piezas se registran en los repertorios de referencia de las comarcas meridionales como Los Saladares en sus fases 1A y 1B (Arteaga y Serna, 1975, láms., IV, 28; XV, 108; XVI, 121 y XXII, 167). En La Peña Negra corresponde a la forma A3B o A6 (González Prats, 1983, fig. 14) que hace su aparición en la fase I propia del Bronce Final, aunque perdura durante la fase II correspondiente al Hierro Antiguo. Según su excavador, las ollas de menores dimensiones, tipos A1 y A2, son las vasijas domésticas predominantes en el periodo más reciente, mientras que los grandes recipientes reducen su presencia debido a su sustitución por vasos a torno (González Prats, 1983, 152). En la necrópolis de Les Moreres estas ollas con el borde convergente son frecuentemente usadas como urnas funerarias (González Prats, 2002, fig. 135-136).

Algo más al sur, se encuentran en El Castellar de Librilla donde se documentan en el nivel II a partir de algunos bordes. La forma exvasada correspondería al tipo IIF3, mientras que los recipientes de paredes convergentes corresponden al tipo IIF1 (Ros, 1989, 322).

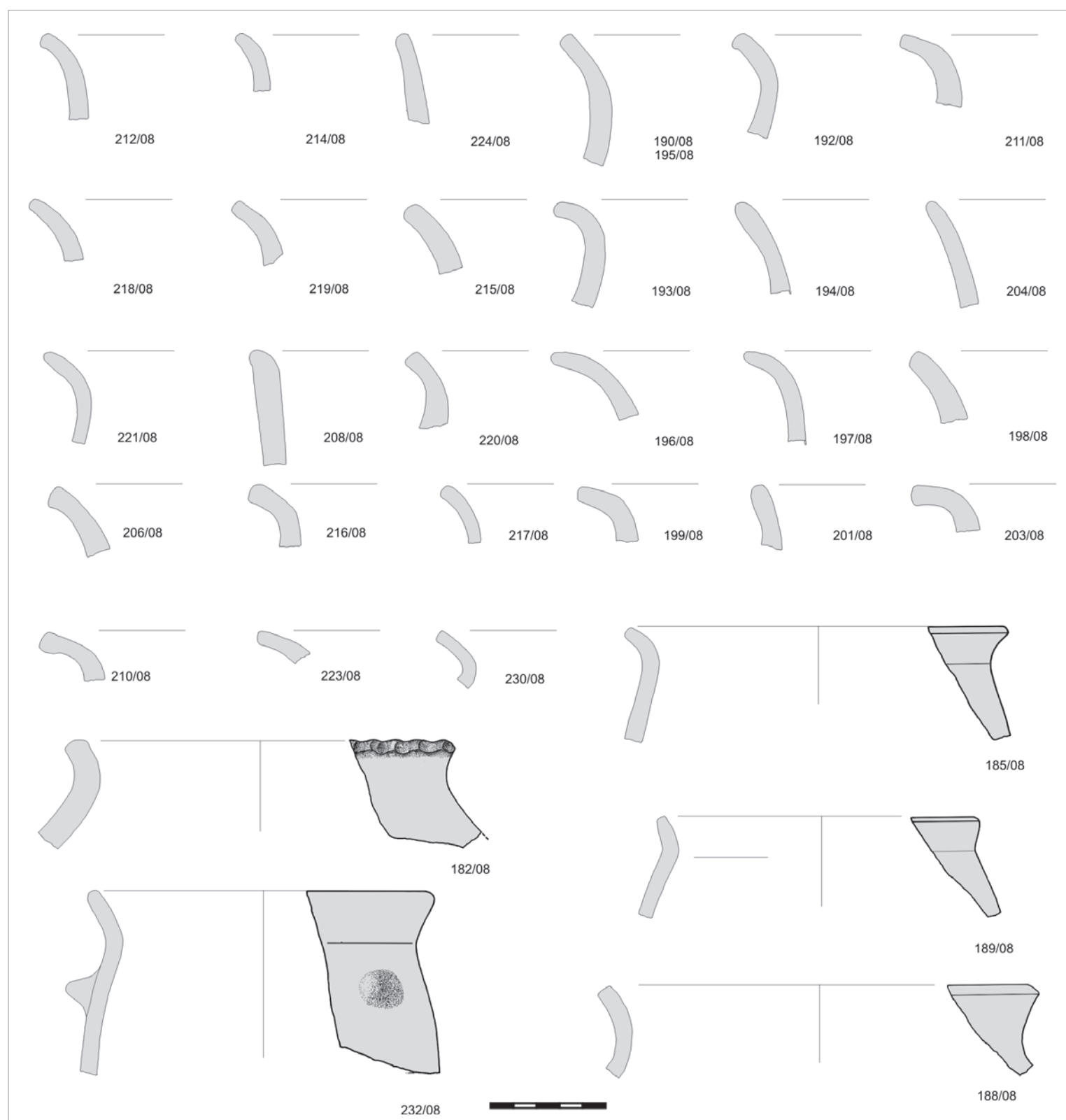


Figura 4.8. Cerámicas a mano.

El mismo repertorio de cerámicas toscas aparece en el núcleo costero de La Fonteta, donde se registra un importante conjunto de vasos cerrados por lo general de dimensiones medianas (Rouillard *et al.*, 2007, 212-217). Bajo una forma común de recipientes ovoides o bitruncocónicos se identifica una gran variedad en los cuellos y los bordes, lo que parece ser una pauta común en los repertorios de estas ollas modeladas a mano. La forma más próxima a la que ahora describimos sería el tipo 2.2 o urna de borde divergente claramente exvasado y tamaño mediano (Rouillard *et al.*, 2007, 214, fig. 322) o la tinaja de mayores dimensiones tipo 4.2. de borde divergente (Rouillard *et al.*, 2007, fig. 322, 215).

A la luz de los paralelos aludidos parece claro que es una producción doméstica que aunque repite frecuentemente las mismas formas, lo hace con ligeras variaciones en tamaño e inclinación de los bordes; de ahí las variantes y subtipos que se pueden reconocer en estos conjuntos.

La funcionalidad de estas piezas abarcaría los usos culinarios para las ollas de pequeño o mediano tamaño y la función de despensa y almacenaje de los ejemplares mayores. Estas piezas se mantendrán en el ámbito de producción doméstico en los primeros tiempos de la adopción del torno que afectará principalmente a las producciones finas, sustituidas por las vajillas de mesa torneadas. Sólo en un segundo momento se generalizarán los recipientes de almacenaje a torno y las cerámicas de cocina, haciendo desaparecer estas producciones modeladas a mano.

La paulatina sustitución remite a las formas de organización del trabajo y al control de las principales funciones en el seno de la unidad doméstica. En primer lugar, todo parece indicar que las prácticas culinarias se vieron poco o nada alteradas con las modificaciones culturales que se producen entre el final de la Edad del Bronce y la Edad del Hierro. Las ollas cerradas para cocer o hervir como principal forma de preparar los alimentos se verán posteriormente sustituidas por las ollas de cocina, con idénticas formas de preparación. No se introducen nuevos recipientes que supongan una modificación en los usos culinarios y la forma de preparar los alimentos.

En segundo lugar, cabe suponer que el control de las despensas domésticas, desde los productos a los recipientes contenedores, quedaba exclusivamente en manos de cada unidad doméstica en este periodo. En el seno de cada familia se producirían los recipientes para almacenar sus reservas alimenticias y nada parece prever una necesidad de aumentar el número de piezas ni las posibilidades de almacenaje y transporte, de lo que se deduce una escasa transformación de las pautas de circulación de excedentes envasados y el predominio del autoconsumo en las unidades domésticas.

La misma pervivencia de las estructuras económicas familiares se deduce en las pautas culinarias. En el seno de cada familia cabe suponer que las mujeres no sólo se encargarían de guisar para la unidad familiar sino que asumirían las tareas de preparar los enseres para la preparación de alimentos. Sólo más tarde la generali-

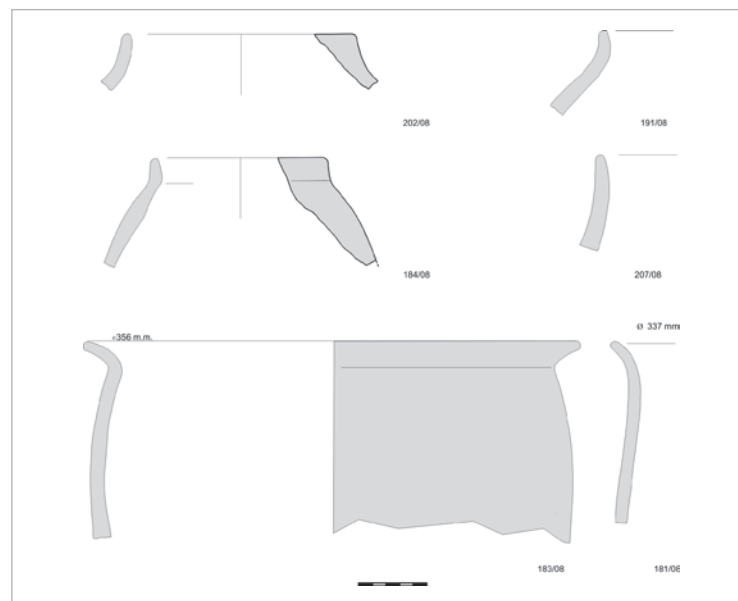


Figura 4.9. Ollas y orzas a mano.

zación del torno supondría una reorganización de los procesos de trabajo y la liberación de carga de trabajo desde el ámbito femenino y el seno de la unidad doméstica, con las consecuencias para la reorganización económica propia del periodo ibérico.

### Cuencos y escudillas

Las otras formas registradas en cerámica tosca modelada a mano son las formas abiertas sencillas de perfil cóncavo o tendencia troncocónica. Se trata de recipientes de tamaño mediano-pequeño con paredes divergentes con distintos grados de inclinación y de bordes que permiten establecer una diferenciación:

- Escudillas de paredes muy abiertas y forma troncocónica (fig. 4.4, E). Suelen tener el labio redondeado simple (fig. 4.10, 227/08 y 247/08). Se identifican a partir de bordes exvasados simples y alguno ejemplar completo que presenta base plana. El ejemplar más completo encuentra el paralelo más cercano en el tipo AB 2 de La Peña Negra (González Prats, 1983).
- Escudillas de paredes de tendencia vertical y forma cóncava (fig. 4.4, F). Son recipientes más profundos que el tipo anterior y presentan dos tipos de labio: uno redondeado simple (fig. 4.10, 205/08, 222/08 y 226/08) y otro ligeramente engrosado; las escudillas con perfiles de tendencia cóncava corresponderían al tipo AB 1 de La Peña Negra (González Prats, 1983).
- Cuencos de paredes ligeramente curvas y de talla mediana (fig. 4.4, G); poseen el borde exvasado marcado por una inflexión angulosa y base plana (fig. 4.10, 209/08, 213/08, 235/08 y 236/08). Corresponderían a la forma 7 del repertorio de La Fonteta (Rouillard *et al.*, 2007, 464, fig. 322, 7).



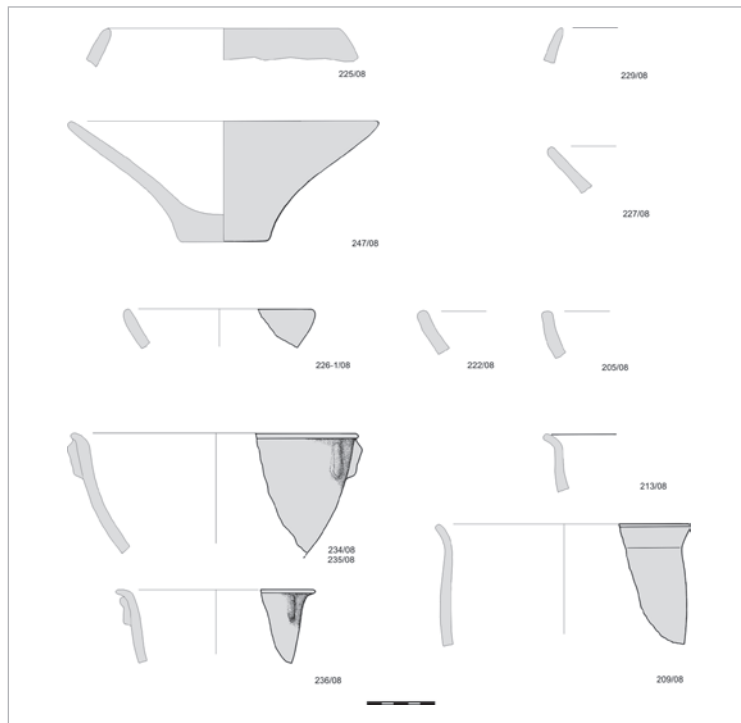


Figura 4.10. Cuencos y escudillas a mano.

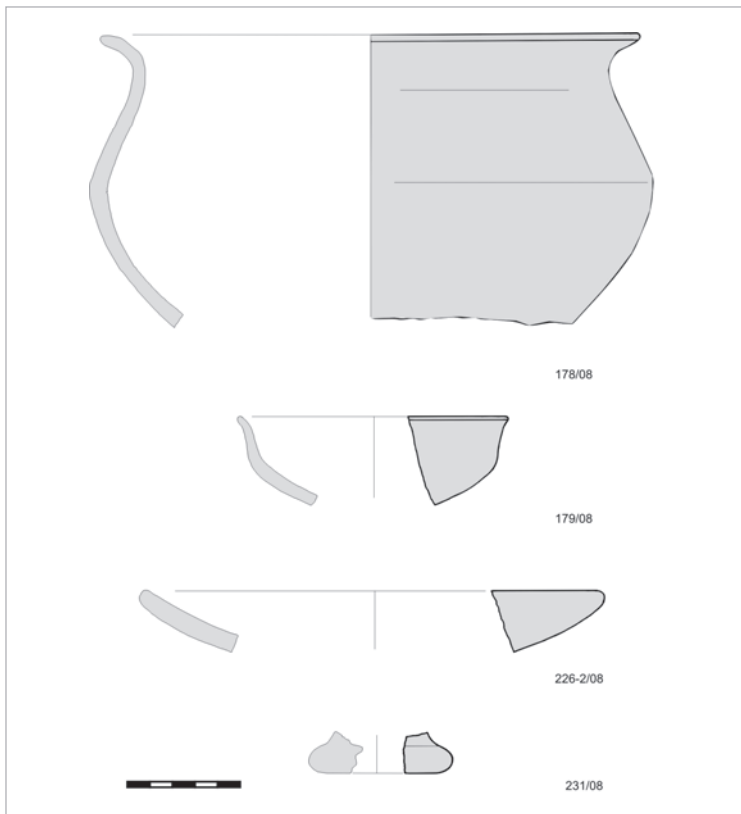


Figura 4.11. Cerámicas a mano cuidadas.

Los dos primeros tipos corresponderían al tipo 3 de Mata, denominados cuencos o escudillas (Mata, 1991, 147). El porcentaje de aparición de estas piezas es de aproximadamente 11 % en la UE 208c. Se trata de formas ampliamente utilizadas durante dilatados espacios de tiempo en la Edad del Bronce y que se extienden hasta época Orientalizante, de lo que se deriva una escasa elocuencia cronológica y cultural. A los ámbitos interiores fuertemente enraizados en las tradiciones locales, como el aludido ejemplo de Los Villares (Mata, 1991, 147), debemos añadir la aparición en ámbitos costeros, como La Fonteta donde corresponde a la forma 6.1 de las cerámicas a mano (Rouillard *et al.*, 2007, 464, fig. 322).

Dada la extensión de esta forma, a lo sumo podríamos realizar dos apreciaciones. La primera es que en este momento las escudillas poseen las bases planas como atributo morfológico que permite distinguirlas de las piezas más antiguas, como los cuencos de tradición del Bronce Valenciano que poseen la base cóncava. En segundo lugar, estos cuencos de cerámica tosca por su forma debieron usarse para servir y consumir alimentos, por lo que serían paulatinamente sustituidos por piezas cerámicas con tratamientos finos y las producciones a torno, cuyas superficies tratadas facilitarían su uso como servicio de mesa, además del propio valor estético. Esta posible sustitución justificaría el escaso número de ejemplares.

#### CERÁMICAS FINAS

Las cerámicas modeladas a mano de calidad, con pastas depuradas y acabados cuidados, son extraordinariamente escasas entre el conjunto de piezas registradas en los estratos inferiores de El Puig. En concreto únicamente podemos incluir en este grupo cuatro piezas:

- Cazuela de cuerpo globular con ligera carena en el centro del galbo (fig. 4.4, H; fig. 4.11, 178/08). Posee el borde exvasado de labio recto. Está realizada en cerámica gris oscura y con un tratamiento superficial bruñido. Este tipo de recipiente encuentra cierta semejanza en algunas vasijas de La Mola d'Agres, en concreto con las formas 11B, 12B o 14 C, aunque sin apreciar una auténtica fidelidad formal (Peña *et al.*, 1996, figs. 62 a 64). En La Peña Negra se denomina tipo B6a, (González Prats, 1983). Corresponde a la forma IA3 del Castellar de Librilla (Ros, 1989, 322) o el cuenco-escudilla de cuerpo compuesto con perfil sinuoso, tipo 1.1 de Los Villares (Mata, 1991, 153, fig. 82, 14).
- Pequeña copa de perfil sinuoso de tendencia caliciforme (fig. 4.4, I; fig. 4.11, 179/08). Las paredes son muy finas y de pasta depurada. La superficie es de color gris y está bruñida. Tiene una forma compuesta semejante a la anterior aunque de menor tamaño. Este tipo de recipiente encuentra su paralelo en las formas 14 C o 23 F de La Mola d'Agres (Peña *et al.*, 1996, figs. 64 y 67). De nuevo se asociaría, aunque a menor tamaño, el tipo 1.1 de Los Villares (Mata, 1991, 153). En El Castellar de Librilla corresponde a la forma IE4 (Ros, 1989,

322). Recuerda a las copas carenadas bruñidas, tipo 9 de La Fonteta (Rouillard *et al.*, 2007, 219, fig. 322), pero con la carena muy suavizada hasta formar una ligera inflexión. En este asentamiento las carenas desaparecen hacia mediados del s. VII aC lo que podría suponer un criterio cronológico para datar nuestra pieza sin carena a partir de esta fecha.

- Cuenco de pared recta muy abierta y borde recto exvasado con el labio simple (fig. 4.4, J; fig. 4.11, 226.2/08). La superficie está tratada con una película de barbotina que produce el efecto de un ligero engobe rojizo. Correspondería a la forma 5 de La Mola d'Agres (Peña *et al.*, 1996, figs. 60); al tipo AB 1 de La Peña Negra, es decir, formas de cerámica a mano semicuidada (González Prats, 1983) o la forma 5GIII del Castellar de Librilla (Ros, 1989, 322), el plato forma 6.1 de La Fonteta (Rouillard *et al.*, 2007, 217, fig. 322) o el cuenco-escudilla de perfil simple de tendencia troncocónica de Los Villares.
- Peana maciza de perfil discoidal posiblemente de una copa. Los restos extremadamente fragmentarios del vaso nos impiden una identificación del tipo y su relación con paralelos próximos.

Estas piezas cuidadas realizadas con cierto conocimiento técnico a tenor de lo depurado de sus pastas, la finura de las paredes o sus esmerados acabados son extraordinariamente escasas en el conjunto de piezas a mano, constituyendo aproximadamente un 5 % del total de piezas realizadas a mano.

### LAS PRIMERAS CERÁMICAS A TORNO

La novedad básica en este momento es la aparición de las primeras producciones a torno en todas las UEs de la fase inicial. La identificación de estos primeros recipientes y su interrelación con los contextos autóctonos mayoritariamente a mano es quizá la principal evidencia de cambio cultural expresado en la materialidad arqueológica. Las primeras cerámicas nos permiten insertar los niveles de estudio en un contexto de apertura a las corrientes comerciales fenicias, de forma semejante a la situación constatada en otros poblados.

Las cerámicas se caracterizan por estar realizadas con pastas de tonalidades anaranjadas-ocres, con el interior grisáceo, que poseen abundante desgrasante visible de color oscuro identificado como esquisto. Estas cerámicas se relacionan con las producciones de las colonias fenicias de las costas andaluzas (Martí y Mata, 1992, 110).

Junto a este predominio de las pastas andaluzas, existe un conjunto de cerámicas, en un porcentaje menor, que muestra pastas de características ligeramente distintas de estas producciones. Se trata de pastas rugosas y duras donde abundan desgrasantes visibles entre los que no aparecen los esquistos. Es posible que se trate de importaciones de otras regiones como el Bajo Segura o las costas alicantinas, donde las producciones fenicias características del área andaluza conviven con otros productos de pastas diferentes de producción local (González Prats, 1983, 155). Estas

producciones son menos conocidas arqueológicamente y pese a los avances en la caracterización ceramológica aún no contamos con sólidos elementos de comparación (Rouillard *et al.*, 2007, 225-227).

### LAS ÁNFORAS

La forma es de odre con hombro carenado y bordes exvasados altos de perfiles triangulares o rectos simples (fig. 4.4, K; fig. 4.12, 167 y 168). Se identifican con la forma Ramón T-10.1.1.1. o las series que se realizan a partir de este modelo, las T-10.1.2.1. cuya diferencia morfológica básica es la existencia de una ligera moldura en el arranque del labio. Se trata de recipientes destinados al almacenamiento y transporte de productos para su comercialización. Son producciones originarias de los centros fenicios del Sur de la Península y el Norte de África que posteriormente se imitan en múltiples centros de producción del mediodía y el oriente peninsular. La producción de estas ánforas se desarrolla entre los siglos VIII y VI aC y se vincula a la comercialización de vino envasado (Ramón, 1995, 281). Han sido clasificadas en el ámbito alicantino como forma A1 de González Prats a partir de los hallazgos de La Peña Negra (Crevillent) (González Prats, 1983, fig. 32 y 33). Corresponden a los tipos A- PHE 10.1.1.1 y 10.1.2.1. de los repertorios de La Fonteta, donde se registra un importante porcentaje en todas sus fases (Rouillard *et al.*, 2007, 229-230). En L'Alt de Benimaquia aparecen principalmente el tipo evolucionado T-10.1.2.1 y las imitaciones locales a partir de ese prototipo.

En El Puig, estas ánforas son las piezas más frecuentes entre los hallazgos de cronología Orientalizante. La identificación de estas especies cerámicas se produjo tras la revisión de los fondos de las excavaciones de Rubio realizadas por Espí y Moltó (1997, fig. 2, 1-7). En las excavaciones que ahora presentamos están presentes en los niveles que constituyen la ocupación inicial del cerro, tanto en el sector noroeste, UE. 208c (fig. 4.12, 167/08 y 168/08), como en el sector de la Corona del poblado. Se localizan especialmente fragmentos informes que hemos podido identificar claramente con pastas de procedencia andaluza y otras producciones de pastas distintas; ambos grupos suman unos doscientos fragmentos en la UE 208c. Junto a estos fragmentos informes encontramos algunos bordes con el perfil triangular característico, así como algunos fragmentos de asas y hombros carenados. A las pastas de las colonias andaluzas hay que sumar algunos ejemplares de pastas claras de otras procedencias, posiblemente de comarcas alicantinas cercanas.

Las diferencias morfológicas que permiten la diferenciación entre los subtipos Ramón T-10.1.1.1. o las series que se realizan a partir de este modelo, Ramón T-10.1.2.1., ambas presentes en El Puig, pueden servir para incorporar algunos matices a la cronología de las producciones y los centros de llegada, como ya ha sido planteado en otros trabajos (Sala *et al.*, 2004). En principio, la presencia de ánforas de la serie Ramón T-10.1.1.1. remite a un contexto de la segunda mitad del s. VIII aC para la primera llegada de estos productos y a una procedencia meridional, pues

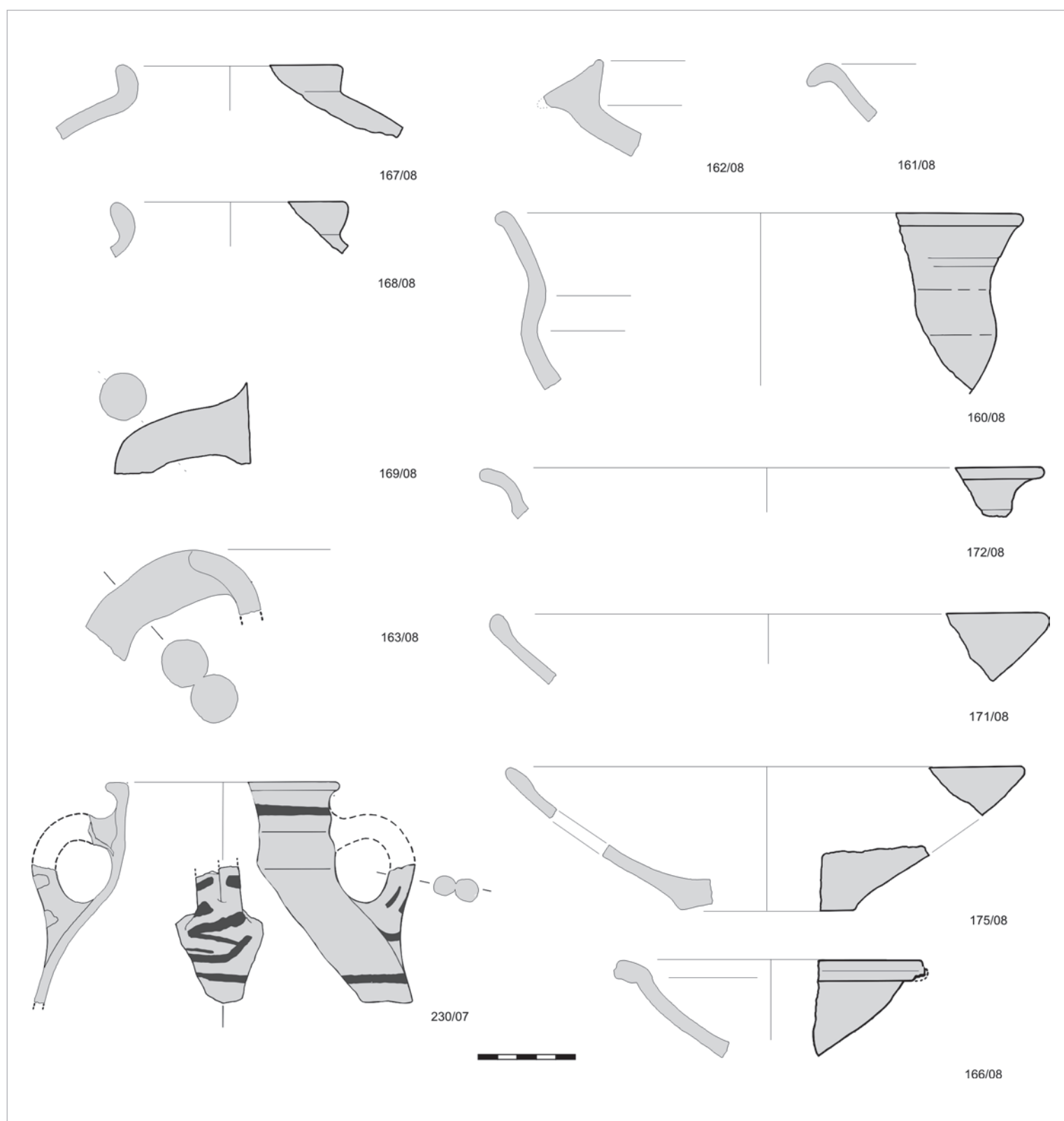


Figura 4.12. Cerámicas a torno.

únicamente se han documentado estos tipos en el sur alicantino. La serie Ramón T-10.1.2.1. sucesora de aquella, puede indicar la perduración durante el s. VII de los circuitos de intercambio y la posible incorporación de la vía de llegada de La Marina Alta, donde se han documentado estos tipos y no los anteriores. Por ello, aunque la integración geográfica entre el área de La Marina y la de Alcoi ha servido de argumento para proponer la primacía de las conexiones comerciales entre ambas zonas (Martí y Mata, 1992, 114; Ribera y Fernández, 2000, 1705), no debemos descartar la diversidad de circuitos comerciales.

La abundante presencia de ánforas en El Puig debe sumarse a su nutrida aparición en asentamientos de su entorno comarcal. Aparecen en La Condomina, Els Bancals de Satorre, Mas del Pla, VA-30, El Barranc del Sofre, AC-91 y AC-90, L'Altet del Vell, El Carrascalet, AC-110, AC-101, La Comuna-Reial Franc (Martí y Mata, 1992, fig. 2), La Covalta, (Pla y Bonet, 1991), La Serreta, la Cova de La Pastora, Els Ametllers, El Pitxòcol, El Xarpolar o El Xocolatero (Grau Mira, 2002, 122-123). A medida que avanza el conocimiento de la ocupación protohistórica de la comarca se suceden los hallazgos de este tipo de materiales, pues hemos tenido conocimiento reciente de la aparición en L'Alt del Punxó (Espí *et al.*, 2009), en Les Alqueries de Benifloret (Acosta *et al.*, 2010) y El Pla de la Casa (ejemplares inéditos). De ello se deduce que la red de intercambios se introdujo de forma densa y estructurada en estos momentos. Los núcleos de altura, como El Puig, debieron tener un papel clave en la organización de estos intercambios, a juzgar por la presencia destacada de estas piezas.

#### URNA TIPO CRUZ DEL NEGRO

Se conoce como urna tipo Cruz del Negro a un vaso de forma globular y cuello cilíndrico con borde recto y labio ligeramente exvasado al exterior (fig. 4.4, L). A la altura del contacto entre el cuello y el cuerpo se ubican dos asas de perfil circular. Suele aparecer decorada con motivos pintados de tipo geométrico. Coincidiendo con esta descripción se identifica un vaso localizado en el estrato UE 330 (fig. 4.12, 230/07), entre los escasos materiales que rellenan el departamento de época protohistórica.

Las características ceramológicas permiten suponer un origen foráneo, de un centro no andaluz, que quizá pudiese tratarse de la zona del Bajo Segura donde estas piezas aparecen con frecuencia. Las encontramos en La Fonteta, donde se denomina forma 11 (Rouillard *et al.*, 2007, fig. 318) y también aparecen en La Peña Negra donde corresponde a la forma E11 (González Prats, 1983).

Cabe decir que esta forma es ciertamente escasa en el País Valenciano (Aranegui, 1980) y era desconocida en las comarcas de L'Alcoià y El Comtat hasta este momento en que presentamos el ejemplar que ahora nos ocupa.

#### TINAJAS

Son recipientes de almacenamiento de forma generalmente oval o bitroncocónica y que documentamos a partir de los bordes

exvasados de perfil curvo o subtriangular (fig. 4.4, M). Es frecuente que tengan asas bífidas que arrancan desde el labio del vaso. Suelen poseer decoración pintada en tonos rojizos en forma de bandas horizontales. Hasta el momento este tipo únicamente está representado por un fragmento de borde curvo al exterior de labio sencillo del que arranca un asa bífida localizada en la UE. 208c (fig. 4.12, 163/08).

Esta forma está muy extendida en todo el ámbito colonial desde el s. VIII aC. A partir de los prototipos fenicios se imitan en época ibérica antigua especialmente en tierras edetanas. En el ámbito alicantino los encontramos bien representados en los asentamientos de las comarcas meridionales como La Peña Negra donde se denomina forma Ea1 (González Prats, 1983) o en La Fonteta (Rouillard *et al.*, 2007, fig. 317, 9.2). En nuestro entorno comarcal estas piezas aparecen en Els Bancals de Satorre (Martí y Mata, 1992, fig. 2, 17 y 18) o El Xocolatero, donde se reconoce un fragmento de borde con el típico arranque del asa en el labio (Grau Mira, 2002, fig. 106, 1). Algunos escasos fragmentos informes de cerámica pintada localizados en esta UE 208c podrían corresponder a este tipo de tinajas.

#### CUENCOS TRÍPODES

Se trata de un cuenco de borde triangular y con tres pies elevados (fig. 4.4, N) cuya aparición es frecuente en las colonias fenicias del Mediterráneo Occidental, donde fueron estudiadas por Schubart y Mass-Lindeman (1984). En La Fonteta corresponde al tipo 18.1 (Rouillard *et al.*, 2007, fig. 319). La cronología propuesta para estos cuencos es de los siglos VII-VI aC. Este tipo ya había sido identificado en El Puig (Espí y Moltó, 1997) y ahora corroboramos la llegada de estas piezas y contextualizamos los niveles de aparición. Encontramos este tipo de cuenco entre los materiales de la UE 208c donde aparece un borde claramente adscrito a este tipo (fig. 4.12, 162/08) y otros ejemplares procedentes de la zona de la Corona que a continuación se detallarán.

Recientes investigaciones han asociado este tipo de cuenco con las ánforas vinarias, proponiendo que ambos formarían un conjunto y que se intercambia el vino y los cuencos-mortero necesarios para prepararlo 'a la siria', es decir, triturar y mezclar hierbas aromáticas que se incorporan a la bebida (Vives-Ferrándiz, 2005a). Ello mostraría que el intercambio con el mundo semita no sólo haría llegar el vino, sino las prácticas asociadas y una pauta específica de consumo. Este lote constituiría el principal objeto de intercambio en las áreas interiores y septentrionales del País Valenciano lo que vendría a probar la importancia de esta práctica festiva entre las poblaciones locales (Vives-Ferrándiz, 2005a). Aunque creemos plausible esta interpretación, debemos señalar la escasez de estos morteros, pues no parece que estas piezas fuesen muy distribuidas en el ámbito comarcal; únicamente contamos con un ejemplar procedente de Els Bancals de Satorre (Martí y Mata, 1992, fig. 2, 26) al que sumar las nuevas piezas reconocidas en El Puig. Esta escasez contrasta con la gran distribución de las ánforas, de lo que podría deducirse que disponer el equipamiento

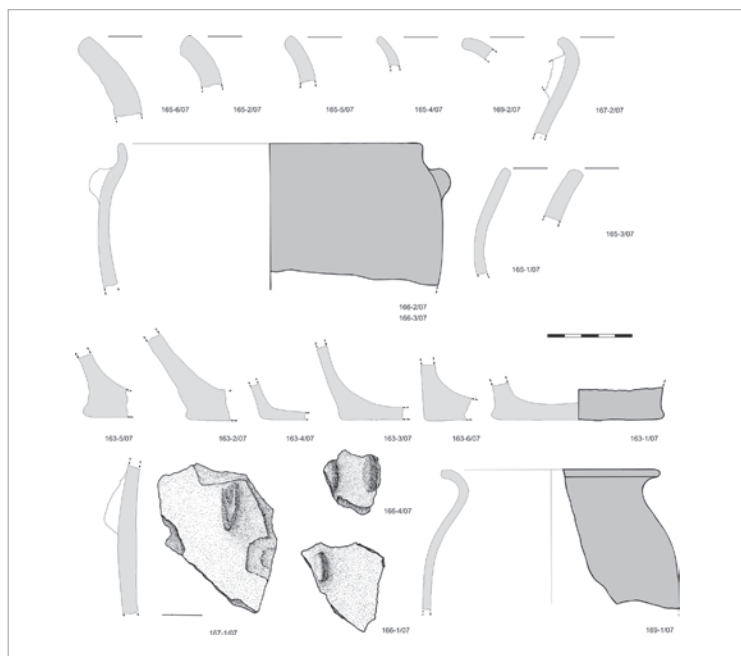


Figura 4.13. Cerámicas de la terraza 400.

adecuado para la preparación del vino era un elemento diacrítico y al alcance realmente de unos pocos, lo que otorgaría una importancia especial a la posesión de este tipo de cuencos para distinguirse en los modos de consumo.

#### PLATOS

En la UE 208c aparecen unos escasos fragmentos de cerámica que identificamos como platos del repertorio Orientalizante. En concreto son bordes que corresponden a dos clases cerámicas: la común fenicia y la cerámica gris.

En cerámica común encontramos dos piezas. La primera es una cazuela de cuerpo profundo y carena ligeramente señalada en su diámetro máximo, con paredes vueltas al exterior y labio recto ligeramente engrosado (fig. 4.4, O; fig. 4.12, 160/08); el paralelo más cercano a esta pieza lo encontramos en La Fonteta, donde corresponde a la forma 4.2 (Rouillard *et al.*, 2007, fig. 316); se registra en los niveles correspondientes a la segunda mitad del s. VII (Rouillard *et al.*, 2007, 251, fig. 191, 14).

La segunda pieza de cerámica común fenicia es un plato hondo de paredes rectas y labio curvo vuelto al exterior (fig. 4.4, P; fig. 4.12, 161/08). El paralelo formal más próximo de nuevo lo encontramos en el tipo 4.1.b de La Fonteta (Rouillard *et al.*, 2007, fig. 316), donde se registra desde el s. VIII (Rouillard *et al.*, 2007, 251, fig. 174, 13). Aparece un segundo plato que puede corresponder a este tipo (fig. 4.12, 166/08)

Los otros platos son de cerámica gris a torno y parecen una reproducción torneada de las piezas tradicionalmente realizadas a mano, como los cuencos de borde simple o ligeramente engrosados (fig. 4.4, R; fig. 4.12, 171/08 y 175/08), correspondientes a las for-

mas 1.1. de La Fonteta (Rouillard *et al.*, 2007, fig. 270, 4; fig. 316) o el tipo 1.4 (Rouillard *et al.*, 2007, fig. 224, 7; 241, 11, 14; 320, 1.4). A ellos hay que sumar un cuenco profundo con el borde vuelto al exterior (fig. 4.4, Q; fig. 4.12, 172/08) correspondiente a la forma 2.3 del asentamiento de Guardamar (Rouillard *et al.*, 2007, figs. 199, 8; 209, 13; 225, 5; 320, 2.3), con una cronología preferente del tránsito entre los siglos VII y VI aC (Rouillard *et al.*, 2007, 205).

#### LAS OBJETOS LÍTICOS

Por último, queremos citar la existencia de unos pocos objetos de sílex, concretamente dos lascas retocadas (275/08 y 276/08) que vendrían a sumarse a las piezas ya publicadas recuperadas en contextos antiguos (Rubio, 1985; 1987).

#### LOS MATERIALES DE LA TERRAZA UE 400

La unidad estratigráfica de referencia 208c aporta el conjunto material que nos ha permitido la caracterización de la fase inicial, las restantes unidades nos permiten corroborar la impresión cultural y cronológica del inicio del poblado. Una de estas unidades es la que rellena la terraza que supone el acondicionamiento del espacio para la primera ocupación de El Puig. En efecto, entre los niveles de relleno de esta terraza se documentan cerámicas a mano de las piezas ya analizadas con anterioridad. Repasemos los tipos presentes.

Predominan las cerámicas a mano de aspecto tosco o grosero correspondientes a orzas y ollas de labio exvasado y cuerpo de paredes rectas o convergentes en su parte superior, tipo B (fig. 4.4). Los grosores de los labios nos indican que aparecen ejemplares en tamaño grande (fig. 4.13, 165.2, 165.5, 165.6 y 169.2) y mediano (fig. 4.13, 165.4, 167.2 y 166.2). En menor medida aparecen ollas de paredes convergentes en su tercio superior y labio que supone la prolongación de la pared, tipo C (fig. 4.4; fig. 4.13, 165.1 y 165.3).

Las bases de estos recipientes son todas planas en ángulo (fig. 4.13, 163.4, 163.6 y 163.7) o bien con el talón indicado (fig. 4.13, 163.1, 163.2 y 163.5). También aparecen tres fragmentos de cuerpo con pequeñas asas de lengüetas (fig. 4.13, 166.1, 166.4 y 167.1).

Por último, encontramos el tercio superior de una olla globular de cerámica de cocina realizada a torno con el borde exvasado y labio sencillo redondeado (fig. 4.13, 169.1). Se trata de la única pieza a torno cuya forma identificamos entre el relleno de la terraza y aparece junto a otros fragmentos informes a torno. Estas cerámicas más modernas, nos situarían en los rellenos más modernos de la terraza correspondientes al periodo ibérico antiguo.

#### LA OCUPACIÓN INICIAL EN OTROS SECTORES DEL POBLADO

Junto a los vestigios constructivos y materiales del sector 11 Fb se han podido detectar restos de esta misma ocupación inicial en tres sectores distantes del poblado (fig. 4.14). El primero de ellos es el reborde septentrional de la Corona, donde se reconoció el ámbito 13000 (fig. 4.14, A). El segundo sector se sitúa en el extre-



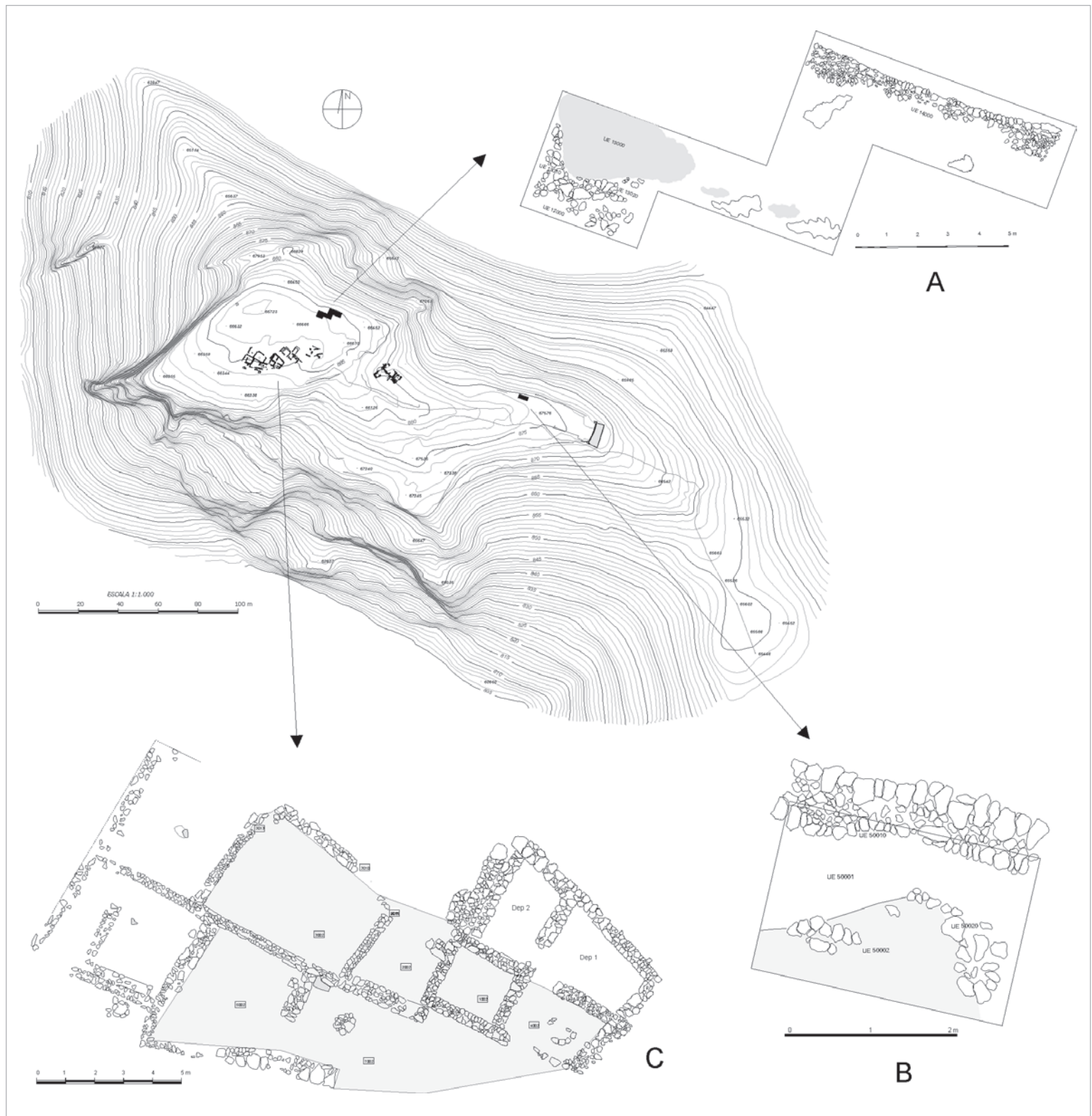


Figura 4.14. Localización de las unidades con materiales de época orientalizante-ibérica antigua. A: ámbito 13000; B: ámbito 50000 y C: sector de la Corona.

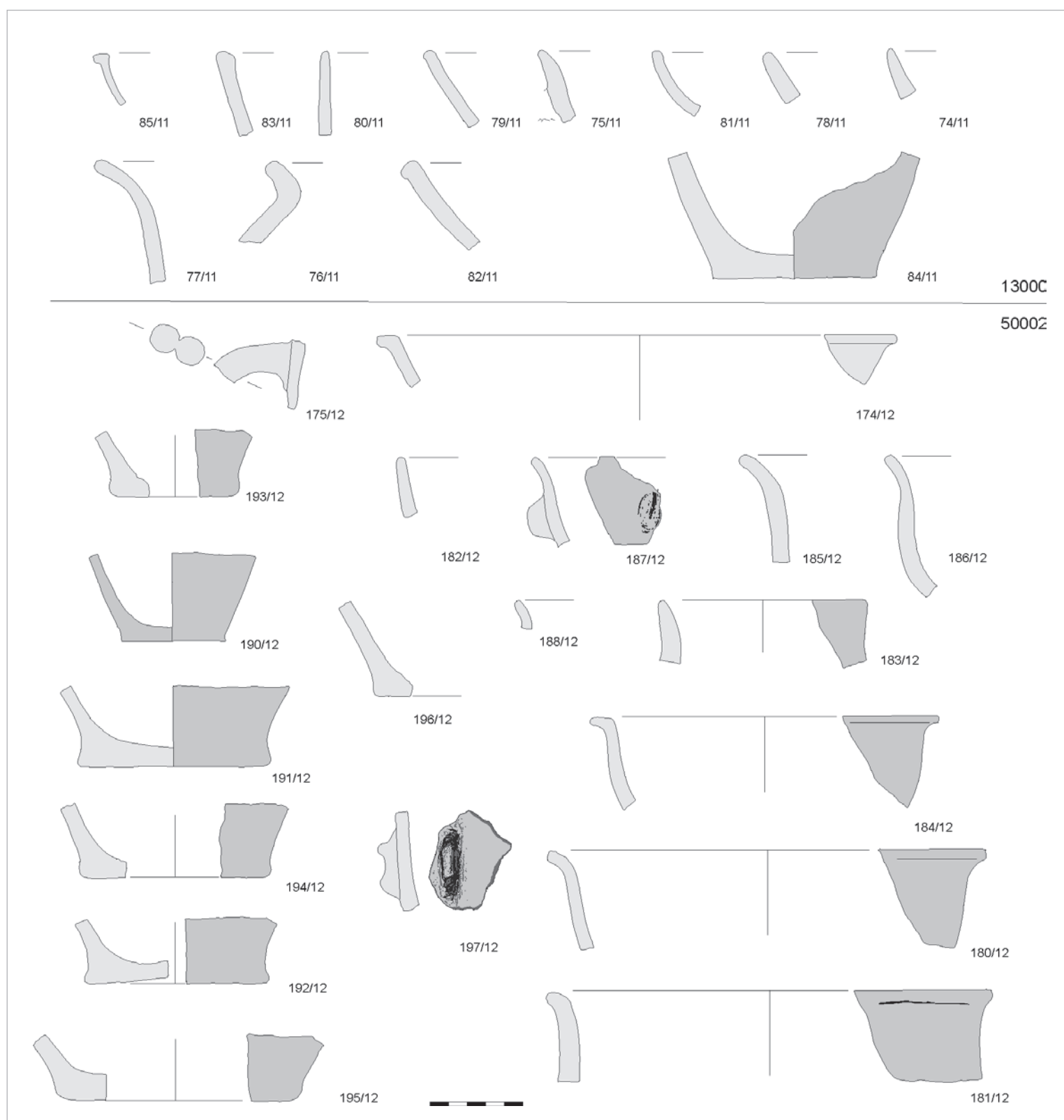


Figura 4.15. Materiales de los ámbitos 13000 y 5000Z.

mo norte del corredor de acceso, junto a la plataforma-muralla de cierre del espacio, donde se localiza el ámbito 50002 (fig. 4.14, B). El tercer sector es en la zona de la Corona, bajo las estructuras correspondientes a época plena (fig. 4.14, C).

### EL ÁMBITO 13000

En el año 2011 se realizó un amplio sondeo el reborde septentrional del cerro en el sector cimero, donde se observaba una plataforma de aterrazamiento. Se trata de un amplio cuadro que adquiere forma de zig-zag para tratar de evitar los afloramientos rocosos de la zona en que se ubica. Está formado por un cuerpo rectangular de 3 x 9 m al noreste y otro de 4 x 4 m al suroeste unidos por una corte en ángulo recto de 6 x 4 m (fig. 4.14). El resultado es una amplia zona que cubre el extremo norte del sector de la Corona y cuyo objeto era el reconocimiento de la posible existencia de un sector de hábitat y la valoración del estado del subsuelo en esta zona.

En la mayor parte del sector oriental del cuadro se localizó el sustrato geológico tras el levantamiento de la capa superficial de humus del cerro. Únicamente en el extremo norte se identificó una plataforma construida de antiguo, posiblemente en los inicios de la ocupación ibérica de El Puig (UE 14000) reemplzada en tiempo reciente como bancal agrícola.

En la parte occidental se ha podido documentar los restos muy arrasados de una cabaña de forma aproximadamente rectangular de la que quedan los muros que componen su ángulo suroeste (UEs 13010 y 13020). Estos muros están compuestos por piedra local de mediano tamaño sin desbistar alineadas y trabadas en seco, enmarcan un espacio identificado como el interior de una cabaña (UE 13000). Esta capa destaca por la abundante presencia de carbones y cenizas, acompañados de algunas cerámicas a mano, como orzas y ollas de base plana y fragmentos de ánforas de importación fenicia (fig. 4.15). Al exterior se documenta un estrato de tierra castaña oscura con abundantes piedras y algunos materiales arqueológicos semejantes a los del interior de la cabaña.

### EL ÁMBITO 50002

En el extremo noreste del poblado, adosado a la plataforma agrícola que enmarca el cerro por el norte se practicó un sondeo de 3 x 2 m con el objetivo de comprobar si el bancal moderno reaprovechaba una posible estructura antigua y la posible existencia de niveles de ocupación en este sector.

Los resultados de la excavación muestran un considerable estado de alteración del subsuelo. En este sector se constata la existencia de un potente nivel de relleno como consecuencia de los trabajos agrícolas modernos. Este nivel revuelto UE 50000, de aproximadamente 110 cm de espesor y con abundante cerámica ibérica, se formó como consecuencia de la construcción del bancal agrícola moderno que debió trasladar los sedimentos hasta el extremo norte donde cubrían el paramento de piedra seca. La existencia de abundante cerámica permite suponer que el relleno

del bancal se formó por la descomposición de los niveles de la ocupación del poblado ibérico de época plena.

Sin embargo, en el nivel de base y cubierto por este relleno, se detectaron niveles arqueológicos, menos alterados, que constituyen el testimonio de la primera ocupación del cerro, pues se disponen sobre el sustrato geológico. Se trata de la construcción de una plataforma de piedra de doble paramento, con aproximadamente un metro de anchura, UE 50010, que constituye la plataforma de acondicionamiento del espacio en el extremo norte del cerro, para la ocupación de lugar. A esta plataforma se adosa un nivel de suelo, UE 50001, sobre el que se construye una estructura de forma aproximadamente cuadrangular pero muy irregular, UE 50020, que parece componer el extremo norte de una cabaña. La existencia de un nivel ceniciento, UE 50002, con abundantes restos de cerámicas y fauna abogan por la consideración como nivel doméstico de esta unidad estratigráfica. Los materiales son básicamente cerámicas a mano de bases plana y paredes divergentes, acompañadas de algunos contenedores de cerámica a torno (fig. 4.15).

### Los materiales de la ocupación inicial en el sector de la Corona

Las excavaciones realizadas en la zona superior del cerro de El Puig, conocido como el sector de la Corona, permiten observar las formas constructivas y la organización del hábitat del último momento construido perteneciente a la época ibérica plena. Por debajo de estas edificaciones se observa la aparición de bolsas con materiales cerámicos muy fragmentados que constituyen estratos de relleno sobre los que se ha erigido el poblado del s. IV. Nos estamos refiriendo a las UEs 1002, 2002-2003, 3002, 4002, 5002 y 7002. Por lo general se trata de material muy fragmentado y en el que fundamentalmente aparecen piezas a mano y ánforas fenicias.

Se han identificado diferentes unidades estratigráficas por las circunstancias de excavación en que se han respetado las construcciones de periodos posteriores que demarcan el espacio (fig. 4.14, C). Sin embargo, debemos tener en cuenta que se trata de una diferenciación artificial que mantenemos por prudencia, pero bien pudiera unificarse como un único estrato anterior a las construcciones posteriores. Del mismo modo, las unidades con materiales del Hierro Antiguo no se han detectado en los departamentos más al oeste del sector de la Corona debido a una cuestión metodológica. En esa zona no se ha profundizado en la excavación por debajo de los pavimentos, aunque presumiblemente continuarían los estratos por este sector.

La primera de las unidades a la que hacemos referencia es la UE 1002 (fig. 4.16) donde se registran principalmente cerámicas a mano toscas, sin decoración salvo un fragmento con líneas incisas (fig. 4.16, 375). Corresponden mayoritariamente a recipientes de mediano tamaño con bordes exvasados, rectos y convergentes, que deben corresponder a recipientes tipo ollas y orzas. Un fragmento de borde recto posiblemente corresponde a un cuenco (fig. 4.16, 385).

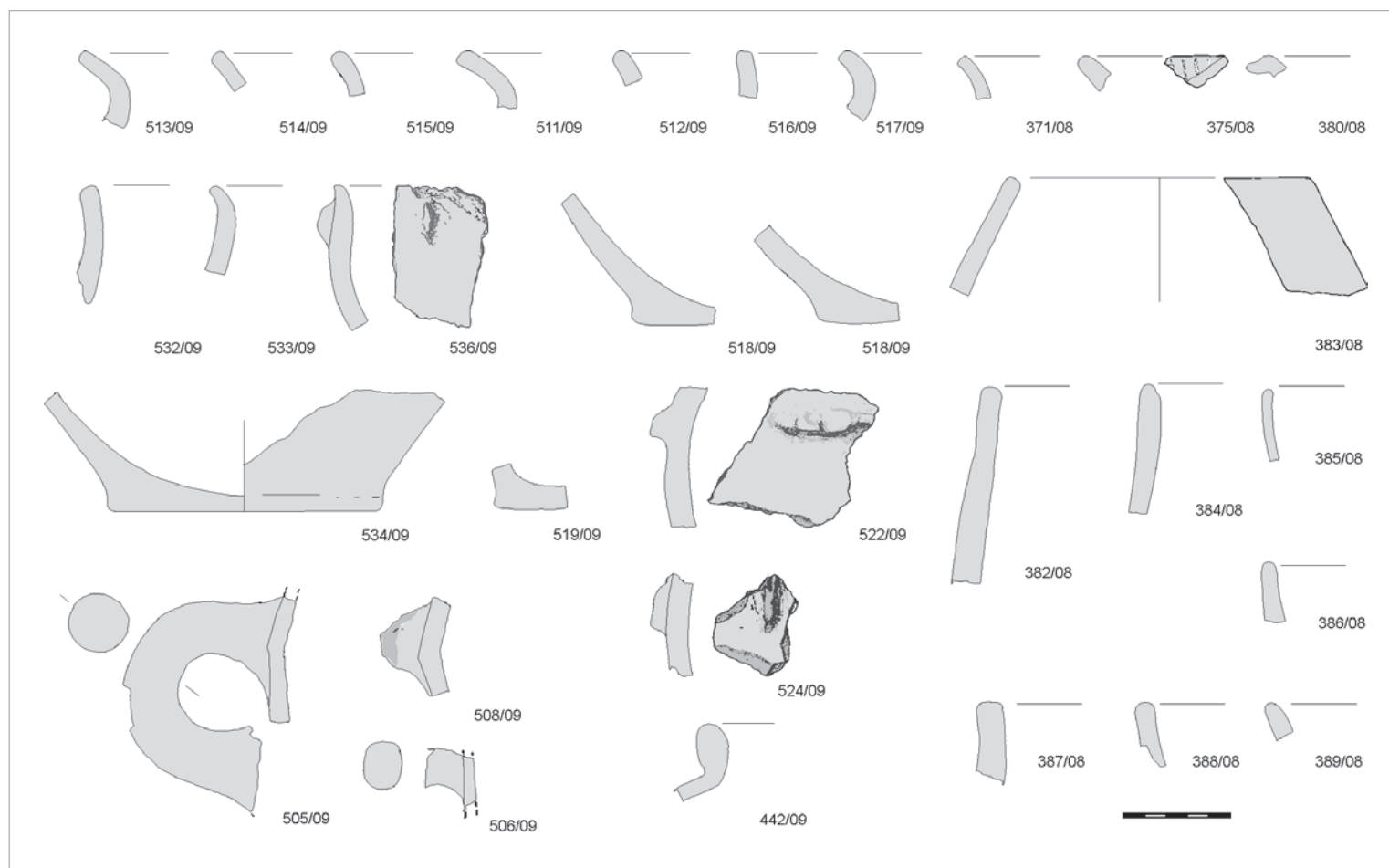


Figura 4.16. Materiales de las UEs 1002 y 2002/2003.

Junto a las cerámicas a mano aparece un borde de cerámica a torno con el borde moldurado estilizado correspondiente a un recipiente de tipo tinajilla (fig. 4.16, 380). Este fragmento aportaría la cronología más moderna al nivel, inmediatamente anterior a la remodelación del poblado en época plena.

Las UEs 2002-2003, se distinguieron durante la excavación por la distinta coloración de sendas capas de tierra que no obstante contienen las mismas piezas cerámicas, por lo que se decidió unificarlas en el laboratorio. Corresponde a un relleno en el que aparecen materiales mayoritariamente a mano, especialmente recipientes de mediano tamaño con los bordes exvasados posiblemente correspondientes a ollas (fig. 4.16, 511 a 517).

Además de las piezas a mano se identifican dos fragmentos de carenas con asas correspondientes a sendas ánforas fenicias de la serie Ramón 10.0.0.0. (fig. 4.16, 505 y 508). Dos fragmentos de cerámica ibérica situarían el final del estrato en momento de época antigua. Se trata de un fragmento de borde de ánfora de labio recto vertical (fig. 4.16, 442) propio de contextos antiguos y también un fragmento de cuerpo con asa de cinta (fig. 4.16, 506).

Las UE 3002-3003 son sendas unidades que se distinguieron durante la excavación y que posteriormente se comprobó que poseen los mismos materiales y por tanto se unificaron en un mismo registro. De nuevo esta unidad está compuesta por tres grandes grupos de materiales, cerámicas a mano (fig. 4.17), importaciones fenicias y las primeras cerámicas propiamente ibéricas de El Puig. Entre el primer conjunto encontramos bordes exvasados (fig. 4.18, 548, 549, 552 y 553), rectos (fig. 4.18, 544, 551 y 554) o convergentes (fig. 4.18, 546) de recipientes de mediano tamaño que deben corresponder a ollas y orzas con bases planas. Algunos bordes pueden pertenecer a cuencos de paredes exvasadas rectas (fig. 4.18, 547) o con perfil curvo (fig. 4.18, 545).

Las cerámicas fenicias están representadas por sendos bordes de ánforas de perfil subtriangular de la serie Ramón 10.0.0.0. (fig. 4.18, 475 y 539). Entre las cerámicas ibéricas encontramos un borde de ánfora con borde de perfil recto (fig. 4.18, 484), una tinajilla de perfil subtriangular (fig. 4.18, 483) un borde de cuenco (fig. 4.18, 479), un borde exvasado de posiblemente un plato (fig. 4.18, 482) y una base cóncava de recipiente cerrado (fig. 4.18,



486). El registro se completa con una fusayola de perfil oval (fig. 4.18, 550).

La UE 4002 apenas ha proporcionado fragmentos con formas reconocibles y únicamente podemos identificar un fragmento de borde y un fragmento de carena y arranque de asa pertenecientes a ánforas fenicias de la serie Ramón 10.0.0.0. (fig. 4.18, 477 y 579).

La cerámica de la UE 5002 de nuevo presenta materiales a mano y cerámicas fenicias. Entre las primeras destacan las ollas toscas de bordes convergentes (fig. 4.19, 500) y divergentes (fig. 4.19, 499, 501 y 502), una base plana con improntas de esterilla trenzada en retícula (fig. 4.19, 505) y un fragmento de cuerpo con asa de lengüeta vertical (fig. 4.19, 504). Otros tres bordes de cerámica tosca corresponden a formas abiertas correspondientes a escudillas de paredes cóncavas (fig. 4.19, 488, 498 y 503).

Las cerámicas a torno fenicias están representadas por un fragmento de carena y arranque de asa y dos bordes pertenecientes a ánforas de la serie Ramón 10.1.1.1. (fig. 4.19, 647 y 665) y dos fragmentos de bordes correspondientes a boles trípodes (fig. 4.19, 490 y 491). Estas cerámicas fenicias muestran pastas de talleres de las costas andaluzas. A ellos se suma un borde de ánfora ibérica de labio recto de tendencia subtriangular, imitación del ibérico antiguo de las ánforas fenicias. Se completa el registro con una pesa de telar discoidal de barro secado al sol (fig. 4.19, 660).

Por último, la UE 7002 es una capa cenicienta con abundante material cerámico y restos de materia orgánica en que se han recuperado cerámicas a mano toscas, importaciones fenicias y las cerámicas ibéricas antiguas. De nuevo encontramos recipientes de mediano tamaño en cerámica a mano tosca con bases planas (fig. 4.20, 63, 64 y 433). Los bordes de los recipientes que podemos identificar como ollas son divergentes (fig. 4.20, 53 a 56, 58 y 61) o rectas (fig. 4.20, 50 a 51). Algunos bordes rectos de paredes divergentes deben corresponder a cuencos y escudillas (fig. 4.20, 57, 59, 60 y 62). Se completa el elenco de piezas a mano con un fragmento de asa de lengüeta vertical (fig. 4.20, 65) y un fragmento de cuerpo con una incisión en forma de cruz con un trazo anguloso junto al asa izquierda (fig. 4.20, 66).

Las cerámicas a torno corresponden a piezas fenicias de procedencia del sur peninsular correspondiente a ánforas de la serie Ramón 10.0.0.0. (fig. 4.21, 40 y 42) y un fragmento de borde y un pie correspondientes a posiblemente el mismo bol trípode (fig. 4.21, 39 y 41).

Las cerámicas ibéricas de esta unidad están representadas por bordes de ánforas que imitan los perfiles de las fenicias (fig. 4.21, 430 y 431) y algunos bordes correspondientes a recipientes cerrados (fig. 4.21, 25 y 28), cuencos (fig. 4.21, 23) y platos de labio vuelto al exterior (fig. 4.21, 24). Estas cerámicas permitirían prolongar la datación del estrato desde un momento inicial durante el Hierro Antiguo hasta los inicios de la época plena.

Formando parte de este estrato se individualiza un depósito que estratigráficamente está en contacto y no se pueden establecer límites de la interfaz debido a que está formado por la misma

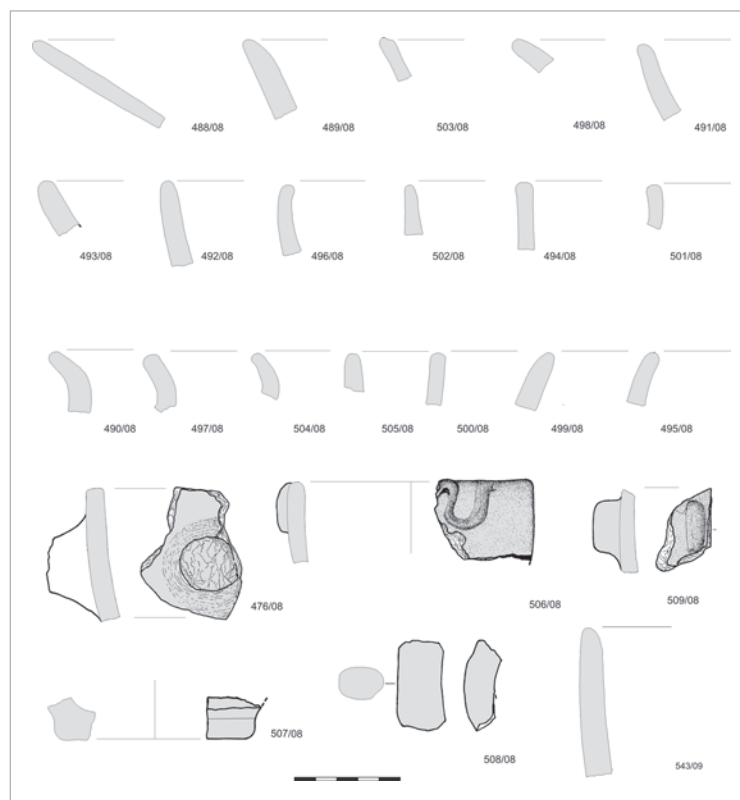


Figura 4.17. Materiales de UE 3002-3003.

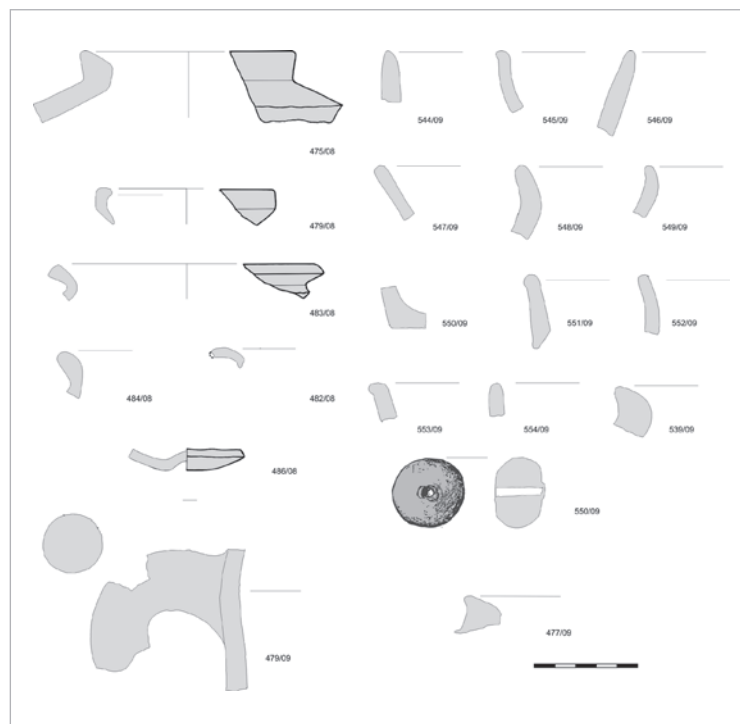


Figura 4.18. Materiales de UE 3002-3003 y 4002.



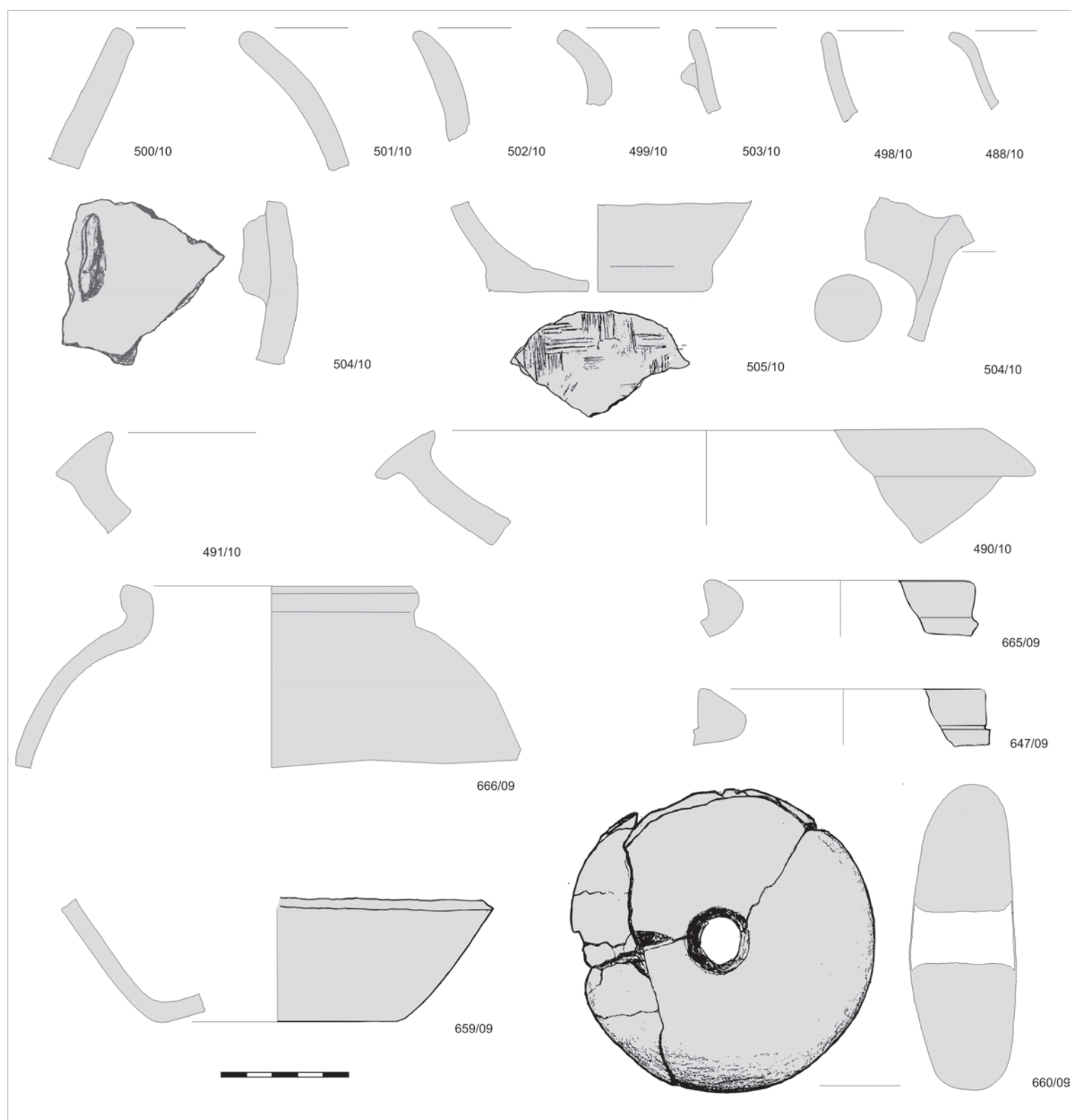


Figura 4.19. Materiales de UE 5002.

matriz terrosa. Se individualiza a partir del criterio de aparición de materiales, pues se identificó el enterramiento de tres ovejas prácticamente enteras que se aislaron en su extracción (véase análisis en el cap. 7). Además se han recuperado restos muy escasos de un enterramiento humano perinatal. Estos restos de fauna y humanos se acompañan por una serie de piezas relacionadas con el trabajo textil, en concreto cinco fusayolas esferoides para el hilado (fig. 4.22, 69 a 73) y dos grandes pondera que formarían parte de un telar (fig. 4.22, 74 y 75). En metal se ha recuperado un pequeño pasador de bronce formado por un alambre con forma rectangular (fig. 4.22, 82) y un cuchillo afalcado en hierro fragmentado en sus extremos (fig. 4.22, 81). Sin duda nos encontramos ante un depósito singular que será objeto de un análisis específico en un futuro trabajo en preparación.

### VALORACIÓN DE CONJUNTO

Las excavaciones realizadas hasta los años '80 en El Puig sacaron a la luz los materiales a mano que se dataron en la Edad del Bronce (Rubio, 1985; 1987; Barrachina 1987). Esta colección procedía básicamente de cuatro lotes:

- Excavaciones de 1964 de Tarradell en la zona de la Corona.
- Excavaciones de Pascual en 1965 en la zona de la albacara y en el sector 11 Fb.
- Excavaciones de Pascual en 1975 en la zona de la Corona. Están contextualizados los restos: Casas 1, 2 y 4. Calle 3.
- Excavaciones de Rubio en 1982, dos subcuadros 7 Da (casa 4) y 7 Db (casa 5).

A ellos debemos sumar los nuevos datos aportados por las excavaciones recientes en el sector 11Fb y en el de la Corona que acabamos de analizar. Después de años de excavaciones en sectores diversos, podemos concluir que contamos con sólidas evidencias del inicio del poblado en puntos diferentes. La aparición de los materiales en sectores alejados que, no obstante, componen un horizonte homogéneo evidencia que El Puig se configuró desde sus inicios como un amplio hábitat con ocupaciones que distan en línea recta 120 m.

Los rasgos definidores de la ocupación inicial que se repiten en todos los repertorios aludidos se pueden resumir en los siguientes aspectos.

1. Predominio absoluto de las cerámicas toscas o poco tratadas con recipientes de uso doméstico. Los tipos recogidos en las excavaciones recientes son los mismos que se han presentado en las publicaciones precedentes y que casi en su totalidad corresponden a piezas toscas (Rubio, 1985; Barrachina 1987).

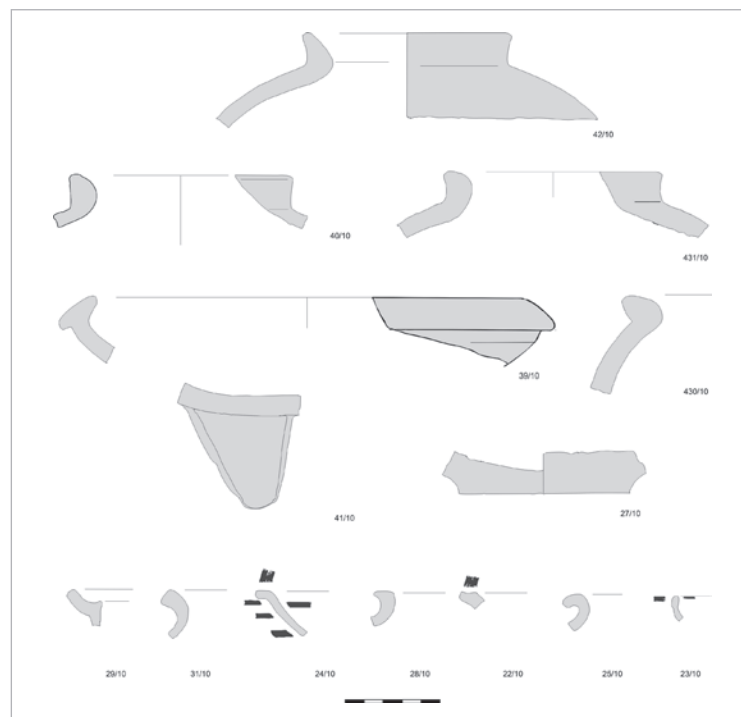
2. Aparición escasa de piezas a mano de superficies tratadas. Deben corresponder a piezas del servicio de mesa.

3. Aparición de las primeras cerámicas a torno. Constituyen un porcentaje muy bajo de piezas, pero altamente significativo por su aportación cronológica y cultural.

Las piezas a mano toscas o poco tratadas que componen el repertorio de El Puig hacen su aparición en los momentos del Bron-



Figura 4.20. Materiales de UE 7002.



ce Final, como se documenta en los asentamientos de referencia de este momento del entorno regional como La Mola d'Agres, La Peña Negra I, El Tabayá o Los Saladares. Sin embargo, no son tipos exclusivos y definitorios de este momento cronológico pues perduran en la siguiente etapa del Hierro Antiguo, como se comprueba claramente en La Peña Negra II, Los Villares de Caudete de la Fuentes, El Castellar de Librilla o el asentamiento fenicio de La Fonteta. La pervivencia de estas piezas se debe a que son los tipos empleados fundamentalmente para cocina y almacenamiento dentro de las unidades domésticas. Ante la escasa elocuencia cronológica de estas cerámicas toscas para distinguir el periodo del Bronce Final de aquel del Hierro Antiguo, debemos fijar nuestra atención en las cerámicas que deben acompañar este ajuar doméstico: las piezas finas de mesa.

En los registros aludidos del Bronce Final aparecen frecuentemente las copas bruñidas y decoradas con incisiones formando composiciones de tipo geométrico. En algunos repertorios aparecen otras formas decoradas como las cerámicas grafitadas o pintadas, bien representadas en Los Villares de Caudete de Las Fuentes y en La Peña Negra. Es precisamente la escasa aparición de piezas tratadas y en la práctica inexistencia de piezas decoradas de El Puig donde estriba la diferencia fundamental respecto a los repertorios del Bronce Final.

En efecto, se constata la completa ausencia de piezas a mano decoradas, con la posible excepción del plato con el engobe de apariencia rojiza si identificamos esta película como decoración y no como mero tratamiento superficial. Están ausentes las piezas incisas, esgrafiadas o con otras decoraciones, generalmente de carácter geométrico, atribuibles a las piezas finas a mano de los momentos finales de la edad del Bronce como son propias de los repertorios de los vecinos asentamientos de La Mola d'Agres (Peña *et al.*, 1996) o La Solana del Castell de Xàtiva (Pérez Ballester, 2006, 138) o los más alejados de Los Villares de Caudete de las Fuentes (Mata, 1991) o La Peña Negra (González Prats, 1983). Hasta el momento, en El Puig únicamente se ha identificado un fragmento de galbo de un vaso de perfil carenado con decoración incisa que presenta una línea quebrada de la que penden segmentos descendentes (Barrachina, 1987, fig. 10, 3599; Rubio, 1987, fig. 90, 3599). Esta connotada escasez de las cerámicas decoradas incisas es relevante y esclarecedora para la ubicación cronológica de este nivel.

Podría aludirse que la UE 208c que nos ha servido para describir este periodo es poco representativa. Únicamente podemos individualizar sesenta piezas a mano, lo que sería una escasa muestra para extraer conclusiones fiables. También podría alegarse que las particularidades de este registro, con escasas piezas cuidadas y ausencia de decoradas podría deberse a que nos encontramos en un área definida por una función o actividad económica de producción y no de consumo o bien ante una unidad doméstica de escaso estatus y que no pudo acceder a vajillas finas destacadas. Sin embargo, los conjuntos cerámicos procedentes de excavaciones antiguas y de las realizadas en los años '80 en distintos

espacios del poblado (Barrachina, 1987; Rubio, 1987) ofrecen las mismas pautas de predominio absoluto de las cerámicas comunes y la ínfima representación de las vajillas finas tratadas. Tampoco las nuevas evidencias de los estratos iniciales de la ocupación del sector de la Corona aportan cerámicas datables en el Bronce Final, pues repiten insistentemente lo proporcionado por el nivel de referencia. Por ello, creemos conveniente proponer una justificación de carácter cronológico y cultural.

Una explicación plausible, acorde al marco cronológico en el que nos situamos, sería que nos encontramos con piezas del servicio de mesa que están siendo paulatinamente sustituidas por producciones a torno que aparecen conjuntamente en este registro, como se ha interpretado en el caso de Los Villares (Mata, 1991, 159). En este estrato aparecen otras seis piezas a torno, dos cazuelas y cuatro platos que, junto a las cerámicas a mano tratadas, bien podrían corresponder al servicio de mesa en uso en esta fase.

Este argumento de la posible sustitución podría apoyarse en la similitud formal entre las piezas cuidadas a mano y las realizadas a torno, pues, como se puede observar, al menos dos tipos formales aparecen casi de forma idéntica producidas a mano y a torno. En efecto, la cazuela de perfil sinuoso a mano (fig. 4.4, H) parece imitar en su forma y tamaño a un ejemplar realizado a torno posiblemente de procedencia fenicia (fig. 4.4, O). Así mismo ocurre con los platos abiertos, pues la pieza a mano (fig. 4.4, J) imita en perfil y dimensiones a las páteras grises también de probable procedencia foránea (fig. 4.4, R). Encontraríamos, pues, una ambivalencia en los vasos que indistintamente de su modo de fabricación, reproducen los mismos perfiles y tamaños, lo que equivaldría a decir que se está produciendo una sustitución de las técnicas, pero no de las formas.

A nuestro parecer, la destacada ausencia de estas piezas finas a mano es indicativa de que nos encontramos en un momento del periodo Hierro Antiguo u Orientalizante que se dataría principalmente en el s. VII, quizá con un inicio ligeramente anterior y un mantenimiento en la primera mitad del s. VI aC. En este momento las piezas decoradas locales debieron empezar a caer en desuso frente a nuevos modelos vasculares tomados de los repertorios semitas, como prueba el ejemplo de otros repertorios del contexto regional, como Los Saladares. En los estratos de este asentamiento del sur alicantino están ausentes las decoraciones geométricas de las cerámicas finas desde el inicio de la secuencia inmediatamente antes de la llegada de los materiales fenicios y tampoco se constatan cuando aparezcan las primeras cerámicas a torno fenicias.

El asentamiento de Los Saladares ofrece similitud no sólo en el carácter general de la composición del conjunto de vajilla, sino que algunas de las cerámicas finas de El Puig que encuentran paralelos directos en estos repertorios de Los Saladares. Por ejemplo, la copa de cerámica fina idéntica a otras halladas en el estrato I-A3 (Arteaga y Serna, 1975, lám. VI, 41) o los platos o fuentes de paredes abiertas semejantes a los del estrato I-B1 (Arteaga y Serna, 1975, lám. XIII, 98; lám. XIV, 103).

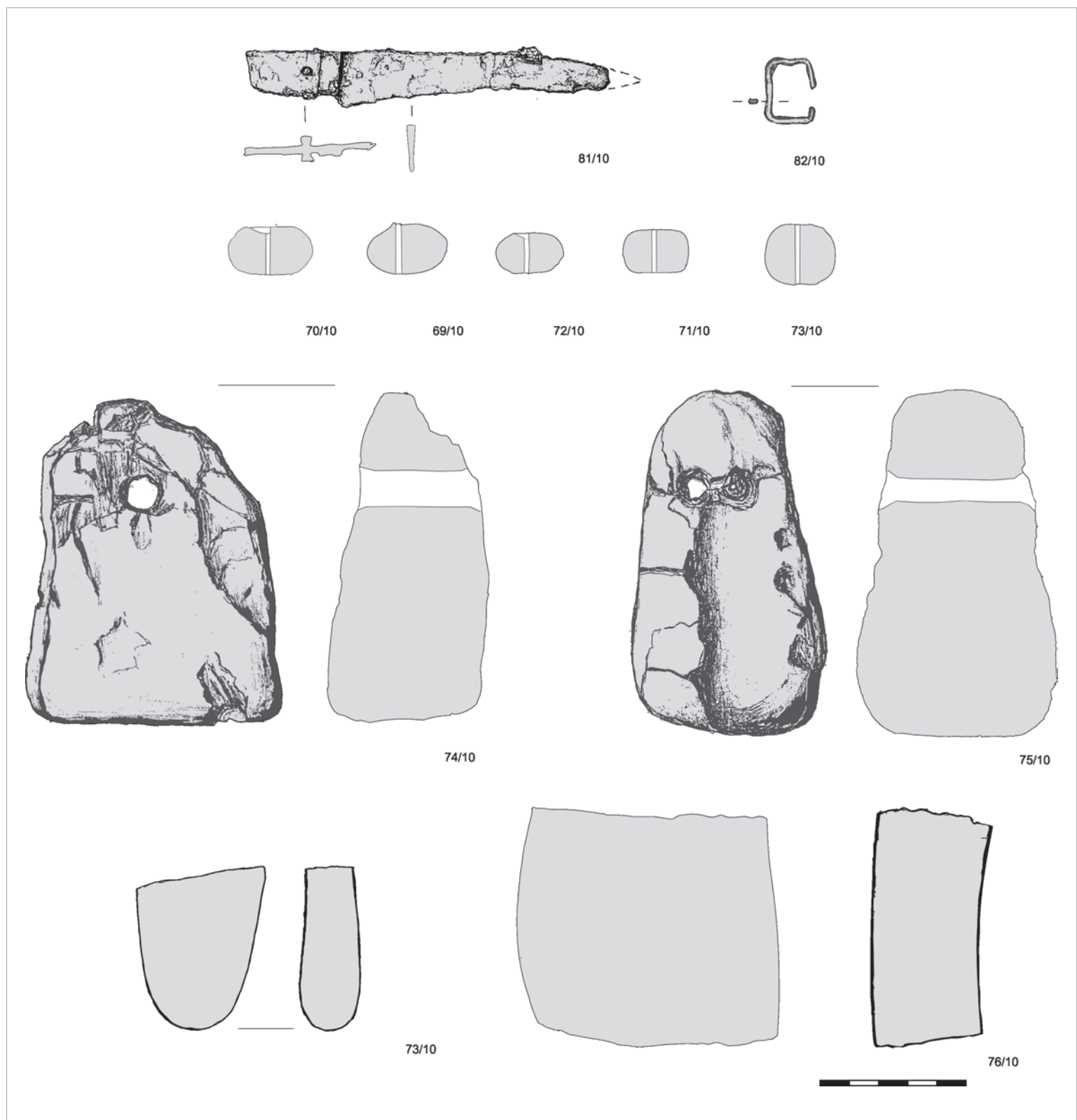


Figura 4.22. Materiales de UE 7002.

Sin embargo, la similitud del repertorio estudiado es mucho mayor con el proveniente de La Fonteta. Los abundantes ejemplares de cerámica tosca de El Puig correspondientes a ollas, orzas o cuencos y todas las cerámicas realizadas a torno, de procedencia fenicia, encuentran sus paralelos más cercanos en el asentamiento de la desembocadura del Segura, aunque evidentemente con distintas frecuencias y proporciones. Ello permite la adscripción cronológica, pero también la vinculación cultural y la identificación del área desde la que debió llegar la innovación del torno a las poblaciones locales.

Defendemos, pues, una datación del origen del asentamiento de El Puig en un momento del Hierro Antiguo y no en el Bronce Final, como tradicionalmente se ha propuesto, especialmente por la interpretación de la colección realizada por A. Barrachina y que ha sido la que ha perdurado prácticamente hasta la actualidad.

Hay dos elementos en los que se basa la interpretación tradicional y en los que discrepamos claramente. Barrachina siguió una secuencia estratigráfica formulada por Rubio (1985) tras su primera campaña de excavación que no nos parece demasiado precisa. La lectura estratigráfica se basaba en los resultados de una sola campaña de excavación, donde se había seguido una estrategia de estratigrafía artificial, identificando capas cada 10 cm, lo que impedía una lectura clara de la secuencia. La síntesis estaba caracterizada por un apriorismo rígido que contemplaba la superposición de tres fases en toda la secuencia del poblado.

- Estrato I: superficial. Material mezclado
- Estrato II: Ibérico.
- Estrato III: Edad del Bronce.

Esta estratigrafía ideal no se corresponde con las estratigrafías concretas presentadas (Rubio, 1985). Por ejemplo, en el subcuadro 7 Da aparece un Estrato II con materiales ibéricos que acaba en un pavimento y un Estrato III que contiene cerámica a mano, ibérica, arcaizante y ática, por lo que no puede ser de la Edad del Bronce. En el subcuadro 7 Db aparece el estrato I, no existe el II y en su lugar aparece un estrato denominado Ila. A continuación aparece el III, donde se entremezclan dos capas, una con materiales a mano e ibéricos, un suelo, otro suelo y una capa de materiales a mano exclusivamente. De ello se deduce que no puede sostenerse que el estrato III es exclusivamente de la edad del Bronce pues existen dudas al aparecer materiales ibéricos. La aparición de diferentes suelos y subcapas, entraba en clara contradicción con el esquema de ocupación en dos fases e hiato tan claramente establecido.

Un segundo punto problemático deriva del tipo de materiales en los que se basó el estudio de Barrachina. En el trabajo de esta investigadora se produjo una selección de los materiales a mano asumiendo que eran esos los que correspondían a la Edad del Bronce. Se excluyeron las cerámicas a torno aparecidas junto a los materiales a mano según aparece en la descripción de la estratigrafía del año 1982. Ello condujo a una interpretación apriorística de que las cerámicas a torno serían fruto de intrusiones desde las capas superiores y no debían estudiarse en conjunción con las cerámicas

no torneadas. Únicamente se incorporaron al estudio las cerámicas de cocina ibéricas entonces denominadas arcaizantes (Barrachina, 1987, 136-7, fig. 11) y que eran las consideradas como las producciones a torno más antiguas y que habrían evolucionado desde el Bronce Final por las influencias de los Campos de Urnas.

De ese modo, el principal resultado al que se llegó es que no aparecían las formas características del Bronce Valenciano, como los típicos vasos carenados, lo que le llevó a pensar que se trataba de un Bronce avanzado. Por ejemplo, las formas representadas eran más ovoides que las de tendencia esférica del Bronce Valenciano. Las cerámicas que se escapaban del ambiente del Bronce Valenciano se relacionaron con los Campos de Urnas, como la urna con hombreras o los cuencos tronconcónicos de base plana (Barrachina, 1987, 137).

En definitiva, Barrachina había propuesto acertadamente que el contexto debía situarse en un momento avanzado de la Edad del Bronce, pero erró en la ubicación de su límite cronológico. No podía ir más allá del Bronce Final Pre-Orientalizante posiblemente porque se había excluido los materiales a torno en la selección del conjunto de estudio. Pero la existencia de cerámicas ibéricas y “arcaizantes” en los mismos estratos llevaba a pensar que existía un problema de fondo.

La caracterización de El Puig como asentamiento del Bronce Final quedó pues fijado en la literatura arqueológica como modelo del Bronce Final de las comarcas septentrionales alicantinas, junto a La Mola d'Agres (Martí y De Pedro, 1997; Mata *et al.*, 1994-96; Grau Mira, 2002; Hernández, 2005)

Sin embargo, el significado e interpretación cultural de El Puig empieza a ser cuestionado por A. González Prats (2002, 363-364) quien se extraña de la ausencia en el conjunto de las producciones bruñidas carenadas tan características del Bronce Final y de la existencia de cerámicas realizadas a torno, por lo que se pregunta si no se trataría de una ocupación del Hierro Antiguo. Compara estos materiales con los que se documentan en Peña Negra II, donde se documentan perfiles ovoides y bases planas con impresión de estera y también la existencia de cerámicas arcaizantes a torno. Este investigador opina que la mayor parte de los materiales presentados son poco elocuentes desde un punto de vista cronológico y pueden datarse de forma imprecisa entre el Bronce Tardío y Hierro Antiguo, mientras que otro grupo le permite decantarse hacia el Bronce Final y que también podría datarse hacia el Hierro Antiguo a juzgar por la presencia de cerámicas arcaizantes y ausencia de bruñidas. El punto flaco de su propuesta se encuentra en la ausencia de cerámicas a torno propias del Hierro Antiguo (González Prats, 2002, 364).

La intuición de González Prats nos parece acertada y hubiese podido aquilatarla con la información disponible en aquellos momentos. Este investigador no tuvo en cuenta que por esos años ya se habían dado a conocer las cerámicas a torno que podrían corresponder a aquel momento: principalmente cerámicas fenicias occidentales del tipo ánforas R1 y boles trípode (Espí y Moltó,



1997). También se había puesto en entredicho la secuencia estratigráfica “pura” y se había dado a conocer la existencia de estratos con materiales entremezclados a torno y a mano (Grau Mira, 2000-01). Obviamente, existían los materiales, pero carecían de una ubicación concreta en la secuencia estratigráfica.

Tras los trabajos realizados, pensamos que disponemos de la suficiente información para recomponer la secuencia y contextualizar los hallazgos más antiguos de la secuencia de El Puig en un momento en torno al inicio del s. VII aC. En cada uno de los puntos en que se ha alcanzado la base geológica del cerro, y son de zonas variadas, el estrato más antiguo presenta conjuntamente las piezas a mano toscas de un horizonte poco definido del Bronce Final y vestigios escasos pero bien representados de las primeras cerámicas a torno fenicias que conocen las poblaciones locales.

Para finalizar esta propuesta cronológica aportamos los datos que proporcionan las fíbulas procedentes de las excavaciones antiguas y que nos permiten, por su alto grado de precisión cronológica, aportar datos para la caracterización de la fase inicial. Procedentes de los fondos antiguos de El Puig son dos fíbulas de cronología orientalizante: una del tipo Alcores y otra del tipo Acebuchal.

La primera de ellas es una fíbula que se conserva incompleta y de la que identificamos el resorte largo y doblado y parte del arco en forma de puente laminar curvo formado por un rombo, de lo que se deduce que le falta la mitad, pues suelen estar formadas por dos rombos, y la aguja. Esta pieza fue publicada originariamente por Cuadrado (1963, fig. 5, e) y posteriormente ha formado parte de otras obras que analizan la dispersión de estos objetos (Torres, 2002, fig. VIII.27, 20). A estas obras remitimos para la discusión sobre las diferentes propuestas cronológicas y de la procedencia de los prototipos que dieron lugar a esta forma de fíbula (Cuadrado, 1963, 27-30; Torres, 2002, 198-199). Se data, aunque no sin dificultades, en torno a mediados del s. VII aC, siendo previas a las del tipo Acebuchal (Torres, 2002, 198-199).

La segunda de las fíbulas es de tipo Acebuchal, definida como una fíbula de puente en arco de varilla o laminar y pie ligeramente vuelto hacia arriba con terminación en forma de bolita o pequeño cono y aguja recta muelle de ballesta (Cuadrado, 1963, 30-32). Conocemos de la existencia de este tipo de pieza en El Puig gracias a las citas en los compendios y en los mapas de dispersión (Iniasta, 1983, 55; Storch de Gracia, 1989, 476, lám. XV: IV-42; Torres, 2002, fig. VIII.29, 14). La cronología oscila entre finales del s. VII y la primera mitad del s. VI aC (Torres, 2002, 200).

En resumen, podemos señalar que las fíbulas existentes en El Puig se enmarcan de forma general en un periodo que iría desde mediados del s. VII aC hasta la primera mitad del s. VI aC. No existen hasta el momento las piezas características del s. VIII aC que son las fíbulas de doble resorte, presentes en otros poblados de la comarca como La Covalta y El Cabeçó de Mariola, por lo que podemos fijar el marco cronológico más antiguo a estas fíbulas en el s. VII aC.

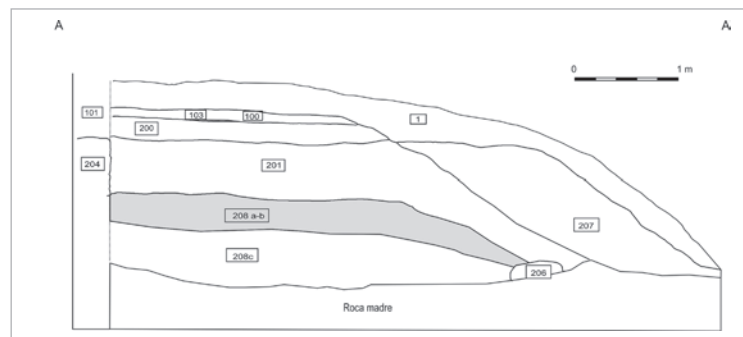


Figura 4.23. Sección con la UE de la fase II destacada.

#### LOS OBJETOS LÍTICOS Y LA INEXISTENCIA DE HIERRO

Estas piezas se añadirían a otras procedentes de los fondos antiguos (Rubio, 1987, fig. 91 y 92), donde encontramos dientes de hoz los números 3582.1, 3582.6, 3393, 3394, 3582.2, 3582.13, 3582.15, 3268. Once lascas con el número de referencia 3582 y otra 3582.1; también una punta y lasca: 3397.

Situados en la base de la estratigrafía, en el denominado estrato III (Rubio, 1985, 138, 144 y 148, fig. 32) encontramos dientes de hoz 326/82, lascas 327/82, 162/82 y 58/82 y un cuchillo de sílex, 82/82.

Con todas las cautelas, pues las zonas excavadas son limitadas y el volumen total de piezas es escaso, podemos proponer que el panorama de los medios de producción de este primer momento se caracteriza por el mantenimiento de formas tradicionales de utillaje y la inexistencia de verdaderos cambios tecnológicos en el poblado. Panorama que se hace extensivo a las piezas cerámicas, que no se están produciendo localmente y las únicas cerámicas a torno son foráneas. La adopción de las nuevas tecnologías se produjo en la fase que se inició a continuación.

#### 4.2. LA FASE DEL IBÉRICO ANTIGUO (CIRCA 550-450 AC)

El potente paquete de sedimentos que evidencia la ocupación desde inicios del s. VII hasta mediados del VI aC (UE 208 c), se cubre por una nueva capa UE 208 a-b que se dataría a continuación, pues se desarrolla directamente sobre la anterior. Además de la información estratigráfica del contacto directo, un cambio en la composición del ajuar nos ayudaría a situar cronológicamente la siguiente fase, pues, como veremos, en el estrato UE 208 a-b empiezan a aparecer las primeras cerámicas propiamente ibéricas en el registro del lugar, lo que nos situaría hacia la segunda mitad del s. VI y abarcaría la primera mitad del s. V aC (fig. 4. 23).

La UE 208 a-b es un potente estrato de tierras de color castaño rojizo entre las que se encuentran abundantes mampuestos sin trabar, probablemente restos de alguna estructura desmontada. La apariencia de este estrato es la de una capa de regularización del espacio que arrasa con las construcciones de una ocupación de mediados del s. VI-primer mitad del s. V aC. Los repertorios materiales pertenecientes a este momento no conforman depósi-

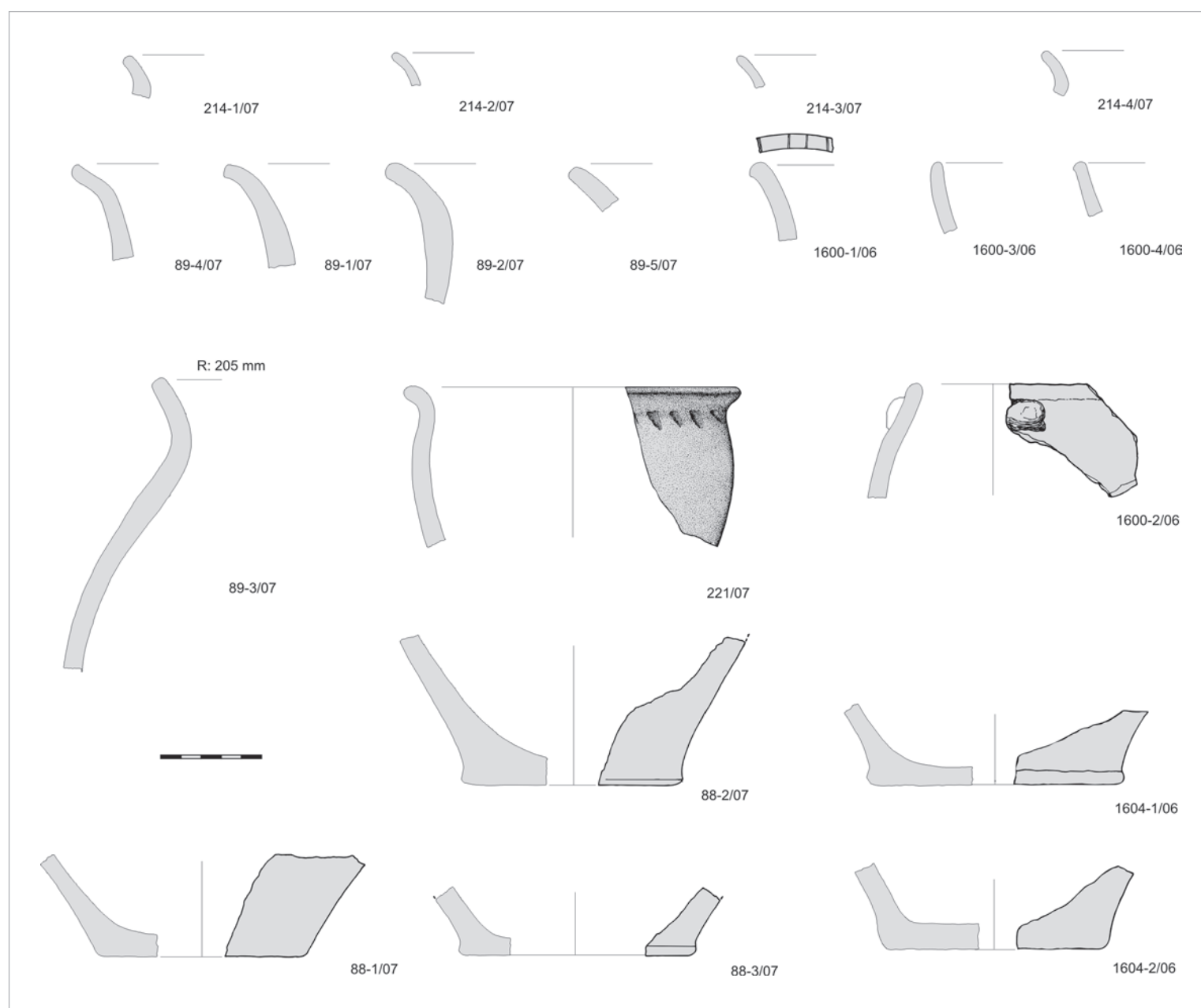


Figura 4.24. Cerámica a mano de la UE 208 a-b.

tos primarios, sino que están afectados por las remociones de las construcciones posteriores, especialmente una sólida casa que se erige hacia mediados del s. V aC y cuyo muro norte, UE 206, seccionó este estrato en busca del calzo en la roca madre. Posteriormente, el extremo norte del estrato sufrió un desplazamiento en el sentido de la ladera, posiblemente debido a remociones modernas que han afectado a este sector.

El repertorio cerámico que identificamos como perteneciente a época antigua engloba restos cerámicos que se pueden adscribir

a un periodo que abarcaría grosso modo, desde la mitad del s. VI hasta mediados del s. V aC. Como ya hemos indicado, las cerámicas recuperadas no componen un conjunto claramente definido por constituir un conjunto cerrado o un repertorio sellado tras su uso, antes bien, nos encontramos con materiales que forman parte de una unidad que se interpreta como el relleno terraplenado para la construcción de la casa 200 de mediados del s. V aC. Lo que está claro por la situación estratigráfica es que corresponden a un lapso temporal inmediatamente posterior a los momentos iniciales

de la ocupación del cerro. Por tanto, la datación de estos materiales se realiza por su ubicación en unas coordenadas estratigráficas determinadas. Las cerámicas son pues muy heterogéneas y abarcan desde las ánforas de importación fenicias, cerámicas a mano, cerámicas grises hasta las primeras cerámicas propiamente ibéricas con piezas pintadas, comunes y ánforas.

### CERÁMICA A MANO

La abundante presencia de materiales a mano se puede considerar el principal elemento de continuidad respecto al repertorio del Hierro Antiguo descrito con anterioridad. En la UE 208a-b se constata un conjunto de piezas modeladas con las mismas características y formas que las ya reseñadas. Se trata de recipientes principalmente realizados en cerámica tosca, sin cuidar, de mediano tamaño y con perfiles muy monótonos, pues aparecen fundamentalmente orzas y ollas de tendencia ovoide.

La principal forma representada es la que hemos denominado con anterioridad tipo B, representada por una serie de bordes exvasados de orzas y ollas con bordes divergentes (fig. 4.24, 214.1, 214.2, 214.3, 214.4, 89.1, 89.2, 89.4, 89.5, 89.7, 1600.1). Junto a estos recipientes exvasados aparece en menor medida el tipo C es decir, recipientes de paredes convergentes en su tercio superior y con el borde hacia el interior de labio recto (fig. 4.24, 1600.2).

Además de estos recipientes cerrados encontramos tres bordes de recipientes abiertos que identificamos como cuencos o escudillas. El primer tipo es el F, escudillas de paredes de tendencia vertical y forma cóncava representado por dos ejemplares (fig. 4.24, 1600.3, 1600.4). El segundo cuenco es del tipo G de paredes ligeramente curvas y el borde exvasado (fig. 4.24, 221).

Las formas representadas pueden relacionarse con usos domésticos de carácter genérico, entre las que pudieron destacar los usos culinarios y en menor medida el almacenaje. En efecto, las ollas de mediano-pequeño tamaño pudieron servir para la cocción de alimentos o la despensa de productos en pequeñas cantidades. La práctica ausencia de cerámica a torno de cocina permite esa atribución funcional de las ollas a mano. Los recipientes mayores pudieron ser empleados en el almacenaje, aunque serían paulatinamente sustituidos por los cada vez más abundantes vasos torneados.

Cabe destacar la total ausencia de piezas de cerámica cuidada a mano que puedan ser asociadas al servicio de mesa. Este tipo cerámico que era muy escaso en el periodo anterior, prácticamente ha desaparecido sustituido por piezas torneadas pintadas y grises que, como veremos, aparecen bien representadas en este momento.

### CERÁMICA A TORNO

La principal novedad del repertorio cerámico en este momento es la aparición de las primeras cerámicas torneadas ibéricas que podemos considerar producciones locales. En el periodo anterior habíamos asistido a la llegada de las primeras cerámicas a torno de adscripción fenicia o producciones protoibéricas que consi-

derábamos alóctonas, posiblemente procedentes de los ámbitos costeros de temprana adopción de las técnicas alfareras. En este estrato encontramos un aumento de estas producciones a torno y una variedad de pastas que nos induce a pensar que al menos algunas de estas cerámicas a torno empiezan a producirse en el ámbito local. Un posible indicador es que las pastas de algunas cerámicas son idénticas a las que se encuentran en época plena, cuando sin duda pertenecen a una producción local. Es plausible que los primeros alfareros emplearan las mismas vetas arcillosas que con posterioridad nutrirán la producción local.

De ese modo, en el repertorio bajo estudio encontramos un lote heterogéneo en que se entremezclan las últimas importaciones de cerámicas fenicias del tipo 10.1.2.1. (fig. 4.25, 114) que son el enlace con el repertorio del Hierro Antiguo, cerámicas ibéricas de otras zonas y piezas de factura local que suponen los precedentes directos del repertorio de época plena. En lo sucesivo, para la clasificación y estudio de las cerámicas ibéricas seguiremos la propuesta tipológica de Mata y Bonet (1992).

#### SERIE I. RECIPIENTES DE TRANSPORTE Y ALMACENAJE

**I.1. ÁNFORAS.** Los grandes recipientes de cuerpo de perfil elíptico con hombros redondeados y boca marcada con labios variados, aparecen bien representados en este conjunto. Los prototipos fenicios abundantes en el periodo anterior, y aun presentes en este momento (fig. 4.25, 114), se ven paulatinamente sustituidos por los primeros productos ibéricos que tenemos representados por una serie de bordes de gran variabilidad formal. En primer lugar, encontramos un tipo de borde de ánfora ibérica que representa muy fielmente el perfil triangular propio de las ánforas fenicias de la serie Ramón 10.1.2.1. (fig. 4.25, 77) o en un perfil triangular algo más achatado (4.25, 1607.7). En El Oral se denominan L1 y se consideran las variantes más antiguas del repertorio local (Abad y Sala, 1993, 207, fig. 157).

El segundo tipo lo representa el borde elevado recto de perfil cuadrado (fig. 4.25, 1607.1), denominado L3 en la tipología de Sala (Abad y Sala, 1993, 207, fig. 157). Por último hallamos un borde de tendencia redondeada con marcado contacto con el cuello (fig. 4.25, 1607.2) tipo L2 de El Oral (Abad y Sala, 1993, 207, fig. 157) y otros bordes redondeados con perfil almendrado (fig. 4.25, 1607.3, 1607.4) que corresponden a un ejemplar algo más moderno que los anteriores, pues preconiza los perfiles almendrados que se impondrán en los contextos de época plena.

Encontramos, pues, representados los perfiles de ánforas ibéricas propias de los contextos contestanos antiguos, cuyo repertorio de referencia y casi único es El Oral. La variedad de perfiles, pues casi no encontramos dos bordes que sean iguales, puede deberse a que estas ánforas sean recipientes de diversas áreas ibéricas, junto con algún ejemplar local, que llegan al poblado como antes lo hacían los recipientes fenicios.

Por otra parte, queremos señalar la práctica ausencia de recipientes de almacenaje, tipo tinajas, realizados a torno, únicamente

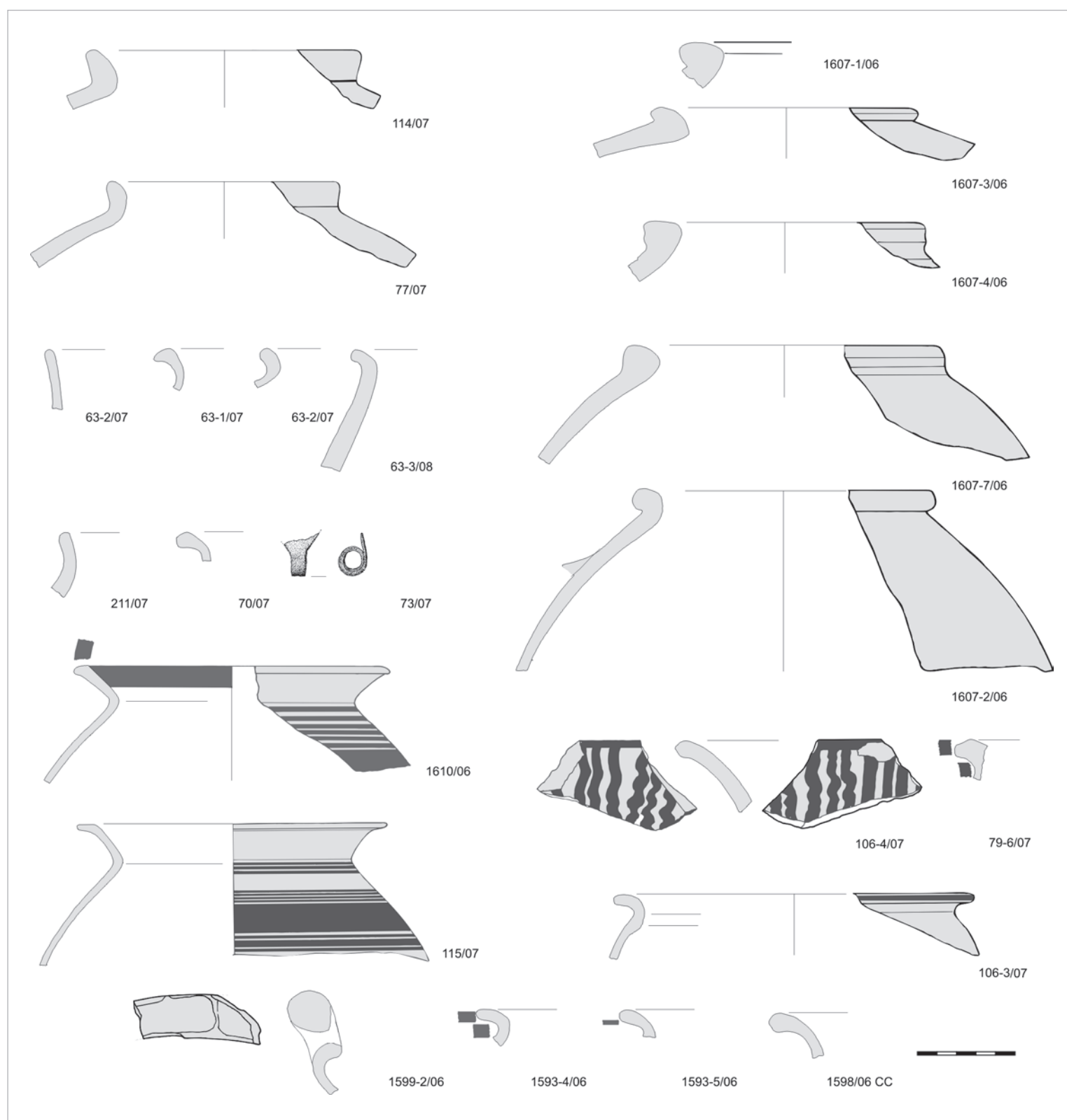


Figura 4.25. Cerámica a torno.

un borde exvasado simple (fig. 4.25, 106-4/07) y otro ligeramente moldurado (fig. 4.25, 79-6/07). Es posible que en estos momentos de primera introducción de las piezas de torno, la conservación de alimentos se realizara en orzas a mano o reemplazando las ánforas. La escasez de estos grandes recipientes a torno puede relacionarse con la dificultad que entrañaría su elaboración a manos de alfareros locales poco expertos. Un buen ejemplo de los titubeos en elaboración de las primeras tinajas a torno se encuentra en la pieza asimétrica del Barranc de Gafols (Ginestar, Tarragona) (Sanmartí *et al.*, 2000, fig. 5.61).

## SERIE II. RECIPIENTES DE DESPENSA DOMÉSTICA

### II.2. TINAJILLAS

Los vasos de almacenaje se identifican a partir de una serie de bordes en cerámica común y decorada, son de gran variabilidad formal. En cerámica común encontramos tres bordes rectos exvasados de perfil redondeado con inclinaciones diversas (fig. 4.25, 63.1, 63.2, 63.3) y paredes divergentes de tendencia más o menos oblicua. Posiblemente forman parte de vasos de perfil ovoide de mediano tamaño.

En cerámica pintada aparece un recipiente de mediano tamaño con el borde exvasado simple de tendencia curva ligeramente inclinada y de perfil abocinado que enlaza mediante una estría con un cuerpo de perfil globular. Correspondería a un vaso tipo a *chardón* (fig. 4.26, 1611). Este vaso está realizado con una pasta ibérica muy porosa y con abundante desgrasante de calidad mediocre. Su decoración en tonos vinosos también muestra titubeos

en la factura sinuosa que nos llevan a proponer que son ejemplo de las primeras piezas a torno realizadas en el ámbito local.

Especialmente destacada es la selección de motivos decorativos que son completamente extraños a los característicos de la cerámica ibérica que se generalizará con posterioridad. Únicamente encontramos paralelos para la serie de líneas sinuosas que descienden verticalmente del borde y recorren parcialmente el cuerpo globular. Sin embargo, en el cuello se desarrollan dos triángulos rellenos de finas líneas que se enfrentan en su lado más largo. A continuación aparece una gruesa banda rellena de un reticulado que se desarrolla en la unión del cuerpo y el cuello. Cabe decir que los motivos de triángulos rellenos y de cenefas reticuladas recuerdan a las decoraciones incisas geométricas propias del Bronce Final, como las que aparecen en Penya Negra (González Prats, 1983), o las más cercanas de La Mola d'Agres (Penya *et al.*, 1996) de lo que podría deducirse que los primeros alfareros ibéricos se inspiraron en los motivos que conocían de las cerámicas de la fase anterior. En contra de esta hipótesis encontraríamos la práctica inexistencia de este tipo de cerámicas con retículas incisas en El Puig. Ya hemos señalado que únicamente encontramos un fragmento de galbo de un vaso de perfil carenado con decoración incisa que presenta una línea quebrada de la que penden segmentos descendentes (Barrachina, 1987, fig. 10, 3599; Rubio, 1987, fig. 90, 3599).

De modo más general, podemos relacionar este motivo de cenefas con retículas con algunas decoraciones que, aunque muy escasamente, encontramos en algunas piezas fenicias e ibéricas antiguas en yacimientos valencianos, como la tinaja pintada de Sant Mateu con una cenefa reticulada (Vives-Ferrándiz, 2005b, 115, fig. 56,1). Es pues un motivo de escaso éxito que desaparecerá del elenco decorativo posterior.

El segundo tipo bien representado es el de tinajillas de perfil de tendencia bicónica con cuello indicado y borde exvasado con labio de perfil subtriangular muy estilizado (fig. 4.25, 115 y 1610). Están decoradas con motivos geométricos a base de bandas y filetes de finos trazos. Este tipo de tinajillas sin hombro y con el cuello indicado conforman el tipo II.2.2.1. de Bonet-Mata y aparecen en la primera mitad del s. V aC en la zona edetana. Los ejemplares más antiguos muestran bordes subtriangulares, moldurados o salientes que conforme avanza la cronología pasan a ser predominantemente moldurados (Bonet y Mata, 1997, 42). En tierras contestanas F. Sala denomina este tipo de tinajilla U1, urna bicónica de borde exvasado y perfil triangular en la tipología de El Oral (Abad y Sala, 1993, 208, fig. 158) donde son absolutamente predominantes frente a los otros tipos de urnas pintadas.

El tercer tipo de piezas está representado por bordes exvasados ligeramente curvos de perfil recto (fig. 4.25, 106.3, 1593.4 y 1593.5). El ejemplar que conserva parte del cuello permite inferir un cuerpo de tendencia oval para este tipo de recipientes. En El Oral se denominan U2 y se consideran variantes del recipiente con labio subtriangular (Abad y Sala, 1993, 208, fig. 158).

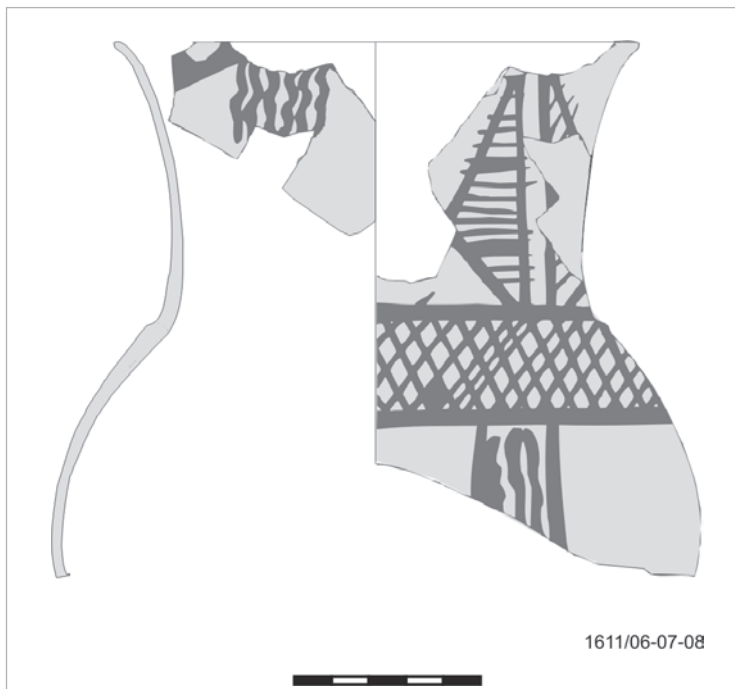


Figura 4.26. Vaso a torno.



**SERIE III. VAJILLA DE MESA.****III.8. PLATOS****PLATOS DE ALA ANCHA**

Identificamos este tipo a partir de dos bordes de ala exvasada ligeramente curva (fig. 4.27, 79.3 y 79.8), el primero de ellos prolonga la pared del plato y nos permite identificar una marcada carena en el inicio del borde, del segundo no podemos conocer si posee carena. Están decorados con filetes pintados. Este tipo de platos aparecen en los contextos antiguos tanto del sur de la Contestania como al norte del área de estudio en la zona edetana y son interpretados como la recreación de los platos fenicios de ala. En El Oral aparecen realizados en cerámica gris y en pequeño tamaño y corresponden al tipo Sala P3 (Sala, 1995, 82). Según esta investigadora imitan los platos de pasta clara y decorados del horizonte Orientalizante de La Peña Negra (Abad y Sala, 1993, 218, fig. 166).

También son frecuentes en la Edetania, donde aparecen en El Tossal de Sant Miquel de Lliria (Bonet y Mata, 1997, fig. 2, 3), La Senya (Bonet y Mata, 1997, fig. 5, 19), La Lloa del Manoll (Bonet y Mata, 1997, fig. 9, 42) en Los Villares (Vidal *et al.* 1997, fig. 6, 7) o El Tos Pelat de Montcada (Burriel, 1997, fig. 7, 2-8). Aunque esta forma se desarrolla desde el s. V alcanza en tierras valencianas los inicios del s. IV, como se documenta en el alfar de El Pla de Piquer (Aranegui y Martí, 1995, forma PP9).

**PLATOS DE BORDE SIMPLE**

Los platos con el borde simple que constituye una prolongación de la pared de la pieza aparecen con el labio redondeado (fig. 4.27, 79.4, 79.10 y 1593.3) engrosado al interior (fig. 4.27, 79.9) o ligeramente engrosada al exterior (fig. 4.27, 79.1). Son platos que presentan una gran amplitud cronológica y geográfica y en nuestro entorno y para los momentos que venimos describiendo encontramos bien representados en el repertorio de El Oral donde se denominan P1, con variedades en función de los perfiles del labio (Abad y Sala, 1993, 213, fig. 163).

**CUENCOS DE BORDE EXVASADO CURVO**

Se identifica este tipo de cuencos por seis bordes exvasados de perfil ligeramente curvo y que aparecen en cerámica clara pintada (fig. 4.27, 79.2, 79.5, 106.1, 1593.2 y 1593.5) o gris (fig. 4.27, 1594).

Estas piezas corresponden a la forma P2 registrada en El Oral, definidos como cuencos más o menos profundos con el borde exvasado de perfil diverso, que se interpretan como formas provenientes de la tradición orientalizante, como probaría su abundante presencia en La Peña Negra (Sala, 1995, 80). Es un tipo bien documentado en el repertorio cerámico del s. V de la Edetania donde se denomina borde abombado y se encuentran en El Tossal de Sant Miquel o La Senya (Bonet y Mata, 1997, 43, fig. 2, 3; fig. 5, 19).

**CERÁMICA GRIS**

Aunque la cerámica gris realizada mediante cocción reductora no se emplea en un único tipo morfológico-funcional, hemos querido independizar este tipo de cerámica por el valor cronológico que posee. Como ha señalado F. Sala (1997, 112) su presencia puede servir para reconocer un contexto cerámico de época antigua sin necesidad de recurrir a la cerámica de importación, pues alcanza niveles prácticamente anecdóticos y residuales en los repertorios de época plena, por ejemplo el 0'42 % de las piezas de El Puntal de Salinas (Sala, 1995, gráf. 19).

En el repertorio de El Puig la cerámica gris no aparece con demasiada frecuencia, pero si está bien representada en el contexto al que ahora nos referimos de época antigua. En esta especie cerámica encontramos principalmente piezas del servicio de mesa, como el cuenco de ala exvasada curva (fig. 4.27, 1594) y un plato de borde exvasado (fig. 4.27, 349) semejante al tipo P2D de El Oral de clara tradición orientalizante en opinión de Sala (Abad y Sala, 1993, 218, fig. 166), como parece probar su asociación al tipo 2.6 de La Fonteta (Rouillard *et al.*, 2007, fig. 320). En cerámica gris aparece también un fragmento de borde con paredes divergentes de tendencia recta y con labio engrosado hacia el exterior (fig. 4.27, 102.1) que no sabemos a ciencia cierta si corresponde al cuello de un recipiente cerrado o a una cazuela profunda. Un segundo recipiente cerrado se identifica por un fragmento de galbo con un asa estrecha de perfil circular (fig. 4.27, 67), en este caso parece corresponder a una tinajilla.

**CLASE B. CERÁMICA DE COCINA.**

En la fase a la que hacemos referencia hace su aparición la cerámica torneada de cocción reductora con desgrasantes de tamaño medio y pastas de texturas porosas, es decir, la típica cerámica de cocina ibérica. Las piezas que identificamos correspondientes a este tipo cerámico son dos bordes exvasados de perfil redondeado, uno ligeramente divergente y otro muy exvasado (fig. 4.25, 211 y 70) que corresponderían a ollas o recipientes cerrados de función culinaria.

La escasez de este tipo de cerámica con función de cocina debe explicarse por el uso aun predominante de las ollas realizadas a mano como los recipientes preferentes para la cocción de alimentos. Encontraríamos, pues, las primeras muestras de una producción torneada que se desarrollará en época clásica.

**METALES: LA APARICIÓN DEL HIERRO EN EL PUIG**

Las primeras muestras de hierro aparecen en esta segunda fase datada a partir de mitad del s. VI aC en la UE 208 a-b. En esta unidad aparecen algunas escorias de hierro 223/07, 297/07, 216/07, 97/07, 2 fragmentos 116/07. A ellas debemos añadir otras provenientes de la UE 207: 277/08 y 152/08 (fig. 4.28).

Estas escasas, únicamente seis, pero significativas piezas son el testimonio de la asimilación de la tecnología del hierro en el poblado. A la espera de análisis específicos, únicamente queremos

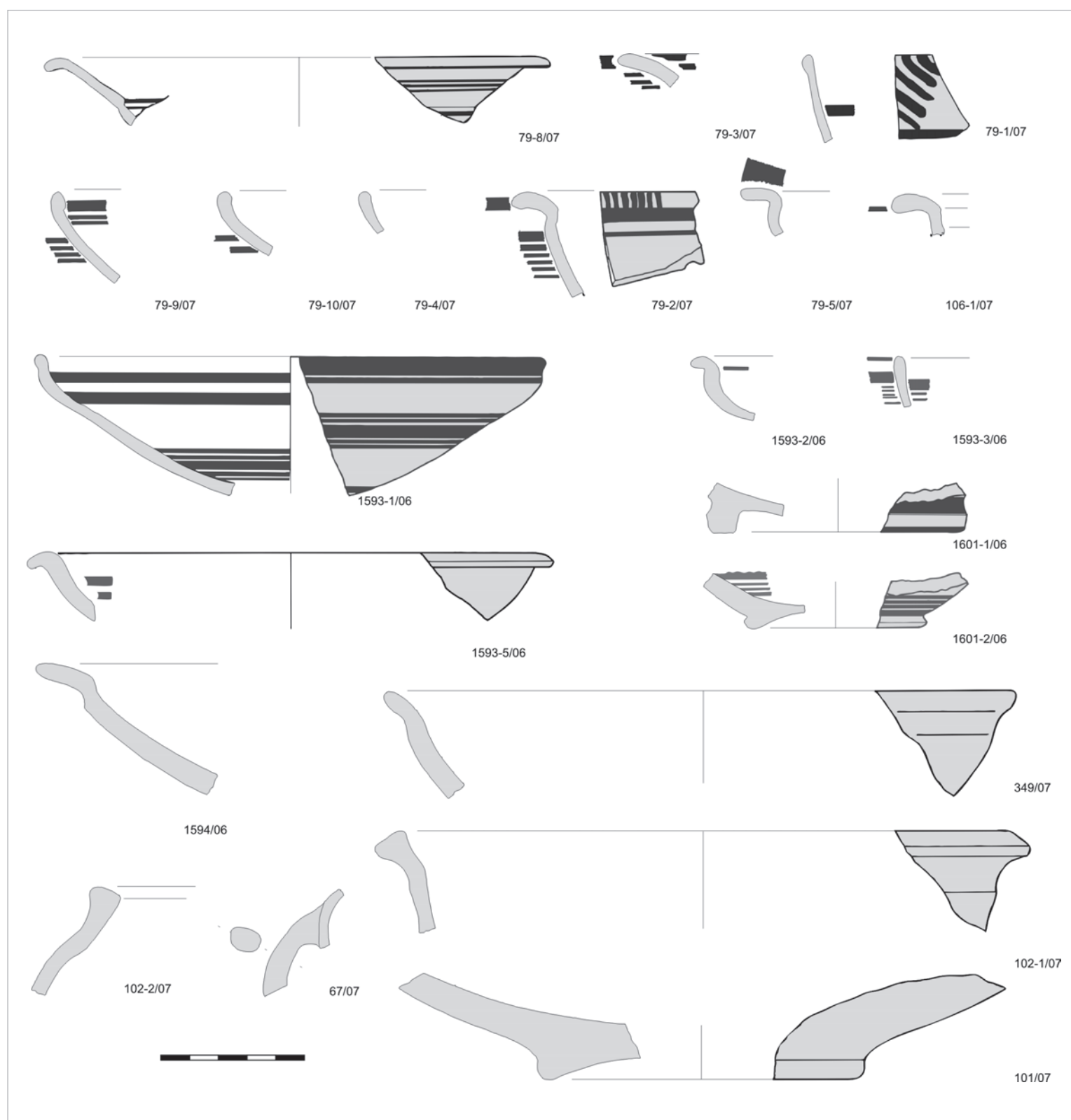


Figura 4.27. Cerámica a torno.

señalar la posibilidad de que el sector de estudio acogiera un área de actividad metalúrgica completamente arrasada por las reconstrucciones posteriores.

Junto con estas evidencias de trabajo del metal aparecen los primeros útiles de hierro en esta misma unidad. Nos estamos refiriendo a un cuchillo de hierro 1619/06, procedente de la UE 208 a. El repertorio se completa con otro ejemplar de la 207 superficial, 151/08.

### VALORACIÓN GLOBAL

El estrato al que hemos hecho referencia tiene unos márgenes cronológicos que se establecen a partir de los repertorios cerámicos importados e ibéricos. Entre los primeros podemos decir que se iniciarían hacia la mitad del s. VI por la fecha de las ánforas 10.1.2.1. y acabarían hacia mitad del s. V aC por la inexistencia de cerámicas de importación ática, que son muy frecuentes en El Puig a partir del último cuarto del s. V aC. Por lo que se refiere a la cerámica local, podemos situar esta fase entre el inicio de las primeras producciones de cerámicas a torno y la consolidación de estas piezas con los platos de ala típicos de mediados del s. V aC en tierras centro valencianas, pasando por las tinajillas de perfil triangular estilizado propias del ibérico antiguo.

El periodo al que hemos hecho referencia era conocido por algunos materiales descontextualizados procedentes de excavaciones antiguas. Algunas cerámicas de El Puig analizadas en trabajos anteriores habían permitido reconocer un pequeño conjunto de materiales datados en este lapso temporal. A la primera mitad del s. V aC corresponden dos fragmentos de copas-*skyphoi* de figuras negras tardías, posiblemente obra del taller del Pintor de Haimón, piezas que se datan entre el 500-450 aC. Aparece también otro fragmento de figuras negras de una forma abierta indeterminada y una copa de pie alto de la que no podemos precisar si es de estilo figurado o de barniz negro, pues sólo disponemos de la peana (García y Grau, 1997, 121). Con los materiales que ahora incorporamos podemos ubicar la etapa en el sector de estudio y relacionarla con un episodio constructivo que acaece hacia mitad del s. V aC. Desgraciadamente la escasa amplitud de la excavación y las deficientes condiciones de preservación no permiten extraer demasiadas conclusiones sobre la naturaleza de este capítulo en la historia del poblado.

### 4.3 EL FINAL DE LA OCUPACIÓN DEL IBÉRICO ANTIGUO Y LOS INICIOS DE LA ÉPOCA PLENA (C. 450-380 AC)

Sobre el estrato de regularización 208 a-b se construyen las estructuras correspondientes a una nueva ocupación que tendría su inicio hacia mediados del s. V aC. Se trata de una vivienda, denominada casa 200, que se construye recortando el estrato 208 a-b lo que dataría el momento de fundación de la vivienda (fig. 4.29). En el registro estratigráfico no se detecta ningún episodio de deposición natural que suponga un hiato claro en la secuencia es-



Figura 4.28. Escorias de hierro de la UE 208 a-b.

tratigráfica y que nos permita suponer un abandono de este sector durante algún tiempo.

El estrato denominado UE 201 es un grueso paquete de tierra que rellena el interior de la vivienda y cubre sus muros (fig. 4.30). Se trata de un nivel de sedimento compacto parcialmente revuelto en la zona noreste debido a la inclinación de la zona en este sector. Es un sedimento arenoso de color castaño claro, en ocasiones con manchas blanquecinas y también con oscurecimiento rojizo, muy compacta y dura. Se interpreta como los restos de la destrucción de las paredes para terraplenar el espacio interior de la estancia. Aparece material cerámico ibérico que se torna abundante en los niveles más profundos del nivel. Se dispone en un plano horizontal y ligeramente inclinado hacia el este. Casi en la base de los muros se detecta un endurecimiento del estrato, que se vuelve rojizo y en el que aparecen diversas concentraciones cerámicas, pertenecientes básicamente a ánforas y otros contenedores, que nos sugiere que pudiera tratarse del nivel de uso y abandono de la vivienda, aunque no es un depósito primario sino afectado por la destrucción y colmatación que supone el estrato. No ha sido posible detectar con claridad la tierra endurecida que pudo formar el suelo de la vivienda, aunque un nivel de cerámicas en disposición regular en la base del estrato permite intuirlo.

La primera estructura de esta fase constructiva (fig. 4.31) es un gran muro denominado UE 206 que cruza el extremo noreste del cuadro de excavación con una orientación noroeste-sureste y que tiene funciones de contención de la ladera y aterrazamiento de la zona. El profundo buzamiento del perfil del terreno en este sector hizo necesaria la regularización del solar antes de la construcción de las edificaciones.

Este muro de aterrazamiento se construye calzado directamente en el sustrato geológico, para lo cual se debió recortar el relleno previo de 208c y 208a-b hasta localizar el asiento de la roca. El muro se realizó con grandes bloques de piedra escuadrada trabada con barro y esquirlas de piedra en su cara externa, mientras que únicamente se agregan rocas sin retocar en su parte interior para formar una masa de relleno. El muro-plataforma se conserva principalmente en su sector norte, donde alcanza una altura de 120 cm, con cuatro hiladas de piedra, y donde se apoya lateralmente por el norte en la pared subvertical de roca madre para adquirir solidez. En la parte central únicamente se han documentado las piedras de base, la primera hilada que encastra directamente sobre la roca

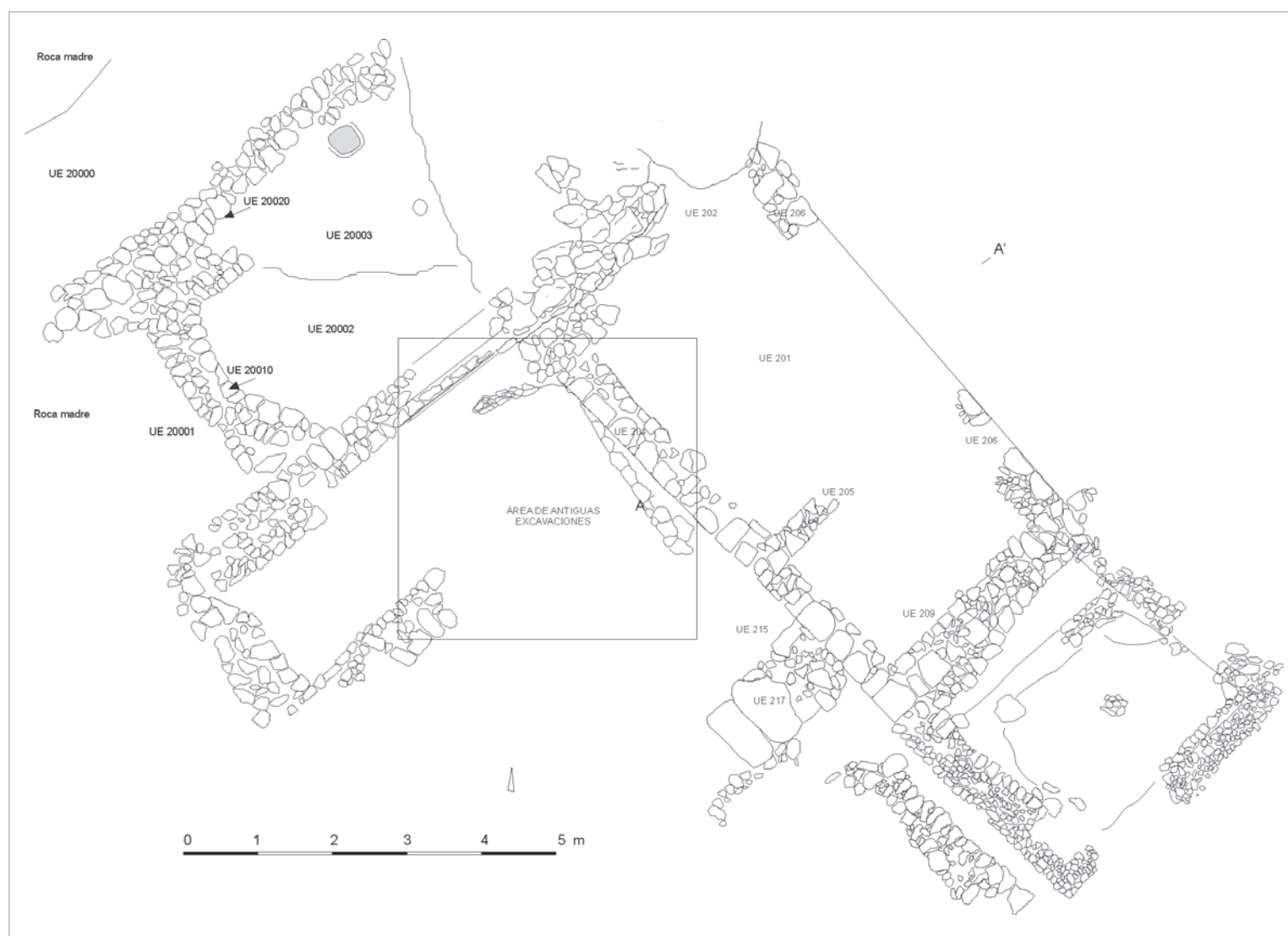


Figura 4.29. Planta de las unidades y construcciones de la fase III.

madre. En su extremo sur se identifica parte del relleno del muro y las piedras que constituyen el paramento exterior.

Una vez construido el muro, el terreno se regularizó para conformar una plataforma con aportes de piedra en la parte próxima a la terraza de contención y con parte de un paquete sedimentario que constituye la base sobre la que se construye la casa (UE 208a-b).

Como complemento de las obras de acondicionamiento del espacio se creó un segundo muro de contención perpendicular a la ladera al norte del terraplén, junto a la pared de roca subvertical (UE 202). Este muro se construyó con piedras trabada con barro. En este caso apenas se aportaron rellenos debido a la proximidad de la roca. Con estas construcciones perimetrales el solar quedaba perfectamente delimitado en sus extremos septentrional y oriental.

Tras construir esta plataforma, y los muros de acondicionamiento, se construyeron dos nuevos muros que constituían los cierres suroeste (UE 204) y sureste (UE 209) de una amplia edificación cuadrangular. El cierre suroeste, UE 204, lo conforma un gran muro conservado en aproximadamente sesenta centímetros de alzado que presenta unas características constructivas idénticas a las del torreón de acceso al poblado (véase el cap. 3). En efecto, está realizado con piedras escuadradas de arenisca amarillenta, procedentes de una cantera de la zona, pero que se distinguen claramente de la caliza local de aspecto más grisáceo. Los bloques de mediano tamaño, aproximadamente de 30 a 40 cm son semejantes a los identificados en los paramentos de la torre. Han sido escuadrados para dar forma a un sillarejo trabado en seco con esquirlas entre sus grietas. Estos bloques muestran una cara



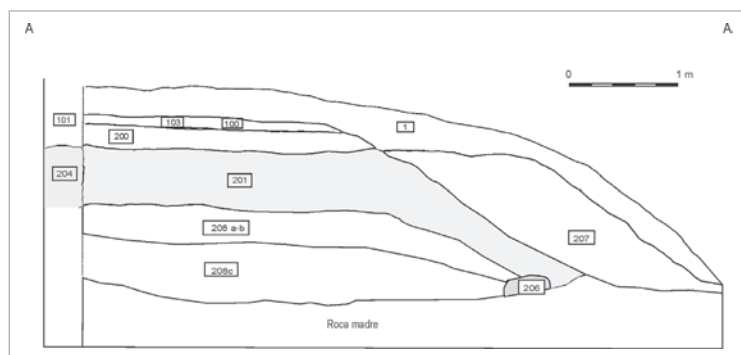


Figura 4.30. Sección con el resalte de las unidades de la fase III.



Figura 4.31. Muro de aterrazamiento y cierre norte 206.



Figura 4.32. Planta de la casa 200 con la diferenciación de espacios.

sur que está mucho más cuidada, de lo que se deduce que sería el paramento exterior. No conservan ningún tipo de enlucido ni enfoscado en barro. Este muro tiene un grosor medio de 52 cm y una longitud completa de 730 cm. En él se abren dos vanos de puerta, uno mayor al norte de 92 cm de anchura y otro menor de 71 cm.

El muro sureste que supone el cierre exterior de la casa (UE 209) fue construido al mismo tiempo que el muro UE 204, según se deduce de una gran piedra cantonera de más de 60 cm que une el extremo meridional de ambos. Esta pared posee las mismas características y el mismo grosor de 52 cm. Tiene una longitud de aproximadamente 4 m, que sería la anchura total del espacio construido de forma cuadrangular.

En el interior del espacio enmarcado por los muros perimetrales descritos se construyó, adosado a 204, un muro de menor grosor, apenas 40 cm de grueso, denominado UE 205. Está realizado con piedras desbastadas y trabadas con barro. Su factura y menor grosor permitirían suponer que se trata de un muro medianero que dividió el espacio interior en dos estancias, no es un muro sustentante. Se encuentra incompleto, pues su trazado se pierde hacia el noreste por los arrasamientos posteriores a la construcción y a la propia erosión debida a la inclinación natural del terreno en este sector que ha deteriorado su alzado.

La distribución de los muros descritos dibuja el trazado básico de una gran vivienda de forma cuadrangular y aproximadamente 7,3 x 4 m cuyo interior estaba articulado en dos espacios separados por un tabique interior. Al norte se encontraría una habitación, denominada espacio A (fig. 4.32), de unas dimensiones aproximadas de 4,5 x 4,0 m. Al sur hubo un segundo departamento, espacio B, de aproximadamente 2,8 x 4,0 m. Este segundo espacio estaba muy afectado por los sondeos de Pascual en los años 60.

Más allá de estas estructuras básicas de delimitación del espacio arquitectónico, no se han localizado otras construcciones domésticas, a excepción de una estructura exterior en piedra identificada en el extremo meridional del muro UE 204. Se trata de una estructura cuadrangular de 1 x 1,8 m, constituida por grandes bloques de piedra, algunas de tipo ciclópeo pues tienen más de un metro de largo y 0,8 m de ancho y también mampostería de piedra menuda trabada con barro (fig. 4.33). Esta obra se disponía de forma escalonada en diversas alturas, en tres plataformas con 20 cm. de desnivel. Esta estructura (UE 217) se construye sobre un paquete de tierra que cubre la base del muro de la fachada occidental y se adosa a él, de lo que se deduce que fue erigida una vez que se había construido el muro exterior de la casa. La interpretación funcional es que se trata del basamento de una posible escalera que daría paso a un altillo de la gran casa mediante un acceso exterior que se sitúa junto al vano de acceso a la estancia meridional.

En conclusión, nos encontramos con los muros perimetrales de una edificación de forma cuadrangular con amplio tamaño y compuesta por dos departamentos a los que se accede independientemente desde la calle que se situaría al suroeste (fig. 4.34). Esta vivienda de aproximadamente 30 m<sup>2</sup> excede las dimensiones





Figura 4.33. Basamento de escalera (UE 217).

de las unidades domésticas conocidas en El Puig y su cuidada factura destaca sobre las otras evidencias constructivas. Este particular es especialmente evidente en los modos de construcción con bloques de piedra recortados y trabados con esquirlas de piedra, como ya se ha indicado, que es muy distinto al mampuesto irregular, ligeramente desbastado y trabado con barro que es la factura ordinaria en las casas del poblado.

También el grosor de sus muros permite diferenciar esta construcción. Frente a un grosor habitual de 40-45 cm y variable por el uso de mampuestos, los muros de esta casa 200 muestran un espesor constante de 52 cm. Ya hemos indicado que este módulo está relacionado con el codo real egipcio de 0,50-0,52 m que encontramos frecuentemente en la arquitectura fenicio-púnica (Prados, 2003, 196).



Figura 4.34. Restos de la casa 200 y propuesta de restitución.

La planificación regular y orgánica de sus muros o el uso de piedra aportada desde canteras externas, son elementos destacados en su construcción. También la presencia de elementos poco ordinarios como el basamento de escalera con enormes bloques de piedra. De ello se deduce que nos encontramos con una de las casas principales del segundo momento de ocupación detectado en el poblado y que supone un considerable cambio frente a la ocupación de la cabaña del hierro antiguo descrita con antelación.

Esta vivienda configura un modelo de casa ibérica básica que normalmente está constituido por dos estancias: un departamento principal en el que se encontraría el hogar y una cámara adyacente con finalidad complementaria, principalmente de despensa (Bonet y Guérin, 1995). Estas viviendas deben relacionarse con la composición de la familia nuclear (Guérin, 2003, 282) y se ha considerado tradicionalmente el modelo general de la vivienda ibérica. Éste diseño doméstico se asocia a un concepto de casa que se constata en todo el espacio ibérico y que correspondería al tipo A de Belarte (1997, 153-154) del área catalana, compuesto por una o dos estancias y con dimensiones reducidas, en torno a 20/35 m<sup>2</sup>. Aunque en el caso concreto de esta vivienda carecemos de docu-

mentación detallada para asignar estas funciones, debido al estado de arrasamiento, lo asociamos a este modelo general.

Más allá de esta asociación genérica, queremos llamar la atención sobre la similitud entre esta casa 200 y las viviendas datadas en el s. VI aC de La Fonteta (Guardamar del Segura), correspondientes a las fases V y IV. Como ya hemos indicado anteriormente (véase cap. 3), en este asentamiento se ha podido documentar un esquema preconcebido basado en ese módulo idéntico al de esta casa, 7,3 x 4 m que se empleó en la construcción de tres casas adosadas a la muralla (Rouillard *et al.*, 2007, 146-153).

Más acorde a la cronología propuesta y con un esquema espacial caracterizado por dos estancias con accesos independientes encontramos algunas viviendas de El Oral, especialmente la denominada IVF (Abad *et al.*, 2001, 106, fig. 86). Esta casa tiene unas dimensiones algo mayores, en torno a 4,5 x 8,2 m aproximadamente, pero cercanas a las de la vivienda que nos ocupa. Está formada por un espacio de cocina y otro de reposo y almacén, siguiendo un ejemplo recurrente en el mundo ibérico al que ya hemos aludido. También es posible que la casa contigua IVE tuviera un diseño semejante (Abad *et al.*, 2001, 105).

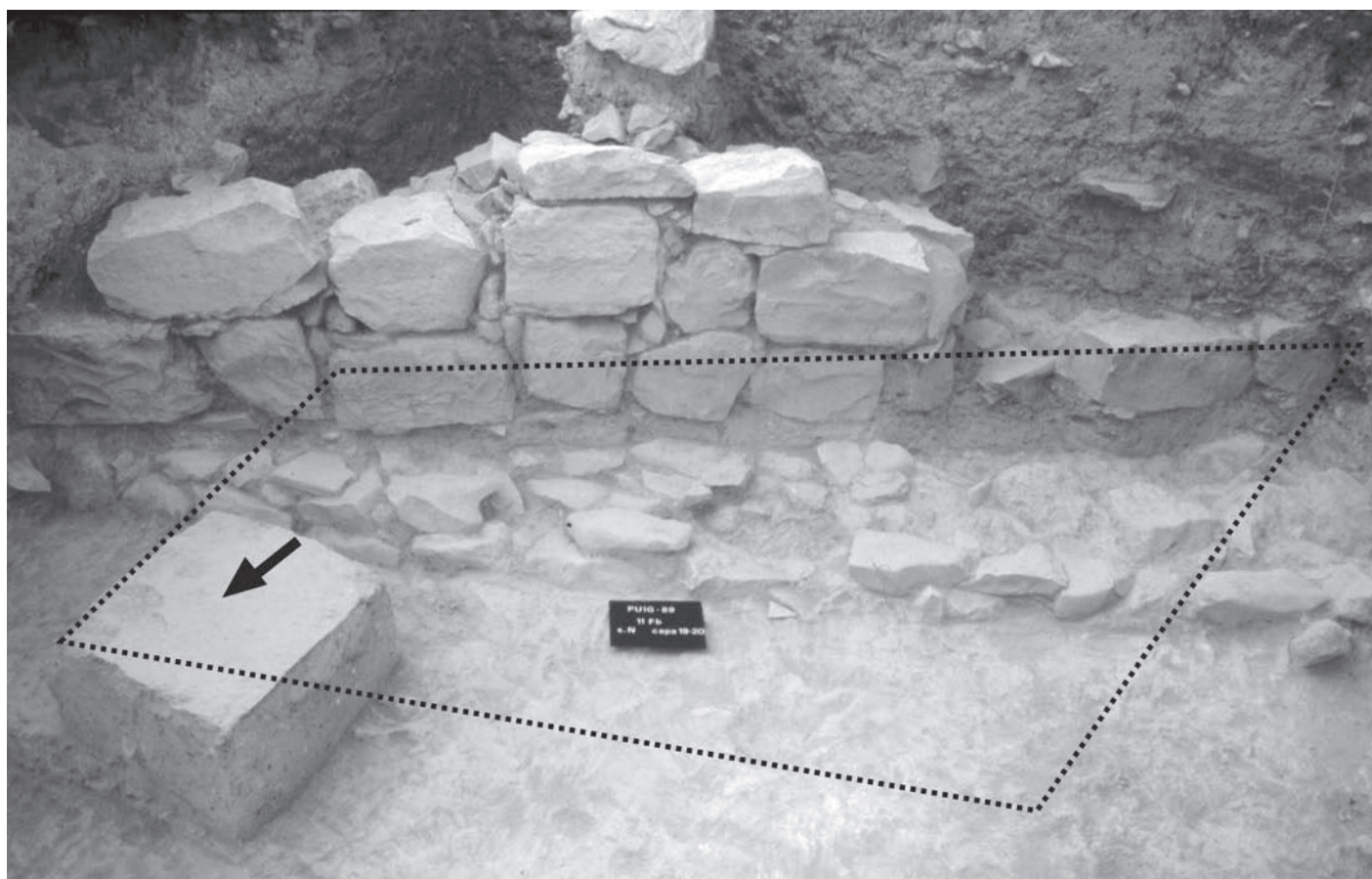


Figura 4.35. Restos de una placa de hogar frente a la fachada de la casa 200 (excavación de 1989). Se dibuja el plano de superficie que permite relacionar el hogar con la fachada de la casa.

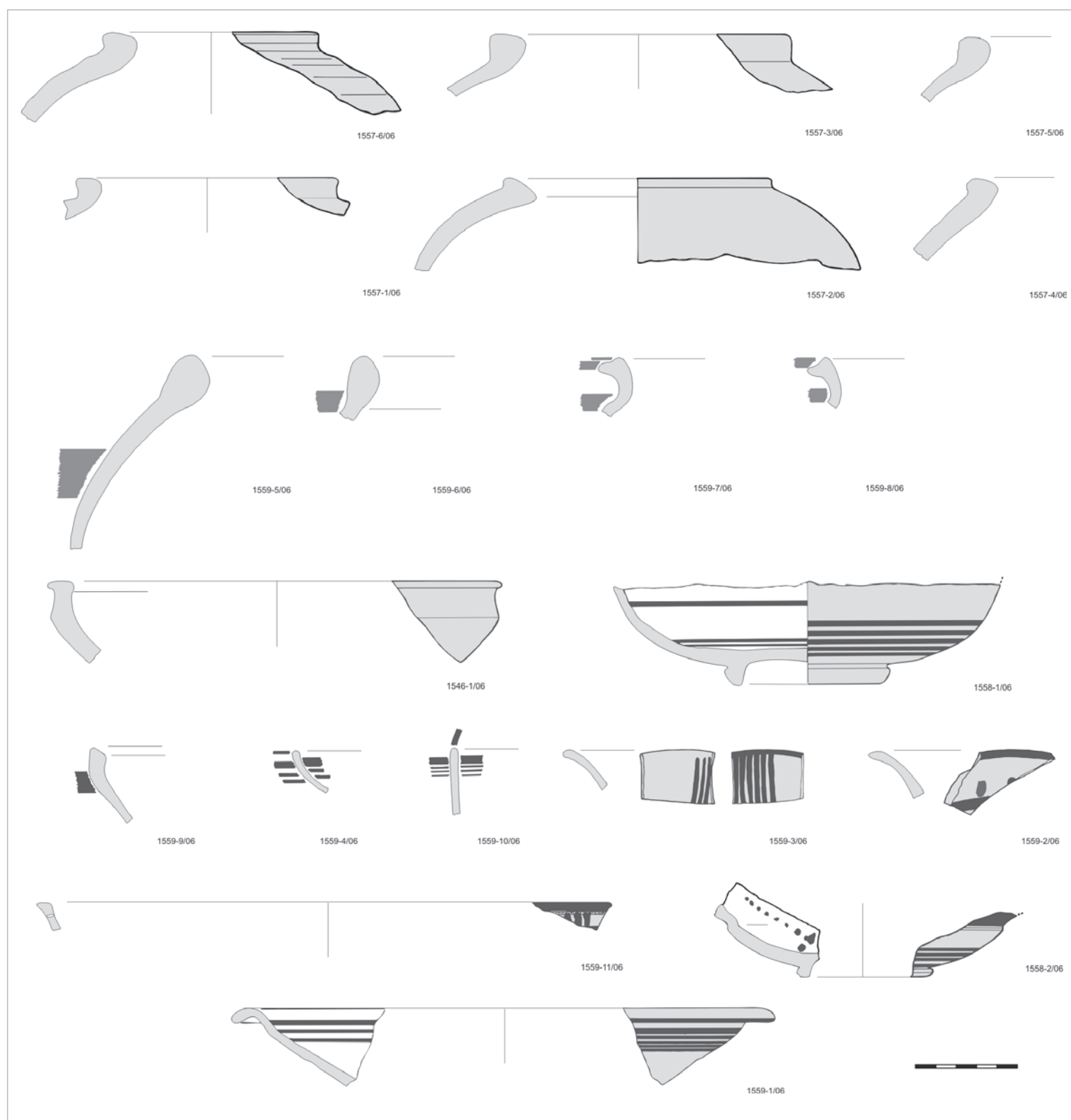


Figura 4.36. Cerámicas de la casa 200.

Este mismo modelo de casa está atestiguada en el s. V aC en el Puig de la Nau, donde también se han reconocido viviendas con tres estancias accesibles independientemente desde la calle. Son las casas 09000-10000-25000 y 56000-60000-62000 (Oliver, 2007, 133- 135). En este caso no se conservan hogares y las atribuciones funcionales son difíciles de establecer con los vestigios conservados.

Como se ha propuesto para El Oral, el acceso independiente de la calle sugiere un uso semi-privado del acceso que se abre inmediatamente delante de esta vivienda y que podría ser una especie de área abierta restringida a los habitantes de estas casas (Abad *et al.*, 2001, 106). Desgraciadamente, este particular no se ha podido documentar en el caso que nos ocupa, pues la zona frontal de la casa fue excavada en los años 1988 y 1989. Sin embargo, la documentación gráfica disponible de aquella ocupación permite probar la solera de una combustión frente a la puerta de la casa (fig. 4.35)

El estrato de amortización de la casa 200, denominado UE 201, compone un conjunto bastante homogéneo que nos permite caracterizar el final de este episodio constructivo. El repertorio material está formado por un conjunto que desde una perspectiva funcional pudo componer un ajuar en uso cuando se demolió la casa. Esta apreciación está basada en la aparición de tipos cerámicos correspondientes a las funciones de transporte, despensa, servicio de mesa y cocina, es decir, piezas que cubren la totalidad de las funciones domésticas. Además aparecen en proporciones equilibradas, sin predomios excesivos de algún tipo específico. Por lo que respecta a la valoración cronológica del repertorio, se puede ubicar perfectamente en la segunda mitad del s. V aC. Algunas piezas se emparentan claramente con las vajillas del estrato anterior, mientras que el marco más reciente lo señalarían las primeras cerámicas de importación ática localizadas en este sector de excavaciones.

Las ánforas muestran una simplificación en los perfiles de los bordes respecto a la variedad detectada en el periodo anterior. En este momento se generalizan los bordes rectos con perfil de tendencia cuadrada que se asemejaría al tipo denominado L3 en la tipología de Sala (Abad y Sala, 1993, 207, fig. 157), aunque suavizada en el contorno interior, en una tendencia que caracteriza las ánforas del lugar y que delata la producción local. Las ánforas que responden a esta forma son un total de cinco (fig. 4.36, 1557-1, 1557-3, 1557-4, 1557-5 y 1557-6). Junto a este tipo preferente aparece un ánfora con borde de tendencia subtriangular (fig. 4.36, 1557-2).

Los recipientes de almacenamiento están representados por dos bordes de tendencia recta con decoración a bandas y hombro ligeramente redondeado (fig. 4.36, 1559-5 y 1559-6), correspondientes a tinajas de perfil posiblemente ovoide. Junto a estos grandes recipientes aparecen dos bordes moldurados con decoración de bandas pintadas pertenecientes a tinajillas de pequeño tamaño y función de despensa doméstica (fig. 4.36, 1559-7 y 1559-8).

La vajilla de mesa está representada por platos de distintas formas. Aparecen platos de ala (fig. 4.36, 1559-2 y 1559-3), cuyos cuerpos profundos pueden presentar o no carenas (fig. 4.36, 1558-2 y 1558-1), de forma semejante a los platos del s. V aC presentados con anterioridad. También encontramos páteras con el borde ligeramente vuelto al interior (fig. 4.36, 1559-4 y 1559-9), un cuenco con el borde recto (fig. 4.36, 1559-10) y un plato de ala curva vuelto al exterior (fig. 4.36, 1559-1). Todos estos ejemplares se encuentran decorados con motivos geométricos, principalmente filetes finos paralelos en borde y cuerpo. En cerámica común encontramos un cuenco con el borde recto y el labio ligeramente engrosado al exterior (fig. 4.36, 1546-1). Como hemos visto en páginas precedentes, las formas registradas aparecen representadas en la fase anterior.

Por último, las cerámicas de cocina se encuentran representadas por un borde muy deteriorado de olla de cocina a torno y nueve fragmentos de ollas realizadas a mano, de posible función culinaria.

El repertorio descrito se completa con un reducido conjunto de piezas de vajilla de mesa de importación que permiten un encuadre cronológico muy preciso.

#### LA CERÁMICA DE IMPORTACIÓN

Las primeras piezas de importación ática encontradas en la secuencia estratificada excavada en el sector 11 Fb aparecen en esta UE 201 y corresponden a piezas de figuras rojas y barniz negro. Por lo que respecta a las piezas del primer estilo, encontramos dos fragmentos de cuerpo de copas (fig. 4.37, 1550-1 y 1550-3) y la base decorada de una copa de pie bajo (fig. 4.37, 1550-2). En lo que respecta a la vajilla de barniz negro, aparecen dos copas de labio cóncavo y moldura interna, tipo *inset lip* del ágora de Atenas, comúnmente conocidas como copas Cástulo (fig. 4.37, 1556-2 y 1556-4) y dos boles de borde recto con el labio vuelto al exterior, *outturned rim bowls* (fig. 4.37, 1556-1 y 1556-3). Posiblemente correspondientes a estas piezas de barniz negro son las dos bases encontradas en el estrato, una base de copa de pie bajo, probablemente correspondiente a una de las copas Cástulo (fig. 4.37, 1549-2), y una base anillada de bol (fig. 4.37, 1549-1). En total el repertorio de vajilla fina importada está formado por al menos dos copas de figuras rojas, otras dos copas y dos boles de barniz negro. Un interesante equipo de piezas de valor que completarían el equipamiento doméstico de la casa.

Las piezas reseñadas cubren una horquilla cronológica que va desde el último tercio del s. V al primer cuarto del s. IV aC. Correspondientes a la franja más antigua serían las copas Cástulo. Estas piezas muy abundantes en los repertorios de importaciones de la Península Ibérica y que han sido ampliamente estudiadas por autores que han fijado su atención en las características formales de este tipo y su adscripción cronológica y a cuyos trabajos remitimos (Sánchez, 1992; Gracia, 1994). En líneas generales podemos indicar que son copas que normalmente anteceden en unos años a las



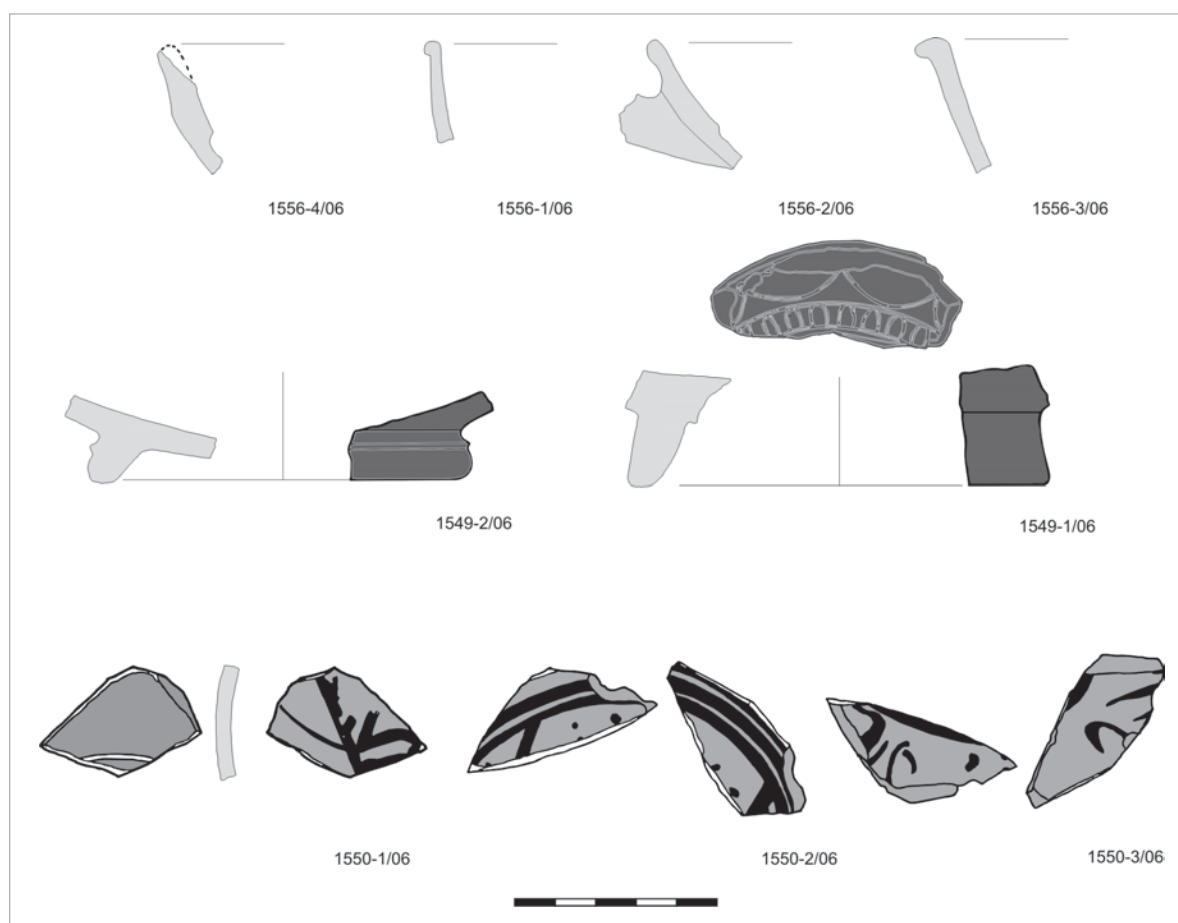


Figura 4.37. Vajilla de importación del final de la ocupación de la casa 200.

copas que compondrán el grueso de importaciones que se datan a partir de inicios del s. IV aC. Esa misma datación es la que podemos atribuir a las copas que ahora presentamos y que marcarían el inicio del estrato, mientras que las otras piezas datarían su final.

En El Puig ya habían sido publicadas piezas correspondientes a la segunda mitad y especialmente al último cuarto del siglo, en el tránsito entre la fase ibérica antigua y plena. Las producciones de este momento son seis copas de Cástulo, seis copas de la clase delicada de barniz negro, una copa de pie bajo de figuras rojas, dos cráteras de columnas de figuras rojas y tres *skyphoi* de guir-

naldas de barniz negro y decoración sobrepintada (García y Grau, 1997, 121). Las nuevas piezas contribuyen a afianzar la presencia de estos vasos precedentes del auge de importaciones áticas.

La fecha más reciente y que situaría el final de esta fase correspondería a boles de borde recto con el labio vuelto al exterior, *outturned rim bowls* que son las piezas más abundantes, junto con los boles de borde vuelto al interior, de los repertorios típicos del s. IV aC en El Puig y en otros asentamientos de la Contestania. Preludian la nueva fase de ocupación que se desarrolla a partir de inicios de esta centuria.



